i24067325

Castillo inv.t et del.t M.no Tesada sc.

Augusto, Protector de la Paz
y de las Artes.

(2)

LECCIONES INSTRUCTIVAS

SOBRE

LA HISTORIA Y LA GEOGRAFÍA.

OBRA PÓSTUMA

DE D. TOMAS DE YRIARTE,

DIRIGIDA

A LA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA PROFANA.

CON LICENCIA.
MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
AÑO DE 1794.

NOTICIA

DE LOS PRINCIPALES

IMPERIOS ANTIGUOS.

PARTE HISTÓRICA.

LIBRO SEGUNDO.

BREVE NOTICIA
DE LOS PRINCIPALES IMPERIOS ANTIGUOS.

LECCION PRIMERA.

Del Imperio de los Egipcios.

El Imperio de Egipto pasa por uno de los mas antiguos del mundo ; y por consiguiente, su Historia, que empieza poco despues del Diluvio , es sumamente obscura. Se cree que su primer Soberano fué Menes, ó Mesraim, y que muerto éste, se dividió aquel Imperio en quatro Reinos : el de Tébas, ó Egipto superior, el de Egipto

inferior, el de This, y el de Ménfis. Así permaneció muchos siglos; y á los mil novecientos veinte y seis años ántes de la venida de Jesu Christo, Amenófis, Rei del Egipto inferior, reduxo á su dominio todo el Pais. Sesóstris, succesor de Amenófis acrecentó el Imperio con grandes conquistas. Conserváronle sus Descendientes, hasta que Cambíses, Xérxes, y Artaxérxes, Reyes de Persia, se apoderaron de él, siendo infructuosas las varias tentativas de los Egipcios para sacudir el yugo de los Persas.

Conquistólos, al fin, Alexandro Magno, y por su fallecimiento pasó el gobierno á Ptoloméo, uno de sus Generales, cuyos succesores le gozaron hasta que los Romanos hicieron á Egipto Provincia suya despues de la derrota de Marco Antonio, y muerte de la Reina Cleopatra.

Quando el Imperio Romano se dividió en dos, uno de Oriente y ótro de Occidente, los Emperadores de Oriente quedaron dueños de Egipto; pero en el siglo séptimo le sometieron los Sarracenos mandados por el Califa Omar. En mil ciento setenta y uno el célebre Sultan Saladino esta-

bleció en Egipto el Imperio de los Mamelucos; y en mil quinientos diez y siete destruyó á éstos Selim, Emperador de los Turcos. Desde entónces poseen los Otomanos aquellos Estados, gobernándolos por medio de sus Baxáes.

Fueron los Egipcios antiguamente mui celebrados por sus invenciones en las artes y ciencias, por su política, legislacion, comercio, y virtudes morales que practicaban; bien que las deslucieron con su inclinacion á la mas supersticiosa idolatría.

LECCION II.

De los Imperios de Babilonia, Asiria, y Media.

La Historia de los Asirios y Babilonios es por su mucha antigüedad tan confusa como la de Egipto. Nembrot, Biznieto de Noé, fundó el Imperio de Babilonia; y Asur, Hijo de Sem, el de Asiria, que en lo succesivo llegaron á estar unidos. Muchos

siglos después, reinando Sardanápalo, excitó Arbáces una revolucion en que del Reino de Asiria se formaron tres diferentes: el de Babilonia, el de los Medos, y el llamado propiamente de Asiria. De todos tres se apoderó al fin Ciro, Rei de Persia, y los conservaron sus descendientes hasta que Alexandro Magno, venciendo al Rei Darío, subyugó á los Persas, y por consiguiente no quedó más que la memoria de las Monarquías de Babilonios, Medos y Asirios tan famosas en otros tiempos.

LECCION III.

Del Imperio de los Persas y de los Partos.

El Reino de Persia no empezó á ser famoso en la Historia antigua hasta que un Hijo del Rei Cambíses, llamado Ciro, Príncipe de grandes prendas, se unió con los Medos, destruyó el poder de los Asirios y Babilonios, sometió el Reino de Li-

dia quinientos quatenta y ocho años ántes de Christo, y formó aquel vasto Imperio, que ha conservado largo tiempo el nombre de Persia. Duró esta Monarquía como unos doscientos años; y vencido su último Rei Darío por Alexandro Magno en la batalla de Arbélas, quedaron los Griegos dueños de la Persia.

Los Partos que habían estado sujetos á los Persas, y después á los Macedonios, se rebelaron doscientos cinqüenta y seis años ántes de Christo, acaudillándolos Arsáces. El Imperio de los Partos que éste fundó, se fué extendiendo por gran parte del Asia baxo los Succesores de Arsáces; y Mitridátes, uno de ellos, que empezó á reinar acia el año de ciento sesenta y quatro ántes de la Era Christiana, se adelantó con sus armas adonde no llegó el mismo Alexandro. Mitridátes Segundo, apellidado el Grande, sostuvo felizmente la guerra contra los Romanos; y su Imperio permaneció glorioso hasta que en el año de doscientos veinte y seis despues de Christo, Artabano Quinto fué muerto por Artaxérxes, Soldado Persa, que se decía descendiente de los

antiguos Reyes de Persia, y que estableció el Imperio de su Nacion extinguido en tiempo de Darío. Tuvo esta Monarquía veinte y ocho Soberanos hasta que los Sarracenos se apoderaron de ella, los quales al cabo de quatrocientos diez y ocho años de dominacion fueron desposeidos en el de mil cinqüenta y uno por el Sultan Gelal-Edin. Gobernaban los Sultanes el Imperio de Persia, quando Tamerlan, mandando veinte mil Tártaros, le conquistó en mil trescientos noventa y seis. Sufrió la Persia infinitas revoluciones, y sólo gozó tranquilidad desde que Ismael estableció el Imperio de los Sofíes, el qual duró hasta el año de mil setecientos treinta y seis en que Thamas Kouli-Kan, venciendo á los Turcos y Tártaros, usurpó la corona. Murió éste asesinado en mil setecientos quarenta y siete.

LECCION IV.

De los Fenicios, y Reino de Tiro.

Fenicia fué una de las primeras Provincias pobladas del Asia, y sus habitantes tienen fama de haber sido los mas antiguos navegadores, y mas hábiles Comerciantes del antiguo mundo. Sidon, Hijo mayor de Canaam, edificó la Ciudad de su nombre, y los descendientes de éste fundaron á Tiro, cuyo comercio y riqueza la hicieron tan célebre. Siendo su Rei Itobal, la tomó Nabucodonosor al cabo de trece años de sitio. Los de Tiro, que con anticipacion se habían acogido á una Isla cercana, fundaron en ella una nueva Ciudad, que después se rindió á las armas de Alexandro. Reparó sus ruinas la nueva Tiro; pero Antígono Successor de Alexandro, volvió á destruirla, de modo que jamas recobró su antiguo esplendor. Reedificóla el Emperador Adriano á los ciento veinte y nueve años despues de Christo, haciéndola Metropolitana de Fenicia. Despues que los Christianos conquista-

ron la Tierra Santa, fué Tiro Arzobispado; mas hoi se ve reducida á una Aldea sujeta al dominio del Gran Señor.

Cartago, en lo antiguo floreciente Colonia de los Tirios, ha dexado nombre eterno en la Historia por haber sido competidora de la República Romana.

LECCION V.

Del Imperio Griego.

La Historia Griega contiene tantas partes, y en cada una de ellas hai tanto que aprender, que con dificultad puede compendiarse. Pero á fin de formar una idéa general de lo mas importante de dicha Historia, dexarémos aparte los tiempos fabulosos, y los que llaman heroicos, en que las ficciones mezcladas con la verdad la desfiguran de modo que quando más, resultan algunos hechos probables, y ninguno cierto.

Se cree que Sicione, Ciudad del Peloponeso, fué el Reino mas antiguo de la

Grecia, contándose en él diez y seis Reyes hasta Agamenon. Argos fué otro Reino, en que dominaron quince Soberanos hasta Acrisio, cuyo Nieto Perséo fundó el Reino de Micénas.

El de Aténas fué establecido mil quinientos ochenta y dos años ántes de Christo por Cécrops, que traxo de Egipto una Colonia. Gobernáronle Reyes hasta que se convirtió en República baxo la autoridad de unos Gobernadores llamados Arcontes, los quales priméro fueron perpetuos, después decenales, ó de diez años, y últimamente anuales. Con las sabias leyes que estableció Solon, llegó la República de Aténas á un alto grado de prosperidad; y aunque Pisístrato, y sus dos Hijos Hiparco é Hípias suscitaron en ella muchas disensiones, intentando sujetarla al gobierno Monárquico, subsistió el Republicano.

Los Persas que quisieron hacerse dueños de Aténas, fueron vencidos en varias batallas, principalmente en la célebre de Manton, y en la de Salamina que se dió quatrocientos ochenta años ántes de la Era Christiana. Desde entónces floreció Aténas

en Armas y Letras; pero sus enemigos los Lacedemonios, despues de aquella guerra llamada del Peloponeso que sostuvieron por mas de veinte y siete años contra los Atenienses, conquistaron á Aténas, estableciendo el Gobierno de treinta Magistrados conocidos por el nombre de *treinta Tiranos*. Estos fueron expelidos á los tres años por Trasíbulo, volviendo desde entónces la República á su antiguo estado de esplendor.

A los trescientos quarenta y un años ántes de Christo, Filipo, Rei de Macedonia, movió guerra á los Atenienses, continuándola Alexandro Magno y Casandro, que por varios medios maquinaron contra la libertad de aquella República; pero al fin pudo ésta exîmirse de sufrir el yugo de los Macedonios.

Fué Aténas saqueada por los Romanos ochenta y siete años ántes de Christo. Augusto la hizo tributaria suya, y después Vespasiano la incluyó en el número de las Provincias Romanas.

Lacedemonia, ó Esparta, fué tambien en sus principios un Estado gobernado por varios Reyes desde Lélex, que se cree fué el

primero, hasta Cleoménes que fué el último, y murió doscientos veinte y ocho años ántes de la Era Christiana. Extinguida ya la Monarquía, se gobernó Lacedemonia en forma de República; y despues de haber sido una de las mas florecientes del Orbe, así por sus Leyes como por el valor de sus Capitanes, quedó reducida á Provincia Romana ciento quarenta y seis años ántes de la citada Era.

Tébas, Reino fundado por Cadmo tuvo catorce Reyes; y por muerte de Xânto, el último de ellos, se convirtió en República. Los Tebanos durante una larga paz aumentaron su poder; y habiéndose aliado con los Lacedemonios, dieron acasion á la guerra del Peloponeso en que tomó partido toda la Grecia. Subyugólos Filipo, Rei de Macedonia, y después su Hijo Alexandro, á cuya obediencia intentaron negarse. Por último vinieron, como los demas Pueblos Griegos, á sujetarse á la dominacion de los Romanos.

Corinto fué otro Reino de la Grecia, que pasó á ser República setecientos quarenta y nueve años ántes de Christo. Cipselo y su Hijo Periandro usurparon la autoridad,

gobernando tiránicamente ; y Corinto no recobró su libertad hasta despues de muerto Periandro. Desde entónces creció su comercio y riqueza ; y ciento quarenta y cinco años ántes de la Era Christiana cedió al poder de los Conquistadores Romanos.

El Reino de Macedonia que á los principios apénas era digno de la atencion de los Griegos , llegó después á ser el priméro no sólo en Grecia , sinó en todo el Orbe , por la extension y gloria que con su valor y política le adquirió Filipo , Hijo de Amíntas. Alexandro Magno , Hijo y Succesor de Filipo , no ménos esforzado que ambicioso, se alzó con la Soberanía de casi todos los Reinos y Repúblicas de Grecia , y venciendo á los Persas y á otras Naciones del Oriente , formó el Imperio mas dilatado que se conoció en aquellos tiempos.

Las acciones de este Conquistador y las de otros muchos insignes Caudillos que dieron eterna fama á la Grecia , son dignas de referirse mui individualmente ; pero no da lugar á ello la suma brevedad que nos hemos propuesto observar en esta Noticia de los principales Imperios antiguos.

LECCION VI.

Del Imperio Romano.

Despues de la Historia Sagrada no hai ótra mas importante que la del vasto Imperio Romano, como que de él se han formado casi todas las Monarquías modernas.

No entrarémos en la difícil y prolixa relacion de los hechos sumamente confusos, quando nó del todo fabulosos, en que abunda la Historia de los Reyes Latinos, anteriores al establecimiento de Roma. Baste saber que setecientos cinqüenta y tres años ántes de la venida de Christo fundó aquella Ciudad Rómulo su primer Rei, al qual succedieron los seis Reyes Numa Pompilio, que introduxo el culto y ceremonias de la Religion, Tulo Hostilio, á quien debieron los Romanos su primera disciplina militar, Anco Marcio, que aumentó mucho á Roma, Lucio Tarquino Prisco, en cuyo tiempo se acrecentó mucho más, Servio Tulio, que murió asesinado por disposicion de su Hija Julia, y Tarquino el Soberbio, Es-

poso de ésta, el qual cometió las mas violentas tiranías, haciendo insoportable á los Romanos su gobierno.

Un Hijo de Tarquino, llamado Sexto Tarquinio, violó la castidad de Lucrecia, Muger de Tarquinio Colatino; y aquella famosa Heroina, despues de haber declarado á sus Parientes la violencia que había padecido, se dió la muerte en presencia de ellos. Con este motivo Lucio Junio (apellidado Bruto porque para libertar su vida del rigor de Tarquino el Soberbio se había fingido fatuo) fué el primero que excitó al Pueblo no sólo á sacudir el yugo de aquel Monarca, sinó tambien á extinguir el gobierno de los Reyes. Así se verificó; y los Romanos eligieron, en lugar de Soberanos perpetuos, dos Magistrados anuales con título de Cónsules, habiendo acaecido esta gran mudanza quinientos nueve años ántes de la Era Christiana.

Quando lo pedían las urgencias de la República se nombraba un General de grande autoridad con nombre de Dictador, y además había varios Magistrados subordinados á los Cónsules, como eran los Pretores,

Tribunos, Qüestores, Ediles, Censores, Prefectos, &c.

Tarquino, desterrado de Roma, imploró el auxîlio de Porsena, Rei de los Etruscos; pero resistió á las fuerzas de ámbos el Pueblo Romano, ayudado del valor de Horacio Cócles, de Mucio Escévola, y de Clelia. Tampoco mejoró Tarquino de suerte, con haberse valido del favor de los Reyes Latinos; porque éstos fueron enteramente vencidos, y él murió luego de edad de noventa años.

Poco después Coriolano, el mas insigne Caudillo de Roma, fué desterrado por el Pueblo. Para tomar venganza de este agravio marchó contra su Patria, capitaneando á los Volscos, enemigos de los Romanos; pero se aplacó por los ruegos y lágrimas de su Madre.

Habiendo los Romanos trahido de Aténas las leyes de Solon, eligieron unos Magistrados llamados *Decemviros*, que cuidasen de su recopilacion y observancia. Empezaron éstos á exercer una autoridad tan despótica que fueron ó depuestos, ó desterrados, ó muertos, contribuyendo á esta re-

volucion el trágico suceso de Virginia, á quien el Decemvir Apio Claudio quiso robar el honor, y á quien su mismo Padre traspasó el pecho por no verla deshonrada por el Tirano.

Restablecióse el Consulado, y después se crearon Tribunos Militares que alternaron durante algunos años con los Cónsules.

Por aquel tiempo saquearon los Galos á Roma; mas luego los venció el valeroso Dictador Camilo.

Siguiéronse después prolixas guerras contra los Samnites, y otros Pueblos vecinos de Roma; como asimismo con los Galos, y con Pirro, Rei de Epiro, en las quales se acreditó admirablemente el valor de los Romanos.

Suscitóse la primera Guerra Púnica, originada de varias disensiones que hubo en la Isla de Sicilia. Una parte de sus habitantes imploró el auxílio de los Romanos, y la ótra el de los Cartagineses. Al cabo de veinte y quatro años vencieron los Romanos, imponiendo á los de Cartago duras condiciones. Renovóse otra guerra contra los Galos, triunfando igualmente Roma; y á los

loscientos diez y ocho años ántes de la Era Christiana empezó la segunda Guerra Púnica, que aunque de ménos duracion, fué mas sangrienta y peligrosa que la primera. Entónces mostró su esfuerzo y conducta Aníbal, General de los Cartagineses, que en tres batallas derrotó á los Romanos, y en la quarta que fué la famosa de Cánas, hizo el mayor destrozo que cuentan los Anales de Roma. Hubiera perecido aquella República á no ser por la prudencia y valor de sus dos Generales Quinto Fabio Máxîmo y Claudio Marcelo, y por el excelente arbitrio que tomaron los Romanos de llevar la guerra á Africa, poniendo así á Aníbal en precision de dexar á Italia para acudir al socorro de su Patria Cartago. Al fin se terminó despues de diez y siete años aquella funesta guerra con una paz ventajosa á los Romanos, en la qual se obligaron los Cartagineses á pagarles tributo.

Dos guerras mui señaladas sostuvieron los Romanos contra los Macedonios; y en la segunda acabó la Grecia de perder su libertad, estableciendo Roma su dominio en Asia.

Deseaban los Romanos un pretexto de

rompimiento para aniquilar á Cartago, y le hallaron mui oportuno en la guerra que aquella República seguía con Masinisa, Rei de Numidia. Tomó Roma el partido de éste; y Publio Cornelio Escipion se apoderó de Cartago, destruyéndola á sangre y fuego. Así acabó aquella antigua competidora de Roma que por espacio de un siglo la había disputado el Imperio del Orbe.

La Ciudad de Corinto fué destruida como la de Cartago; y con la toma de Numancia quedó toda España sujeta á la dominacion de Roma, como se verá quando, tratando de la Historia particular de España, contemos lo que en ella obraron los Romanos.

A estas victorias se siguieron dentro de la misma Roma grandes disensiones quando Tiberio Graco y su Hermano Cayo Graco sublevaron al Pueblo contra la Nobleza para establecer un estado de perfecta igualdad entre una y otra clase; pero ambos Heroes perecieron miserablemente.

Entretanto vencieron los Romanos y traxeron prisionero á Aristónico, Rei de Pérgamo. Igual desgracia tuvo Yugurta, Rei

de Numidia, sometido por Mario. Este abatió á los Teutones, Cimbros, y otras Naciones del Norte, que se habían introducido en las Galias, en España y en Italia.

Pacificados algunos Pueblos del Lacio que habían suscitado discordias civiles, se dió principio á la guerra contra Mitridátes, Rei del Ponto, que había hecho dar muerte á todos los Romanos establecidos en sus Dominios, y apoderádose de algunas Provincias de Asia aliadas, ó tributarias de Roma.

Confióse aquella empresa al Cónsul Sila; mas luego entró Mario en su lugar. De aquí se originaron dos partidos, uno á favor de Mario, y ótro por Sila, en cuya ocasion perecieron muchos Ciudadanos tanto en Italia, como en España, adonde se había retirado Sertorio, parcial de Mario, al segundo año de la guerra civil.

Aunque habiendo sido vencido Mitridátes, pidió la paz, y se la concedieron, Murena, Lugarteniente de Sila, faltó á la observancia del tratado, y empezó de nuevo la guerra. Mitridátes, aliado con Tigránes, Rei de Armenia, triunfó de los Romanos,

y se apoderó de Bitinia ; pero el Cónsul Luculo alcanzó dos victorias del Rei de Armenia , y hubiera terminado felizmente la guerra , si no se hubiese encomendado el mando del exército al Cónsul Glabrio , que dió lugar á Mitridátes de recobrar su Reino , y talar la Provincia de Capadocia. Entónces Pompeyo , Caudillo yá famoso por haber concluido dichosamente en España la guerra de Sertorio , y la de los Piratas en Cilicia , marchó contra Mitridátes , le echó de sus Dominios , persiguiéndole hasta Armenia , y despues de haberle vencido á orillas del Eufrátes , le puso en términos de darse desesperadamente la muerte. Para hacerse dueño del Asia , sometió la Armenia, unió la Siria al Imperio Romano , y reduxo la Judéa á Provincia de la República, volviendo á Roma lleno de laureles y tesoros.

Puso en gran consternacion á los Romanos la conjuracion de Lucio Catilina , Hombre noble , pero disoluto , que concibió el arduo designio de avasallar á Roma. Ciceron , tan buen Ciudadano , como Orador excelente , descubrió la conspiracion , pre-

caviendo sus fatales conseqüencias ; murió Catilina combatiendo al frente de las tropas que había juntado ; y destrozadas éstas, fueron degollados los principales cómplices.

Pompeyo, Craso, y Julio César con no ménos atrevimiento que maña llegaron á reunir en sí la Soberanía, formando el primer Triumvirato, orígen de grandes discordias, y de la ruina de la República, porque ni César, ni Pompeyo habían nacido para consentir la igualdad ó la superioridad de ótro en el mando.

Obtuvo César el Consulado, y el Gobierno de las Galias por cinco años ; y quedando en Roma Pompeyo y Craso, marchó á extender sus conquitas, y echar los cimientos del universal dominio que meditaba. Rindió á los Suizos, á Ariovisto Rei de los Suevos en Alemania, y á los Belgas ó Flamencos. Sometió con increible celeridad todas las Galias, y aun hizo tributarios á los Ingleses, sin haber tardado en estas conquistas mas que ocho años.

Murió Craso en un combate contra los Partos ; y Pompeyo, envidioso de la gloria de su competidor Julio César, intentó des-

pojarle del gobierno; pero César con sus fieles tropas marchó á Roma, de donde huyó Pompeyo con sus Partidarios. César, reelegido Cónsul, ganando al Pueblo con sus liberalidades, y amedrentando á los enemigos con su valor, persiguió á Pompeyo, que se había retirado á Grecia, y despues de varios acontecimientos vinieron á las manos ambos Campeones en los Campos de Farsalia. Declaróse la fortuna por César, que fué tan clemente despues de la victoria como esforzado en la peléa.

El Caudillo vencido hubo de retirarse á Egipto; pero creyendo Ptoloméo, Rei de aquellos Estados, dar gusto á César, mandó asesinar á Pompeyo, y presentó su cabeza al vencedor, el qual no pudo ménos de tributar algunas lágrimas á la memoria de tan valeroso Capitan.

Dispuso entónces proclamar Reina de Egipto á la bella Cleopatra, despues que su Hermano Ptoloméo se había ahogado en el Nilo por huir de César, ya declarado enemigo suyo.

De allí marchó rápidamente contra Farnáces, Rei del Bósforo, y saliendo con fe-

licidad de aquella empresa, dió parte de ella á Roma en tres palabras : *Llegué, ví, vencí.*

Intentaron los dos Hijos de Pompeyo vengar la muerte de su Padre; pero léjos de conseguirlo, murió el mayor de ellos, y huyó el segundo, quedando sus tropas enteramente derrotadas. En esta guerra, Caton, el gran Republicano, se dió la muerte por no ser testigo de la esclavitud de su Patria.

Había llegado Julio César al colmo de su fortuna, y se hallaba nombrado Dictador perpetuo con título de Emperador, que entónces equivalía á General, quando le asesinaron en el Senado Bruto y Casio con ayuda de otros conjurados. Acaeció este suceso quarenta y quatro años ántes de la Era Christiana, teniendo César cinqüenta y seis de edad.

Muerto el Emperador, se originaron en Roma los mayores disturbios. El Cónsul Marco Antonio, y Emilio Lépido, General de la Caballería, ambiciosos uno y ótro, aspiraban al mando. Los de un partido querían se vengase la muerte del Dictador, y

los del ótro defendían á los asesinos como á Republicanos restauradores de la libertad.

Octavio, ú Octaviano, llamado después Augusto, Sobrino de Julio César, se hizo entónces dueño de la República, para lo qual procuró que el Senado declarase á Marco Antonio enemigo de ella, y logró que marchasen contra él los dos Cónsules Hircio y Pansa. Estos, aunque vencedores, perecieron en la batalla; pero Antonio, sin desmayar en aquel lance, se ayudó de Lépido, empeñándose en desacreditar á Augusto con el Senado. Entónces Octavio tomó el partido de unirse con Antonio y Lépido; y formaron el segundo Triumvirato que oprimió á Roma á los quarenta y tres años ántes de Jesu Christo.

Tuvo Augusto la ingratitud de dexar á Ciceron abandonado al furor de Antonio su enemigo mortal, no obstante que aquel Orador con sus consejos y diligencias le había favorecido tánto en el Senado; y murió el gran Ciceron asesinado por los Emisarios de Antonio.

Unido Augusto con Marco Antonio y con Lépido, hizo revocar el Decreto en que

el Senado los había declarado enemigos de la Patria ; y se convinieron los tres en dividir entre sí el Imperio , mandando Antonio en las Galias , Lépido en la España, Octavio en Africa y Sicilia , y los tres juntos en Italia , y en el Oriente.

Marcharon Octavio y Lépido contra Bruto y Casio , que se habían retirado á Grecia ; y los vencieron en los confines de Macedonia , obligándolos á darse la muerte á sí propios , luego que perdieron las esperanzas de sostener el partido Republicano.

Volvió Octavio á Roma , y Antonio pasó al Asia. Entónces cautivó á éste con los atractivos de su hermosura Cleopatra , Reina de Egipto ; y él la concedió el dominio de Chipre , de una parte de la Cilicia , de la Arabia , y de la Judéa , con otros paises. Indignados los Romanos de que Antonio desmembrase el Imperio por una Reina extrangera , y de que por ella abandonase á su propia Muger Octavia , Hermana de Augusto , resolvieron tomar las armas contra él. Mandólas Octavio , y llegando con su armada á Epiro ganó cerca de Accio , treinta y un años ántes de la venida de Christo,

aquella famosa victoria que le hizo dueño absoluto de la República. Huyó Cleopatra, y con ella Marco Antonio, persiguiéndolos Octavio hasta el mismo Egipto. Antonio despechado se dió la muerte, y le imitó Cleopatra.

Restituido Octavio á Roma, fué recibido en triunfo; y aunque dexó al Senado una apariencia de autoridad, vino á ser único Señor del Imperio Romano, debiendo esta fortuna á su astuta política, á su felicidad en las armas, á la moderacion de su gobierno, con que hizo olvidar las pasadas crueldades, á su beneficencia para con el Pueblo, y fidelidad con sus Amigos, y á la señalada proteccion que concedió á las artes y ciencias.

Conquistó por medio de sus Generales el Egipto, la Dalmacia, la Pononia, la Aquitania, la Iliria, la Cantabria, y otras muchas Provincias remotas; y habiendo adquirido el dictado de *Padre de la Patria*, murió en Nola de edad de setenta y seis años á los catorce de la Era Christiana.

Tiberio, Hijo adoptivo de Augusto, gobernó el Imperio por sus Ministros, entre-

gándose á las mas infames torpezas ; y ayudado del malvado Consejero Seyano , cometió crueles iniquidades. Murió á los veinte y tres años de su reinado , y á los treinta y siete de la Era Christiana.

Succedió á Tiberio , Cayo Calígula , Hijo de un Sobrino de Tiberio , llamado Germánico. La vida de este Príncipe fué todavía mas viciosa y abominable que la de su predecesor , por lo qual conspiraron contra él Casio y Sabino , Capitanes de sus Guardias , y ántes de cumplir quatro años de reinado , le asesinaron en su Palacio.

Claudio , Primo Hermano de Calígula, subió al Trono quarenta y un años despues de la venida de Christo , y empezó gobernando con tanta justicia , que adquirió el título de *Padre de la Patria* ; pero después se acreditó de débil , insensato y cruel. Sometió á los Ingleses , y volvió triunfante á Roma , tomando el dictado de *Británico*. Su Muger Mesalina fué un monstruo de disolucion , y su mismo Esposo la mandó asesinar , casándose después con Agripina , Sobrina suya , la qual le dió veneno á los trece años de su reinado.

En el año de cinqüenta y quatro de la Era Christiana empezó á reinar Neron, Hijo de Agripina, y de Domicio su primer Marido. Agripina había conseguido con sus artificios que Claudio dexase nombrado succesor suyo á Neron en perjuicio de Británico, Hijo del mismo Claudio, y Príncipe mui estimable. Manifestó Neron al principio algunas virtudes; pero descubrió luego los mas indignos vicios, decayendo en su tiempo la gloria y poder del Imperio Romano. Mandó prender fuego á Roma, complaciéndose en aquel espectáculo. Hizo dar muerte á su Madre Agripina, á Burro su Ayo, á Séneca su Maestro, á Octavia su Muger, á su Dama Popéa, al Poeta Lucano, y á otros infinitos; y fué el primer perseguidor de los Christianos. El Senado, declarándole enemigo de la Patria, le sentenció á ser precipitado de una alta peña al Rio Tíber; pero Neron se quitó la vida con un puñal, teniendo entónces treinta y un años, y habiendo reinado cerca de catorce. Con la muerte de este inhumano Príncipe se extinguió el linage de Augusto.

Galba, Senador de ilustre sangre, y

Caudillo acreditado, fué proclamado Emperador por los Españoles y por los Galos. Reinó sólo siete meses, en que dió muestras de una vil avaricia, y murió de edad de setenta y tres años asesinado por sus mismas tropas á instancias de Oton.

Subió éste al Imperio, sin embargo de que se le disputaba Vitelio auxîliado de los Alemanes. Venció Oton á Vitelio en tres combates; pero quedando después derrotado en una batalla campal, se dió la muerte, sin haber reinado mas que noventa y cinco dias.

Obtuvo Vitelio la Corona, y en poco mas de ocho meses que reinó, cometió repetidas atrocidades, entregándose tambien á los mayores excesos en comida y bebida. Indignado el Pueblo Romano contra él, le dió ignominiosa muerte, después de haberle arrastrado por las calles, y arrojó su cuerpo al Tíber.

Vespasiano, que, aunque de obscuro linage, había llegado por su valor y prudencia á la dignidad de Cónsul, y que había conseguido victorias en Palestina, fué proclamado Emperador á los sesenta y nue-

ve años de la Era Christiana. Reinó diez; y despues de haberse hallado en treinta y dos batallas, murió con gran sentimiento del Senado y del Pueblo por las virtudes de humanidad, esfuerzo y cordura que le adornaban. Unicamente fué tachado de avaricia, aunque algúnos la llaman economía necesaria.

Tito, Hijo de Vespasiano, mereció le apellidasen *el amor y las delicias del género humano*, y supo ganar la voluntad de sus Vasallos con su eloqüencia, valor, liberalidad y modestia. Mereció los honores del triunfo juntamente con su Padre Vespasiano por haber conquistado á Jerusalen. Ambos Emperadores consolaron á Roma de la desgracia que había tenido en ser gobernada por los Tiberios, Calígulas, Nerones, y Vitelios. Murió Tito á los dos años y dos meses de su reinado, dexando por succesor á su Hermano menor Domiciano, que al principio dió muestras de clemente y generoso; pero después no quedó vicio de que no se dexase arrastrar, ni delito con que no se hiciese odioso. Sus mismos Criados le dieron muerte dentro de Palacio el

décimo quinto año de su reinado con general satisfaccion del Pueblo.

A estos doce Emperadores desde Julio César hasta Domiciano da la Historia por excelencia el nombre de *Césares.*

Pasó la Corona á Nerva, anciano virtuoso y respetable, y de ilustre familia, el qual tomó por Socio, ú Compañero en el Imperio al Español Trajano, su Pariente. Murió Nerva á los setenta años de edad, habiendo reinado poco mas de uno.

Trajano, que le succedió, fué por su pericia militar y política digno de la estimacion de los Romanos. Sostuvo felizmente varias guerras, ya contra los Alemanes, ya contra los Partos; subyugó la Dacia, la Armenia, la Iberia, la Arabia, y otros Reinos del Asia, llegando con sus armas hasta la India; y sujetó á los Judíos, que se le habían rebelado. Cogióle la muerte en Cilicia el vigésimo año de su reinado á los sesenta y tres de edad; y en elogio suyo baste decir que el Pueblo deseaba á sus Emperadores *la dicha de Augusto, y la bondad de Trajano.*

Adriano, tambien Español, Pariente,

Aliado, y Succesor de Trajano, Príncipe de grandes virtudes, pero mezcladas con bastantes vicios. Viajó largo tiempo por casi todas las Provincias del dilatado Imperio Romano; estableció la disciplina Militar; dexó en Roma monumentos públicos de su magnificencia, y murió despues de haber reinado cerca de veinte y un años.

Succedióle Antonino, apellidado *Pio*, por su afabilidad y clemencia, el qual exterminó los viles delatores y calumniadores que tantos daños habían causado en los Reinados antecedentes, y rigió el Imperio con felicidad por mas de veinte y dos años, habiendo reprimido á los Ingleses que se le sublevaron, como tambien á los Mauritanos y á los Egipcios.

Marco Aurelio, Yerno de Antonino Pio, gobernó juntamente con Lucio Vero, á quien dió su Hija en matrimonio. Aunque era Marco Aurelio de genio benéfico, amante de las letras, sabio, político, y de arreglada conducta, y Lucio Vero, bien al contrario, hombre de vida relaxada, y sin aplicacion á los negocios políticos y militares, reinaron ámbos en buena harmonía.

Lucio Vero marchó contra los Partos; pero no fué él quien los sujetó, sinó sus Tenientes. Falleció á los nueve años de reinado, y Marco Aurelio gobernó solo con la mayor prudencia y benignidad, habiendo vencido á varias Naciones Septentrionales. El feliz Reinado de este Emperador Filósofo, duró diez y nueve años; y despues de él tuvo el Imperio Romano la desgracia de ser gobernado casi siempre por Príncipes iniqüos y viciosos. Tal fué Cómodo, indigno Hijo de un Padre como Marco Aurelio.

Por muerte de Cómodo fué proclamado Emperador Helvio Pertinaz, Prefecto de Roma, á quien pronto dieron muerte los Soldados de su guardia.

Siguióse Didio Juliano, que tambien murió asesinado; y luego Septimio Severo, que sostuvo valerosamente muchas guerras, y murió en York el décimo octavo año de su reinado.

Succediéronle sus dos Hijos Caracala y Geta. Aquél quitó la vida á éste, y gobernó tiránicamente seis años, cometiendo torpes excesos y crueldades, hasta que le asesinó uno de sus Soldados.

Igual fin tuvo Opilio Macrino; y las trópas reconocieron por Emperador á Marco Aurelio Antonino, apellidado Heliogábalo, en quien se juntaron quantos vicios pueden hacer á un hombre aborrecible. Murió este monstruo á manos de sus Soldados: y subió al Trono Alexandro Severo, bien diferente de su antecesor, porque fué justo, benigno y amante de los Sabios. A pesar de sus buenas prendas, uno de sus Oficiales llamado Maxîmino le hizo dar muerte en Maguncia, como asimismo á su Madre Julia Maméa.

Este Maxîmino, Hijo de un Aldeano Godo, pasó de Pastor á Soldado, y despues de haber sido buen General, llegó á ser malísimo Príncipe, executando increibles atrocidades, principalmente contra los Christianos. Era hombre naturalmente feroz, agigantado y extraordinariamente forzudo. Los Pueblos se le rebelaron muchas veces; y al fin le dieron muerte sus tropas.

Aceptó por fuerza el Imperio el Pro-Cónsul Gordiano, y tomó por Compañero á su Hijo, que tenía el mismo nombre. Vencido y muerto Gordiano el mozo en una ba-

talla que dió á los Númidas, su Padre se ahorcó desesperado.

Eligió entónces el Senado por Caudillo del exército á Máximo Pupieno, Hijo de un Herrero, y con él á Balbino para que mandase en Roma; pero ambos Emperadores fueron asesinados ántes de los diez meses.

Gordiano Segundo, Nieto de Gordiano el mayor, empuñó el Cetro; y despues de haber vencido á los Partos y Persas, pereció por traicion de Filipo, General de sus tropas.

Reinó éste juntamente con su Hijo, llamado tambien Filipo, y uno y ótro fueron asesinados, el Padre en Verona, y el Hijo en Roma.

Decio, que había sometido felizmente á los Escitas, recibió la Corona Imperial. Fué terrible enemigo de los Christianos; y habiendo muerto á los dos años él y su Hijo, le succedieron Treboniano Galo, y su Hijo Volusiano. Quitáronles la vida sus tropas; y dieron el gobierno al Caudillo Emiliano, que sólo le gozó tres meses, porque noticiosos los Soldados de que Valeriano ha-

bía sido proclamado Emperador en las Galias, dieron muerte á Emiliano.

Rigieron el Imperio Valeriano, y Galieno su Hijo, pero con suma desgracia, pues el Rei de Persia Sapor hizo prisionero á Valeriano, y contra Galieno se levantaron treinta Tiranos que se apoderaron del mando en varias partes del Imperio dividido en facciones.

Muerto Galieno á los quince años de su turbulento reinado, le succedió Claudio Segundo, llamado el *Gótico* por haber hecho grande estrago en los Godos y otras Naciones bárbaras. Murió de peste á los dos años, siendo su falta mui sentida del Pueblo.

Su Hermano Quintilio sólo reinó diez y siete dias; y pasó la Corona á las sienes de Aureliano, tan estimado por su valor, como temido por su inhumanidad. Venció á la célebre Reina Zenobia, que mandaba en una parte del Oriente despues de haber fallecido su Esposo Odenato, el qual se había hecho aclamar Emperador en tiempo de Galieno. Tuvo Aureliano la dicha de haber reducido á obediencia las muchas Provincias que se habían rebelado al Imperio Ro-

mano ; pero aquel gran Príncipe murió por traicion de un Confidente suyo.

Eligió entónces el Senado al anciano Tácito , hombre noble y prudente , que había desempeñado los principales cargos de la República : mas sólo reinó seis meses. Su Hermano Floriano apénas llegó á reinar tres; y en su lugar entró Probo , que por espacio de seis años acreditó su valor y conducta , venciendo á los Alemanes , Galos , Sármatas , Getas , y otros Pueblos. Quando marchaba contra los Persas , sus Soldados le asesinaron injustamente en la Iliria.

Subió al Trono Aurelio Caro , y con él sus dos Hijos Carino y Numeriano. Caro murió ántes de los dos años á las orillas del Tígris , creyéndose que le mató un rayo : Numeriano fué cosido á puñaladas ; y Carino , entregado á horribles vicios , murió á manos de uno de sus Tribunos.

Succedió Cayo Valerio , conocido por el nombre de Diocleciano , y eligió por Compañero en el Imperio á Maxîmiano Herculeo , su Amigo. Este derrotó á los rebeldes de las Galias , y de Alemania ; y aquél á los Sármatas , á los Partos , á los Godos y

á otras Naciones. Habiéndose suscitado dos levantamientos, uno en Egipto, y ótro en la Mauritania, conocieron los dos Emperadores que no podían acudir á tantas partes, y disgustados del mando hicieron dimision de él para retirarse á vida mas tranquila. Diocleciano hubiera conseguido opinion de un gran Príncipe, si no le hubiera hecho odioso su obstinada crueldad en perseguir á los Christianos.

Por la renuncia de Diocleciano y Maxîmiano, dividieron el Imperio entre sí Constancio-Cloro, y Galerio. Constancio no llegó á reinar dos años; y Galerio, desconfiando de sus propias fuerzas, eligió dos nuevos Césares, Maxîmino y Severo. Indignadas las tropas contra Galerio, proclamaron Emperador á Maxêncio, Hijo de Maxîmiano Herculeo. Este mismo Maxîmiano, cansado de su retiro, quiso volver al Trono; pero no le admitió el exército. Murió Galerio despues de haber honrado con la púrpura Imperial á Licinio, General acreditado; quedando entónces dominado el Imperio Romano por quatro Emperadores: Maxêncio, Licinio, Maxîmino y Constanti-

no , llamado el Grande , Hijo de Constancio.

Venció Constantino á Maxêncio y á Licinio ; y por haber muerto Maxîmino en el Oriente , quedó único dueño del Imperio, trasladando la Silla de él á la Ciudad de Bizancio , á la qual dió el nombre de Constantinopla. En su tiempo floreció libre y pacíficamente el Christianismo , que cuenta por época memorable el reinado de Constantino Magno. Este Emperador en los últimos años de su vida perdió parte de la gloria debida á su zelo en proteger la Religion Christiana por la flaqueza que tuvo de favorecer á los Arrianos , desterrando á San Atanasio y á otros Santos Obispos ; pero recibió el Bautismo poco ántes de su muerte , que acaeció cerca de Nicomedia el año de trescientos treinta y siete á los treinta y uno , ú treinta y dos de su reinado.

En medio de las grandes prendas de Constantino , le han tachado de ligereza en haber hecho dar muerte á su Hijo Crispo por una falsa acusacion de la Emperatriz Fausta , á la qual mandó después quitar la vida. Igualmente se desaprueba su mala po-

lítica en haber trasladado al Oriente la Silla Imperial, dexando el Occidente expuesto á las irrupciones de Pueblos bárbaros, y haber repartido el Imperio entre sus tres Hijos, despues que había logrado reunirle felizmente en su persona.

En conseqüencia de esta division succedieron á Constantino sus tres Hijos Constantino Segundo, que gobernó la España y las Galias, Constancio, á quien tocó el Asia y Egipto, y Constante, que mandó en Italia, Sicilia y Africa. Constantino fué muerto en Aquiléa por las tropas de su Hermano Constante, y éste murió á traicion poco después. Quedó Constancio en posesion del Imperio, y le conservó durante un reinado poco glorioso de veinte y quatro años, habiendo protegido el Arrianismo.

Siguióse Juliano llamado el *Apóstata*, que reinó poco mas de año y medio, y manifestó prendas mui estimables, si no las hubiera deslucido con su grande aborrecimiento al nombre Christiano.

Eligieron las tropas á Joviano por Emperador; y su reinado, aunque sólo duró

ocho meses, fué mui favorable al Christianismo.

Succedióle Valentiniano, dotado de prendas dignas del Trono; y repartió el Imperio con su Hermano Valente, dándole la parte de Oriente, esto es, Egipto, Asia, y Tracia, y reservándose la del Occidente.

Graciano heredó á Valentiniano su Padre; y muerto Valente, dió el Imperio de Oriente al gran Príncipe Español Teodosio, célebre por su valor, y por lo que amparó á los Christianos.

A Graciano succedió en el Imperio de Occidente su Hermano Valentiniano Segundo; y por fallecimiento de Teodosio pasó el gobierno de Oriente á Arcadio, y el de Occidente á Honorio, Hijos ámbos de aquel insigne Emperador.

Desde entónces, esto es, á fines del siglo quarto y principios del quinto, experimentó su total decadencia el Imperio Romano, devastado por Vándalos, Hunos, Suevos, Alanos, Francos, Lombardos, Hérulos, Ostrogodos, Visigodos y otras Naciones bárbaras. Los débiles Emperadores que gobernaron el Occidente hasta Augústulo,

el último de ellos, apénas han merecido nombre en la Historia; pero entre los de Oriente (cuya larga serie se omite por la brevedad que exîge este Sumario) hubo algúnos que merecen distinguido elogio.

Muchos años después, quando en casi todo el Occidente dominaban yá las Naciones que hemos nombrado, Carlo Magno, Hijo de Pipino Rei de Francia, venció en Alemania á los Saxones, y en Italia á los Lombardos, y entrando triunfante en Roma, fué coronado Emperador de Occidente por el Papa Leon III, el dia de Navidad del año de ochocientos, renovando el Imperio de los Césares que había expirado en Augústulo por los años de quatrocientos setenta y seis.

Carlo Magno, tan valeroso como prudente, protegió con admirable zelo la Religion Católica y las Letras, y sus Succesores han conservado hasta el dia de hoi el título de Emperadores y Reyes de Romanos.

HISTORIA DE ESPAÑA.

Castillo inv. et del.t *Moreno Estada sc.*

El Rey San Fernando reune las Coronas de Castilla y Leon.

PARTE HISTÓRICA.

LIBRO TERCERO.

LECCIONES
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

INTRODUCCION.

Tódos estamos obligados á saber la Historia de nuestra Patria, pero no tódos con igual extension y puntualidad; porque si únos necesitan estudiarla radicalmente ya como Hombres empleados en los primeros oficios de la paz y de la guerra, ya como curiosos Literatos, ótros (que son los más) deben contentarse con no ignorar los hechos y revoluciones notables, conservar una idéa general de los reinados que han sido útiles y gloriosos, ó perjudiciales y

desgraciados, y fixar en la memoria la serie de las épocas principales para no confundirlas, como por falta de instruccion acontece freqüentemente.

Este fruto, quizá el único que suele sacarse despues de haber leido dilatadas obras históricas, se puede lograr á ménos costa con un Compendio que ni peque de estéril, ni de difuso. El que ahora se da á luz, trata mui sucintamente la parte de nuestra Historia que pertenece á los tiempos mas remotos, y con alguna mayor individualidad lo acaecido en los posteriores, por que al paso que va creciendo la Monarquía, crece tambien la importancia de los sucesos, y tienen éstos mas inmediato y particular influxo en el estado presente de la Nacion.

Los hemos recopilado no tánto por el órden de rigurosa cronología, quanto por la calidad de ellos, y por la natural conexîon que hai entre únos y ótros. Tuvo, por exemplo, el Rei Felipe Segundo dos

distintas guerras con Francia, ótra en Italia, ótra mui porfiada en los Paises Baxos, ótra con los Moriscos de Granada, y ótras con el Turco, con Portugal y con Inglaterra. Si en la relacion de estas varias empresas militares se observase meramente el órden de los tiempos, sería preciso confundir la imaginacion del mayor número de Lectores, transportándola sin cesar desde San-Quintin á las Alpujarras, desde Oran á Brusélas, desde el Golfo de Lepanto á Lisbóa, y desde las Islas Terceras á Lóndres, de suerte que dos ó más acontecimientos enteramente inconexôs se hallarían tal vez reunidos en un mismo párrafo sólo por la accidental circunstancia de haber sucedido en el propio mes ó año. Puede tener este método su utilidad en aquellos voluminosos anales que, mas que verdadera Historia, son como un depósito de materiales para escribirla; pero no parece tan conveniente á un Resúmen histórico, que, abrazando por mayor los acaecimientos substan-

ciales, debe enlazarlos de modo que lo seguido del discurso sirva de auxílio á la memoria, y se sujeten las fechas á la narracion, y nó la narracion á las fechas. En nuestro Compendio se apuntan las mas esenciales, cuidando de escribirlas en letra y nó en guarismo para facilitar á los Niños su lectura, y se insertan en el contexto de la obra, porque así tendrán mas precision de leerlas que si las viesen anotadas á la márgen.

Para disponer estas breves Lecciones, mui fáciles de escribir si se hubiese querido copiarlas de otros Compendios sin êxámen ni eleccion, se han tenido presentes los Autores que mas individualmente han tratado de la Historia de España; y como el citar los diversos pareceres y obscuras controversias de muchos de ellos sobre puntos dudosos no corresponde á la naturaleza de un Sumario destinado particularmente á la enseñanza de los Niños, se ha procurado omitir qüestiones, y seguir aquel dictámen que parece mejor fundado, sin adherir precisamente á

la autoridad de un determinado Historiador, ni impugnar á los que son de opinion contraria, ni ménos pretender que prevalezca la que aquí se adopta por mas probable. En ninguna Historia como en la de España se hace tan necesario hablar con esta prudente desconfianza, porque en ninguna es tan difícil la investigacion de la verdad, segun lo están reconociendo y confesando á cada paso nuestros doctos Escritores, que despues de haber expuesto las conjeturas de únos y ótros, suelen dexar á los Lectores la embarazosa libertad de juzgar por sí: arbitrio que si pudiese practicarse con los de tierna edad, nos hubiera escusado la mayor parte del trabajo.

Otros puntos hai que, aunque demostrablemente fabulosos, ó por lo ménos inverosímiles, andan en boca de toda la Nacion con apoyo de antiguas tradiciones y Crónicas respetables; y no hemos podido dexar de insinuarlos, bien que añadiendo la breve censura que basta para correctivo, y

para que no se dé á semejantes noticias mas crédito del que merecen.

Acaso entre las que referimos como ciertas habrá alguna que repugne á los delicados Críticos ; pero quando extractamos la Historia de España , no nos hemos propuesto reformarla , por que tan ardua empresa ni puede tener cabida en un Compendio , ni es para un hombre solo , ántes bien está reservada á las perennes taréas de muchos Sabios capaces de desempeñarla prolixa y ampliamente como el público lo deséa.

LECCION PRIMERA.

Dominacion de los Cartagineses en España.

El buen temperamento que goza España, la fecundidad de sus tierras, y las minas de oro y plata en que abunda, fueron antiguamente poderosos atractivos para varias Naciones como los Celtas, los Rodios, los Fenicios, que vinieron á establecer Colonias en los terrenos que con violencia, ó con astucia pudieron usurpar á los primitivos habitantes de esta bella Península. Pero los Cartagineses fueron los que principalmente lograron no sólo introducirse, sinó dominar en ella. Valiéronse al principio del pretexto del Comercio, freqüentando la costa de Cádiz; edificaron después en ella casas, templos, almacenes, y aun fortalezas; y al fin se hicieron Dueños de toda la Bética, ó Andalucía, empleando la fuerza quando no alcanzaba el artificio. Hicieron resistencia los Españoles; pero tarde; y Amílcar, Padre de Aníbal, los sometió al do-

minio Cartagines doscientos treinta y ocho años ántes del Nacimiento de Christo, alargando sus conquistas hasta Murcia, Valencia, y Cataluña, en donde fundó á Barcelona.

Muerto Amílcar en una batalla que dió á los Saguntinos, le succedió Asdrúbal, su Yerno, el qual edificó el Puerto de la Nueva Cartago, hoi Cartagena.

Los Romanos, enemigos de los Cartagineses, conociendo quántas utilidades sacaban éstos de la rica parte de España que poseían, y asegurados de que había muchos Españoles descontentos de la ambiciosa tiranía con que los gobernaban aquellos Africanos, resolvieron disputar á Cartago el dominio de tan apetecible Region, y á este fin se aliaron con varios Pueblos de ella, señaladamente con el de Sagunto, hoi Morviedro en el Reino de Valencia.

Habiendo sido Asdrúbal asesinado por un Esclavo, se dió el gobierno de España á su Cuñado Aníbal, jóven de gran valor y generalmente estimado, el qual, despues de haber conquistado el Reino de Toledo, sitió con todo su poder á Sagunto. Perdieron

mucho tiempo los Romanos en negociaciones infructuosas, y no dieron pronto socorro á aquella Ciudad su fiel aliada; de suerte que viéndose los sitiados, al cabo de una vigorosa defensa, en precision de rendirse á Aníbal por falta de víveres, tomaron la despechada resolucion de hacer una hoguera en medio de la plaza, y arrojarse valerosamente á las llamas con las alhajas mas preciosas, quemando tambien los edificios.

Luego que los Cartagineses quedaron Dueños de Sagunto, ó, por mejor decir, de sus ruinas, se encendió entre ellos y Roma la segunda guerra Púnica, ó Cartaginesa doscientos diez y ocho años ántes de Christo. Partió Aníbal á la misma Italia, y pasando los Alpes derrotó á sus enemigos en tres batallas, y después en la famosa de Cánas, tan fatal para los Romanos por haber perecido en ella lo mas florido de sus Tropas y lo principal de su Nobleza.

Antes de este desgraciado suceso habían enviado á España los Romanos al valiente Caudillo Cneyo Escipion, y después enviaron á Publio Escipion su Hermano, los quales molestaron en gran manera á los Carta-

gineses, y á los Españoles que seguían su partido, venciéndolos en varios encuentros.

Pero estaba reservada la conquista de España á otro Publio Escipion el mas célebre de todos los de este nombre, y el mismo que después fué conocido con el dictado de *Africano*. Hiciéronle Dueño no sólo de las Provincias Españolas, sinó tambien de los corazones, su raro esfuerzo, su cordura, rectitud, afabilidad, y otras insignes virtudes morales. Conquistó desde luego la Ciudad de Cartagena doscientos y diez años ántes de Christo, y prosiguió ganando tantas victorias, que Asdrúbal, General Cartagines, hubo de retirarse de España, dexándola casi toda en poder de los Romanos.

Pocos años después pasó Escipion á Africa, marchando contra Cartago. Venció á Aníbal en una batalla decisiva, y con ella puso fin á la segunda guerra Púnica.

LECCION II.

Dominacion de los Romanos.

Gobernaban los Romanos á España enviando á ella dos Pretores anuales: uno tenía á su cargo la España Ulterior (esto es la Bética y Lusitania) , y ótro la España Citerior ó Tarraconense , en que se comprehendían las demas Provincias. Las extorsiones que cometían los Pretores indispusieron los ánimos de suerte que muchos Españoles deseaban sacudir el yugo Romano. Entónces Viriato , de Nacion Lusitano , ó Portugues , priméro Pastor , y después Capitan de Bandoleros , hombre de valerosa resolucion , llegó á hacerse Caudillo de gran número de descontentos á quienes excitaba el deséo de recobrar la libertad ; y con este auxîlio persiguó á los Romanos , venciendo en varias refriegas á sus mas valientes Generales. Parece que ninguno hubiera triunfado de él , si el Cónsul Quinto Servilio Cepion sobornando á tres de los confidentes del mismo Viriato , no los hubiese in-

ducido á quitarle traidoramente la vida, como lo executaron cogiéndole dormido.

Quando con la muerte de Viriato quedaba ya sosegada y sujeta á Roma la España Ulterior, se renovó vigorosamente la guerra contra Numancia, Ciudad poco distante de donde hoi está Soria, y famosísima por el esfuerzo con que en defensa de su libertad resistió al poder de los Romanos, haciendo gran destrozo en ellos repetidas veces. En vano habían procurado rendirla los Cónsules mas guerreros y experimentados que tuvo Roma; pero hubo de ceder por fin aquel gran Pueblo á la hambre y á la pericia militar de Publio Cornelio Escipion el menor (llamado tambien Emiliano), que por esto mereció el dictado de *Numantino*. Hicieron prodigios de valor los sitiados; y quando yá les era inevitable el rendirse, empezaron á matarse desesperadamente únos á ótros, y se entregaron á las llamas con todas sus alhajas y habitaciones á imitacion de los Saguntinos.

Despues de la destruccion de Numancia, que acaeció á los ciento treinta y quatro años ántes de Jesu Christo, sostuvo en España

con los Romanos una porfiada guerra el intrépido y sagaz Capitan Sertorio, que en las discordias civiles entre Sila y Mario seguía el bando de éste último. Grangeó Sertorio las voluntades de muchos Españoles, y señaladamente de los Lusitanos; disciplinó sus Tropas; fundó Escuelas públicas, y un Senado á imitacion del de Roma; y pretendió establecer en España una Soberanía competidora de la de Italia. En medio de estos arduos designios le asesinó el traidor Perpena, Subalterno suyo.

Luego reduxo Pompeyo las Provincias Españolas á la dominacion Romana. Julio César completó la obra; y durante aquellas obstinadas competencias que después se excitaron entre Pompeyo y el mismo César, acabó España de rendirse á las victoriosas armas de este Emperador, que en la célebre batalla de Munda, dada quarenta y cinco años ántes de Christo, derrotó al Hijo mayor de Pompeyo.

Octaviano Augusto, succesor de Julio César, aseguró á Roma el dominio de España, ya con las Colonias que en ella fundó, ya con haber sujetado á los Asturia-

nos, á los Gallegos y á los Cántabros. Entónces empezó España á descansar de las prolixas guerras que la habían atormentado desde la entrada de los Cartagineses; y enteramente avasallada por los Romanos, tomó de ellos la Religion, las leyes, las costumbres y el idioma.

LECCION III.

Dominacion de los Godos hasta el Rei Católico Recaredo.

Permaneció España baxo el dominio de los Emperadores de Roma sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo quinto en que la tocó una principalísima parte de la revolucion que en todo el Imperio Romano, yá decadente, causaron las irrupciones de los Pueblos bárbaros del Norte. Reinaba el Emperador Honorio por los años de quatrocientos y nueve quando con formidables exércitos, y ocasionando horrible estrago, se apoderaron de Galicia,

Leon, y Castilla la Vieja los Suevos; de la Bética, los Vándalos y los Silingos; de la Lusitania y de la Provincia Cartaginense, los Alanos.

Poco después se estableció en Cataluña Ataulfo, Cuñado de Honorio y Rei de los Visigodos, ó Godos Occidentales, distintos de los Orientales, que se llamaban Ostrogodos. Este Rei, fundador de la Monarquía Goda en España, contento con los distritos que poseía, se resistió á los clamores de sus Vasallos que deseaban hacer nuevas conquistas; por cuya causa se amotinaron, y le dieron alevosa muerte en Barcelona año de quatrocientos diez y seis. Ataulfo.

Succedióle Sigerico, que gozó el Reino pocos dias, habiendo tenido tan desgraciada muerte como Ataulfo. Sigerico.

Uvalia, Capitan de gran crédito, obtuvo la corona; y despues de haber pactado con el Emperador Honorio que se le declararía Soberano de las Provincias que poseían los Godos, con tal que redimiese de la tiranía de los Suevos, Vándalos y Alanos los paises que éstos habían usurpado al Imperio de Roma, guerreó en efecto contra aquellos Uvalia.

Pueblos, y los sujetó á la dominacion Romana. Así reconoció á Uvalia el mismo Emperador por legítimo Rei de los Godos en las Galias y en España.

Teodoredo. Habiendo fallecido Uvalia en Tolosa año de quatrocientos diez y nueve, empuñó el cetro su Pariente Teodoredo, por otro nombre Teodorico. Hubo en su Reinado grandes alteraciones. Encendióse la guerra entre Vándalos y Suevos; y aquéllos, despues de haber causado los mayores destrozos en España, pasaron á Africa llamados por Bonifacio que allí gobernaba algunas Provincias Romanas, y que disgustado con el Emperador Valentiniano había determinado hacer dueños de ellas á los Vándalos. De este modo quedaron solamente los Silingos en posesion de la Andalucía. Por otra parte se unió el Rei Teodoredo con Aecio, General Romano, y con Merovéo, Rei de Francia, para resistir al furor de Atila, Rei de los Hunos, que al frente de un numeroso exército de aquellos Bárbaros, yá vencedores en Italia, venía á destruir á Francia, amenazando á España con una nueva invasion. Los tres Caudillos aliados alcanzaron

completa victoria del enemigo en una famosa batalla dada en los Campos Cataláunicos el año de quatrocientos cinqüenta y uno; pero el Rei Teodoredo murió valerosamente en la peléa.

Turismundo, su Hijo primogénito, fué aclamado Rei de los Godos. Poco despues le dió muerte su Hermano Teodorico. Turismundo.

Ciñó éste la Corona; y auxîliado de los Francos y Borgoñones, derrotó á los Suevos, haciendo prisionero á su Rei, y dexando casi extinguido aquel Imperio; mas Eurico Hermano menor de Teodorico, le quitó la vida, como él á Turismundo, y subió al trono en quatrocientos sesenta y siete. Teodorico. Eurico.

Acabó Eurico de hacerse Señor de España por medio de muchas y mui señaladas conquistas, sacudiendo casi del todo el yugo Romano; y despues de haber llegado con sus victoriosas armas á las Provincias meridionales de Francia, murió en Arles á los diez y siete años de su Reinado, que fué uno de los mas gloriosos para los Godos.

Succedióle su Hijo Alarico, Príncipe dotado de grandes prendas, que se empeñó Alarico.

UN. Biblioteca. Hospit. Real DE GRANADA

desgraciadamente en guerras con Clodovéo, Rei de Francia. Este le venció y dió muerte en una sangrienta batalla por los años de quinientos y seis, perdiendo los Godos desde entónces la Galia Gótica.

Gesaleico. Dexó Alarico un Hijo de edad de cinco años, llamado Amalarico, á quien pertenecía la Corona. Gesaleico, Hermano bastardo de éste, se la tuvo usurpada algun tiempo; pero Teodorico, Rei de Italia, Avuelo del Niño Amalarico, la recuperó con las armas, y gobernó á España como Tutor de su Nieto. Casó después Amalarico con Clotilde, Hija de Clodovéo, la qual profesaba la Religion Católica, y procuraba atraher á su Esposo á ella. El seguía el Arrianismo como todos los Reyes Godos sus Predecesores; y por esta causa la trató con tan inhumano rigor, que Childeberto, Rei de Francia, y Hermano de Clotilde, resolvió vengar los duros ultrages que su Hermana padecía. Logró rendir al Rei Amalarico en una batalla dada cerca de Narbona el año de quinientos treinta y uno, de cuyas resultas Amalarico tomó la fuga, y en ella fué herido mortal-

Amalarico.

mente á tiempo que buscaba asilo en un templo de Católicos.

Téudis, ó Teudio, Ostrogodo, que en la menor edad de Amalarico había gobernado á España en nombre de Teodorico, Rei de Italia, fué elegido Soberano. Continuó poco felizmente la guerra con los Reyes de Francia, y murió en quinientos quarenta y ocho asesinado dentro de su mismo Palacio por uno que se fingía loco. Téudis.

Succedióle Teudiselo, que había sido General de sus Tropas. Fué Príncipe valeroso; pero se entregó tan desenfrenadamente á torpes liviandades, que varios Señores de su Corte conspiraron contra él, y le dieron muerte en Sevilla año de quinientos y cinqüenta. Teudiselo.

Agila se hizo aborrecible por el ocio en que vivió. Rebelarónse contra él sus Vasallos, mandados por Atanagildo que aspiraba al trono, y al fin le quitaron ignominiosamente la vida en Mérida año de quinientos cinqüenta y quatro. Agila.

Llegó en efecto á reinar Atanagildo; y como para quitar el reino á Agila, hubiese implorado el auxílio del Emperador Justiniano, Atanagildo.

introduciendo tropas Romanas en España, y aun concediéndolas, segun se cree, algunos territorios, se vió después en precision de pelear contra los mismos Romanos, pretendiendo, aunque infructuosamente, expelerlos de España.

Muerto el Rei Atanagildo en Toledo año de quinientos sesenta y siete, le succedió por eleccion Liuva, que gobernaba la Galia Gótica. Nombró por Compañero suyo en el Reino á Leovigildo su Hermano, y se retiró á las Galias.

Liuva Primero.

Leovigildo.

Venció Leovigildo á los Romanos Vasallos del Imperio Griego, desposeyéndolos de varias Ciudades de Andalucía, como tambien á los Suevos de Galicia, y á los Cántabros que se le rebelaron.

Tenía de su Esposa Teodosia, Hermana de los Santos Isidoro, Leandro, y Fulgencio, dos Hijos llamados Hermenegildo y Recaredo; y muerta Teodosia, casó con Gosvinda, Viuda de Atanagildo, cediendo el Reino de Sevilla á su Hijo primogénito Hermenegildo, que contraxo Matrimonio con Ingunda, Hija de Sigisberto, Rei de Austrasia. Profesaba ésta la Religion Católi-

lica, por cuyo motivo Gosvinda, que era Arriana, la persiguió y maltrató quanto no es creible. Movieron á Hermenegildo el christiano sufrimiento de Ingunda, y las eficaces exhortaciones de su Tio San Leandro, Arzobispo de Sevilla, á abjurar el Arrianismo, y hacerse Católico. Su conversion irritó á Leovigildo, que despues de haber empleado inútilmente con su Hijo el artificio y el halago, recurrió á medios violentos, sitiando á Hermenegildo en su Corte de Sevilla, apoderándose de ella, y prendiendo al Santo Príncipe. Miéntras le tenía encarcelado procuró con lisonjeras promesas atraherle al Arrianismo; pero habiéndose resistido á ellas aquel Heroe Christiano, le mandó degollar su Padre.

Este, aunque le atormentaban íntimos remordimientos despues de haber cometido tan atroz iniquidad, no dexó de perseguir con la mayor tiranía á los Católicos, y especialmente á los Obispos.

Acometido, en fin, de una peligrosa dolencia por los años de quinientos ochenta y seis, dió algunas muestras de arrepentimiento, levantando el destierro á San Leandro,

y entregándole la persona de su Hijo Recaredo para que le instruyese en la Fe Católica; pero murió en la secta Arriana, si bien se dice que con señales de ser interiormente Católico.

LECCION IV.

Continuacion de la serie de los Reyes Godos hasta Ruderico, ó Don Rodrigo.

Recaredo Primero.

El Reinado de Flavio Recaredo, apellidado el *Católico*, es uno de los mas célebres en nuestra Historia, porque no sólo abrazó aquel Rei la verdadera Religion, persuadido del exemplo de su Hermano el Mártir San Hermenegildo, y de la Doctrina de su Tio San Leandro, sinó que hizo Católicos á sus Vasallos los Godos. Para lograr este arduo designio, supo manejarse con tan prudente política, que quando abjuró públicamente la secta de Arrio, le imitaron muchos Grandes del Reino, y des-

pués casi toda la Nacion. Tuvo que vencer muchos y mui graves obstáculos. Conspiraron contra su vida algunos Arrianos ; pero el Cielo permitió se descubriesen estas iniquas conjuraciones , y el piadoso Monarca llevó adelante la empresa , restituyendo á las Iglesias y Monasterios sus bienes , y á los Oblispos el libre uso de su ministerio , y desterrando la Heregía con la celebracion de Concilios nacionales , principalmente el Tercero de Toledo , que por el número de Prelados , y por la gravedad de los puntos de que en él se trató , fué el mas solemne y mas importante que hubo en el Occidente por aquellos tiempos.

Movieron guerra los Franceses á Recaredo , pretendiendo vengar la muerte de San Hermenegildo y la persecucion que padeció Ingunda quando , huyendo de Leovigildo, se retiró á Africa con el Príncipe su Hijo, en donde ámbos murieron ; pero el Rei, que de todo estaba inocente , mereció que Dios le concediese cerca de Carcasona dos victorias memorables , á las quales se siguió la paz y el matrimonio de Recaredo con Clodosinda , Hermana de Childeberto , Rei

de Austrasia. Sosegó con las armas los levantamientos de los Griegos y de los Vascones Navarros; y falleció colmado de lauros y de las bendiciones de los buenos Católicos en el año de seiscientos y uno. Heredó la Corona su Hijo Liuva Segundo, que daba grandes esperanzas de un feliz reinado; pero ántes de dos años le mató alevosamente Viterico, General de las tropas de su Padre. Este se apoderó del Reino, y le gobernó con tiranía hasta que unos conjurados le dieron muerte en seiscientos y diez.

Liuva Segundo.

Viterico.

Pasó el cetro á Gundemaro, que sólo reinó dos años, y después á Sisebuto, digno de elogio por su religiosidad y valor. Este se manifestó en las victorias que alcanzó de los Griegos, y aquélla en el zelo con que protegió el Catolicismo; bien que se le vitupera la imprudencia de haber recurrido para este fin á medios injustos y violentos que desdicen no ménos de la mansedumbre Christiana que de la sana política. Murió Sisebuto en seiscientos veinte y uno; y su Hijo Recaredo Segundo, que le succedió de mui tierna edad, apénas se cuenta en la

Gundemaro. Sisebuto.

Recaredo Segundo.

serie de los Reyes Godos por haber muerto ántes de los tres meses.

Entró en el Reino Flavio Suintila, Hijo menor de Recaredo el *Católico*. Mostró á los principios admirables virtudes y prendas militares, destruyendo enteramente á los Griegos, Vasallos del Imperio Romano, con lo qual tuvo la gloria de hacerse absoluto y pacífico Señor de toda España; pero en los últimos años de su reinado se entregó con tal extremo á una vida afeminada y sensual, que abandonó el gobierno en manos de su Esposa Teodora, y de su Hermano Geila, para no cuidar de otra cosa que de satisfacer sus viles apetitos. Excitó el odio de los Vasallos; y valiéndose de la ocasion Sisenando, uno de los principales Señores del Reino, pidió ayuda al Rei Dagoberto de Borgoña, y con un formidable exército Frances abatió las fuerzas de Suintila, le quitó el trono, y subió á él en seiscientos treinta y uno, con universal aplauso de los Godos. Suintila. Sisenando.

Rigió Sisenando justa y piadosamente la Monarquía, y restableció la disciplina Eclesiástica.

Chintila, Tulga, Chindasvinto, y Recesvinto.

Chintila, Tulga, Chindasvinto y Recesvinto, que succesivamente gobernaron á España desde la muerte de Sisenando (acaecida, segun se cree, en el año de seiscientos treinta y cinco) hasta el reinado de Vvamba, que empezó en seiscientos setenta y dos, no ofrecen acciones mui memorables en la Historia; pues ni por lo tocante al gobierno político, ni por lo que mira á la Religion hubo en aquellos tiempos mudanza alguna notable.

Vvamba.

Era Vvamba un noble Magnate Godo, de relevantes prendas, prudente, desinteresado y virtuoso, y como tal se resistió á admitir la Corona que le ofrecían; mas se la hicieron aceptar por fuerza, y fué ungido Rei con solemne ceremonia no usada en España hasta entónces. Habiéndosele rebelado la Galia Gótica, la Navarra y otras Provincias, encargó la pacificacion de ellas á su General Paulo, el qual tuvo industria para ganar no pocos parciales que le aclamaron Rei; pero el animoso Vvamba marchó contra los Sublevados, y abatiendo su orgullo, los reduxo á obediencia. Venció en un combate naval á los Sarracenos; protegió

la Religion Católica y el Estado Eclesiástico ; y dió sabias Leyes á la Monarquía , y á la Corte de Toledo adorno , defensa y extension con suntuosos edificios y fortalezas.

Despues de una repentina y grave enfermedad , renunció la Corona , nombrando por Succesor á Flavio Ervigio , Pariente del Rei Chindasvinto ; y se retiró á vivir con hábito de Monge en un Monasterio, donde pasó siete ú ocho años desde el de seiscientos ochenta y uno en que hizo la renuncia. Ervigio.

El gobierno de Ervigio fué en lo general bueno y tranquilo así para sus Vasallos como para la Iglesia ; y habiendo muerto en seiscientos ochenta y siete , le succedió su Yerno Flavio Egica , Sobrino de Vvamba , á quien en vida había ya asegurado el Cetro con beneplácito de los Grandes de la Nacion. Egica.

Egica reinó como unos catorce años , y en el de seiscientos noventa y siete tomó por Compañero en el trono á su Hijo Vvitiza, que empezó á gobernar por muerte de su Padre en setecientos uno.

Vvitiza. No hai en los anales de los Godos memoria que sea tan odiosa como la de Vvitiza; aunque no ha faltado quien haya emprendido su defensa. La comun tradicion es que habiendo empezado su reinado con bien merecida opinion de prudente, benigno, justo y religioso, después se dexó arrastrar de infames pasiones, y sobre todo de una torpeza escandalosa. No contento con violar todos los fueros de la Religion y de las Leyes, autorizó á sus Vasallos para que pública é impunemente pudiesen violarlos en muchas maneras; y cometió inauditas crueldades, ya quitando sin razon la vida á Favila, Padre de Don Pelayo, é Hijo del Rei Chindasvinto, ya haciendo sacar los ojos al Infante Teodofredo, Hijo del mismo Rei, y Padre de Ruderico, ó, segun comunmente se le llama, Don Rodrigo. Tales inhumanidades y desórdenes irritaron á los Vasallos, que sacudiendo el tiránico yugo de Vvitiza, eligieron por Soberano á Rodrigo, Hijo, segun queda dicho, de Teodofredo, sin que se sepa con seguridad si falleció Vvitiza en Toledo de muerte natural, como lo aseguran múchos, ó si el

Don Rodrigo.

mismo Rodrigo (segun escriben ótros) le abrevió la vida desterrándole á Córdoba, y mandándole sacar los ojos en venganza de igual atrocidad executada con Teodofredo.

Halló Rodrigo el Reino en tan infeliz estado por la depravada conducta de su antecesor Vvitiza, que necesitaba mucha virtud y mucho teson para reformarle ; mas, por desgracia, léjos de tener alguna de estas prendas, era no ménos vicioso que pusilánime ; y en su reinado se completó la pérdida de España.

Hai antigua noticia, aunque no mui admitida por los mejores Críticos, de que este Monarca robó con violencia el honor á una Hija del Conde Don Julian, conocida vulgarmente con el nombre de la *Cava* que la dieron los Arabes. Bien fuese por esta afrenta, como generalmente se cree, ó bien por otras razones de disgusto, ú de ambicion política, lo cierto es que el Conde Don Julian, entónces Gobernador de las Provincias cercanas al Estrecho de Gibraltar, determinó entregar los Reinos de España á los Sarracenos ó Agarenos, que

yá se hallaban Dueños de la Arabia, de Egipto, y de aquella parte de Africa llamada Mauritania, de donde les vino el nombre de Moros.

Trató el Conde Don Julian acerca de sus pérfidos designios con Muza, que era Gobernador de las Provincias de Africa por el Miramamolin Ulit, Príncipe Soberano de los Arabes; y Muza confió á su Capitan Tarik, ó Tarif la empresa de pasar con alguna gente á España por el Estrecho de Gibraltar. Tuvo gran fortuna Tarif en su expedicion, ganando victorias y despojos de los descuidados Christianos. El abandono en que estaban las plazas y la disciplina militar, el descontento que reinaba en los Vasallos yá indignados del desarreglado gobierno de Vvitiza, y de la viciosa floxedad de Rodrigo, la fama de los primeros triunfos conseguidos por los Arabes, todo contribuía á facilitarles la rápida conquista de la parte meridional de España. Juntó Rodrigo el exército que pudo, y cerca de Xerez de la Frontera á orillas del Rio Guadalete se opuso á los Moros y á los Godos rebeldes, aliados de Don Julian, presentándoles batalla; pe-

ro la perdió, y con ella el Reino. Los Hijos de Vvitiza, y algunas tropas Godas con el traidor Don Opas, Prelado de Sevilla, y Hermano del mismo Vvitiza, se pasaron al partido de los enemigos, convirtiendo las armas contra su Patria. Desapareció el Rei al fin de la peléa, sin que se hubiese podido averiguar su paradero.

Los Sarracenos aprovechándose inhumanamente de la ventaja que lograban, hicieron horrible destrozo en los nuestros. Animado Muza con el éxîto venturoso de sus armas, vino después á Andalucía capitaneando otro exército; y ántes de tres años quedó lo principal de España sujeto á la bárbara dominacion de los Mahometanos, y obscurecido el lustre del Imperio Godo que había durado mas de tres siglos. No concuerdan los Historiadores sobre el verdadero año en que hicieron los Arabes su primera irrupcion en España, queriendo únos que la batalla de Guadalete se diese en el de setecientos once, y ótros que en el de setecientos catorce.

Desde que empezaron á mandar en España aquellos Infieles, acostumbraba su Califa, ó Príncipe supremo enviar á ella Go-

bernadores que cuidasen de las Provincias conquistadas, y Generales que siguiesen conquistando ótras; pero cada uno de ellos, valiéndose de la misma autoridad y armas que se le confiaban, establecía su Corte y se hacía Soberano. De aquí se originó la multitud de Reinos Moros que se formaron succesivamente en Córdoba, en Zaragoza, en Valencia, en Sevilla, en Toledo, en Granada, y otras comarcas. Excitábanse discordias entre aquellos Reyes particulares; y la guerra que mutuamente se hacían contribuyó á su destruccion tánto como las hazañas con que (segun verémos en adelante) supieron los Christianos recobrar el Dominio perdido.

LECCION V.

Principio de la restauracion de España ; y serie de los Reyes de Asturias , ó de Oviedo hasta Don Ordoño el Segundo, Rei de Leon.

Don Pelayo , Hijo de Favila , y Nieto del Rei Chindasvinto , despues de haberse hallado , segun la mas comun opinion , en la batalla de Guadalete , se retiró á las Montañas de Asturias seguido de algunos Godos y Españoles no ménos leales á su Patria que zelosamente afectos á nuestra Santa Religion, y fué proclamado Rei en setecientos diez y ocho. Marchaban los Moros á apoderarse de aquella Comarca quando el Heroe Pelayo, que el Cielo destinaba para Restaurador de España , ayudado de los suyos , en quienes el esfuerzo suplía por el número , derrotó á los Infieles , y con la fama de esta victoria acudió mucha gente á alistarse baxo la bandera Christiana. Continuó el generoso Pelayo en hacer la guerra á los Arabes , exten- D. Pelayo.

diendo cada dia más sus felices conquistas. Tomó la Ciudad de Leon; y desde este Príncipe empezó á contarse en España la serie de los ilustres Reyes de Asturias, ó de Oviedo, que después se llamaron Reyes de Leon. El piadoso y valiente Pelayo, cuyo nombre será perpetuamente grato y venerable para los Españoles, falleció en el año de setecientos treinta y siete, y le succedió su Hijo Favila, que sólo reinó dos años, habiendo muerto despedazado por un Oso, miéntras se divertía en la caza.

Favila.

Alfonso Primero, el Católico.

Alfonso, ó Alonso Primero, apellidado el *Católico*, Yerno de Don Pelayo, y Descendiente de Recaredo, reinó desde el año de setecientos treinta y nueve hasta el de setecientos cinqüenta y siete, y persiguió á los Sarracenos, quitándoles muchas Ciudades de Galicia, Leon y Castilla con tanto valor y fortuna, que justamente se le cuenta en el número de los Reyes mas gloriosos que ha tenido España.

Fruela Primero.

Su Hijo Fruela, ó Froila, venció á los Infieles en una sangrienta y célebre batalla, en que murieron cinqüenta y quatro mil de ellos, y quedó pacífico Dueño del Reino

de Galicia, y de los demas territorios que sus Predecesores habían yá libertado de la irrupcion Africana. Quitó Fruela la vida á su Hermano Bimarano por infundadas sospechas; pero él tambien pereció á manos de un Primo-hermano suyo llamado Aurelio, el qual se apoderó del Cetro en setecientos sesenta y ocho, y le conservó seis años. Aurelio.

Recayó el gobierno en Silo, casado con una Hermana de Aurelio; y nueve años después en Mauregato, Hijo natural de Don Alfonso el *Católico*. Reinó Mauregato cinco años, habiendo hecho aborrecible su nombre por el infame tratado que ajustó (segun cuentan) con el Moro de pagarle un tributo anual de cien Doncellas, cinqüenta nobles, y otras tantas plebeyas; aunque múchos creen que yá estaba pactado aquel tributo desde el tiempo del Rei Aurelio, y aun hai quien niegue haberse hecho jamas tal pacto. Silo. Mauregato.

Por muerte de Mauregato, acaecida en setecientos ochenta y ocho, ciñó la Corona Bermudo, ú Veremundo, el *Diácono*, Sobrino de Don Alfonso el *Católico*. Estos últimos quatro Reyes Aurelio, Silo, Mau- Bermudo Primero el Diácono.

regato y Bermudo fueron en rigor Usurpadores del imperio por que le obtuvieron en perjuicio de Don Alfonso Segundo, llamado el *Casto*, al qual había dexado de mui tierna edad su Padre Don Fruela. Al fin Bermudo, conociendo por una parte que el cetro no le pertenecía de justicia, y por ótra que era incompatible con su dignidad de Diácono, cedió la Monarquía á Don Alonso el Casto en el año de setecientos noventa y uno; y este Rei la gobernó hasta fines del de ochocientos quarenta y dos, ó principios del siguiente. Su largo reinado fué próspero y memorable para los Españoles, pues los alivió de la opresion de los Sarracenos; y los que dan por cierto el ignominioso feudo á que se obligó Mauregato, suponen que Alfonso le abolió. Tuvo éste muchos y mui señalados combates con los Moros, derrotándolos principalmente cerca de Lédos en Asturias, y junto á Lugo en Galicia, de suerte que la primera de estas batallas les costó setenta mil hombres, y la segunda cinqüenta mil.

Alfonso Segundo el Casto.

Desde allí persiguió á los Bárbaros hasta Lisbóa, y no sólo conquistó aquella impor-

tante Ciudad, sinó tambien otras varias plazas fuertes, obligando á los Infieles á levantar los sitios que habían puesto sobre Benavente, Mérida y Zamora.

Las Historias refieren que la Infanta Doña Ximena, Hermana del Rei Don Alonso, casada secretamente con Don Sancho Diaz, Conde de Saldaña, tuvo por fruto de su matrimonio al celebrado Bernardo del Carpio, de cuyas aventuras y proezas militares hai tanto escrito en nuestras novelas y antiguos romances, con no pocas fábulas y exâgeraciones. Tambien es fama que, noticioso el Rei de la flaqueza de la Infanta y del atrevimiento del Conde, se indignó en tal grado, que mandó sacar los ojos á éste y aprisionarle toda su vida en el Castillo de Luna, encerrando á Doña Ximena en un Monasterio. Hizo dar noble educacion al Infante Bernardo, cuyo valor fué después mui útil á España en las batallas con sus enemigos; pero la inflexîbilidad con que Alfonso se resistió á los ruegos de Bernardo dirigidos á obtener la libertad de su Padre, excitó el resentimiento de aquel intrépido jóven, que convirtió las armas contra su Rei, aunque

no por eso logró la Corona á que la sangre le daba algun derecho.

Convienen muchos Historiadores en que reinando Alfonso vino á España el Emperador Carlo Magno, el qual rindió á Pamplona y llegó con sus armas hasta Zaragoza; pero no consta bastantemente el verdadero motivo de la venida de aquel gran Príncipe. Asimismo aseguran que volvió segunda vez para ayudar á echar de España á los Moros, animándole á ello la promesa que dicen le había hecho Don Alonso de dexarle en premio la succesion del Reino; pero que habiéndose opuesto al cumplimiento de semejante pacto la principal Nobleza Española, hubo de arrepentirse y retractarse Don Alonso. Lo que parece ménos dudoso es que por desavenencia y rompimiento que ocurrió entre ambos Soberanos el exército Español, aliado con Marsilio Rei Moro de Zaragoza, y ayudado del valor de Bernardo del Carpio, vino á las manos con el Frances en Roncesvalles á las faldas de los Montes Pirinéos, y que le destrozó enteramente. La confusion que reina en los Autores Españoles y Extrangeros sobre estos acontecimien-

tos, cuya fama ha llegado hasta nosotros por medio de tradiciones no siempre desapasionadas, ha dado motivo á que los Españoles hayamos atribuido á Bernardo del Carpio, y los Franceses á su Heroe Roldan, increibles hazañas, careciendo de noticias claras é individuales acerca de aquellas guerras, y de los motivos que hubo para ellas.

Es tradicion mui recibida que en el reinado del mismo Don Alonso el Casto se descubrió en Galicia el Sepulcro del Apóstol Santiago á quien había debido España la predicacion del Evangelio. Se ha propagado zelosamente hasta nuestros dias la devocion á este glorioso Patron de España, acudiendo desde entónces á visitar el Santo Cuerpo innumerables Fieles de todo el Orbe Christiano.

Coronado el anciano Don Alonso de laureles adquiridos en largas campañas, y amado de todos por sus virtudes, religiosa piedad y magnificencia en edificar templos, falleció, nombrando por succesor suyo á Don Ramiro Primero, Hijo del Rei Don Bermudo, segun la mas comun opinion. Ramiro Primero.

No dexó Alfonso descendiente alguno,

habiendo guardado perpetua continencia aun en el estado del matrimonio ; y es mui verosímil que por esto le diesen el dictado de el *Casto* , mas bien que por la mencionada abolicion del feudo de las cien Doncellas.

Entre las felicísimas victorias que alcanzó de los Mahometanos el Rei Don Ramiro se cuenta como la mas señalada la que ganó en los Campos de Albelda no léjos de Logroño, con tropas bien inferiores en número á las de los enemigos , pero alentadas con la proteccion del Apóstol Santiago , que el Rei dixo habérsele aparecido en sueños exhortándole á pelear y que , durante la refriega, aumentó la confianza de los Christianos, ofreciéndoseles á la vista en un Caballo blanco. Conseguido aquel célebre triunfo con que tan abatido quedó el orgullo de la Morisma , se apoderó Don Ramiro de Clavijo, Albelda y Calahorra.

Antes había reprimido al rebelde Conde Nepociano , que intentaba coronarse Rei en Asturias ; y después rechazó valerosamente á los Normandos que desembarcaron en las playas de Galicia con un exército de cien mil combatientes.

Corría el año de ochocientos y cinqüenta quando, por muerte de Don Ramiro, subió al trono su Hijo Don Ordoño Primero, digno de succederle no ménos por su piedad que por su esfuerzo, y que venció á los Agarenos en diferentes choques, recobrando no pocas Ciudades, principalmente á Soria y Salamanca; y reedificando ótras, como Tuy, Astorga y Leon, que habían padecido mucho en las antecedentes guerras. Ordoño Primero.

Muerto Ordoño en ochocientos sesenta y dos, ó, segun ótros, en ochocientos sesenta y seis, heredó la Corona su Hijo Don Alfonso Tercero, y la obtuvo hasta el año de novecientos y diez, en que la renunció. Extendió este Monarca sus conquistas mas que ninguno de sus Predecesores, de suerte que mereció por ellas ser apellidado el *Magno*, título que igualmente le correspondía por su clemencia, firmeza de espíritu, liberalidad con los pobres, y zelo del culto divino. Aunque se le rebelaron varias veces algunos Magnates ambiciosos de reinar, supo, ayudado de su prudencia y valor, sosegar aquellas alteraciones. Con la misma felicidad rindió en freqüentes combates á Alfonso Tercero el Magno.

los Arabes, conquistando á Coimbra, Simáncas, y Dueñas con toda la tierra de Campos; mas tuvo desgracia en lo interior de su Corte por las gravísimas desazones que le causaron los de su propia familia. Su Esposa Ximena, Ordoño y Fruela sus Hijos, Don García, que era el primogénito, y Nuño Hernández, Suegro de éste y Conde de Castilla, se unieron contra Alfonso, quien se vió precisado á resistir con las armas aquella persecucion hasta prender á Don García y encerrarle en un Castillo. Ultimamente, cansado el Rei de esta guerra doméstica, entregó solemnemente la Coro-
D. García. na de Leon á García, y el Señorío de Galicia á Ordoño; pero, aunque privado de la Soberanía por ingratitud de sus Hijos, no quiso tener ociosa la espada; y marchando contra el Moro, añadió como mero Soldado una nueva victoria á las muchas con que ya se había señalado como Rei. Retiróse cargado de despojos á Zamora, Ciudad que él mismo había reedificado y fortalecido como ótras muchas; y pasó á mejor vida. Reunió Alfonso con la pericia militar el amor á las letras, y en su nom-

bre corre una Crónica de los Reyes sus Predecesores, la qual empieza desde Vvamba, y sigue hasta Don Ordoño Primero.

A Don García, que sólo reinó tres años, y ganó á los Moros algunas victorias, sucedió su Hermano Don Ordoño Segundo, el qual se coronó en Leon, estableciendo en aquella Ciudad su Corte; por cuyo motivo él y sus Descendientes se han llamado Reyes de Leon, y nó de Oviedo como se habían intitulado sus Antecesores desde Don Pelayo. D. Ordoño Segundo.

No fué Don Ordoño generalmente dichoso en las guerras contra los Arabes, pues aunque á los principios los venció en Talavera de la Reina, y cerca de San Estévan de Gormaz, causándoles gran estrago en otras varias expediciones, padeció después, unido con el exército del Rei de Navarra, una fatal derrota en la sangrienta batalla dada en el Valle de Junquera año de novecientos veinte y uno. Manchó la memoria de su reinado con la tirana muerte que dió á los Condes de Castilla, segun lo explicará la siguiente Leccion.

LECCION VI.

Serie de los Reyes de Leon hasta Don Fernando el Primero.

Desde el tiempo del Rei Don Alonso el Casto defendían á Castilla de las invasiones de los Bárbaros unos Gobernadores con título de *Condes*, dependientes de los Reyes. Los primeros que consta haber gozado aquella dignidad fueron Don Rodrigo, su Hijo Diego Porcellos, y Nuño Belchîdes, Yerno de éste, y Fundador de la Ciudad de Búrgos. Succediéronles Nuño Rasura, Avuelo del famoso Conde Fernan-Gonzalez, y Gonzalo Bustos, ó Gustios, Padre de los siete Infantes de Lara. Ordoño Segundo, preocupado por siniestros informes y mal fundadas sospechas contra los Condes de Castilla, de los quales era el principal el mismo Nuño Fernández que había ayudado al Rei Don García, su Yerno, en la empresa de quitar el cetro á Don Alonso el Magno, los mandó venir á su presencia con pretexto de tratar asuntos gra-

ves. Envió entónces presos á Leon á los desapercibidos Condes, y los hizo degollar inhumanamente. Conmovióse con semejante atrocidad toda Castilla, y yá Ordoño se preparaba á tomar las armas para defender su iniquo proceder, quando le cogió la muerte.

Fruela Segundo.

Su Hermano Don Fruela, segundo de este nombre, se apoderó injusta y violentamente del Reino por los años de novecientos veinte y tres, gozándole sólo catorce meses, al cabo de los quales murió de lepra, sin dexar otra memoria que la de sus torpezas y crueldades. A éste Rei negaron la obediencia los Castellanos, y eligieron dos nobles Caudillos con título de Jueces que los gobernasen. Nombraron, pues, á Lain Calvo y á Nuño Rasura, confiando al primero los asuntos militares, y al segundo los de la magistratura y mando político; pero no está bien averiguado quanto tiempo duró entre los Castellanos aquella especie de gobierno.

Alfonso Quarto el Monge.

Alfonso Quarto, Hijo de Ordoño Segundo, empezó á reinar en novecientos veinte y quatro, y mirando con suma in-

diferencia y descuido los negocios del gobierno, se hizo Monge, y renunció la Corona en su Hermano Don Ramiro el Segundo, para lo qual excluyó de ella á su propio Hijo Ordoño. No gozó Don Ramiro quietamente el Reino, pues el mismo Don Alfonso que se le había cedido, salió después del Monasterio, y tomó las armas con el fin de recobrar el trono que poco ántes le había disgustado. Sitióle Ramiro en Leon, y apoderándose de aquella Corte, le aprisionó. Marchó luego contra los Hijos del Rei Don Fruela su Tio, que tambien aspiraban á hacerse Dueños de la Monarquía; hízoles sacar los ojos, igualmente que al Rei Don Alfonso el Monge, y los envió con él á un Monasterio, serenando al mismo tiempo la rebelion de algunos Vasallos que pretendían ceñir la Corona al Infante Don Ordoño su Sobrino, que aun no había salido de la menor edad.

Ramiro Segundo.

Sosegadas estas parcialidades, emprendió la guerra contra los Moros, en la qual les ganó y arrasó la Villa de Madrid.

Era á la sazon Conde de Castilla el noble y valeroso Fernan-González que, para

oponerse á las hotilidades de los Sarracenos, pidió favor á Don Ramiro. Partió el Rei á dársele ; y aliadas las tropas de Leon con las de Castilla , destrozaron completamente al enemigo cerca de Osma , y después hicieron tributario al Rei Moro de Zaragoza. Con éste unió sus fuerzas el de Córdoba, y entraron ambos en Castilla mandando un formidable exército. Presentóles Don Ramiro la batalla junto á Simáncas , puso en fuga á los Bárbaros , é hizo en ellos una increible matanza , cogiendo prisionero al Rei Moro de Zaragoza. Después el Conde Fernan-González acabó de desbaratarlos en la retirada , sin quedar apénas quien llevase á Córdoba la noticia del estrago.

Casó luego Don Ramiro á su Hijo el Infante Don Ordoño con Doña Urraca , Hija del Conde , despues de cuya union , y de repetidos triunfos conseguidos contra todo el poder Agareno , murió en Leon y fué sepultado en el Monasterio de San Salvador, fundacion suya.

Succedió Ordoño Tercero á su Padre Don Ramiro en el año de novecientos y cinqüenta ; pero le disputó la Corona su Hermano

D. Ordoño Tercero.

menor Don Sancho el Gordo, ayudado del Rei de Navarra Don García Sanchez su Tio, y del Conde Fernan-González. Defendióse animosamente de ellos Don Ordoño quando le sitiaron en Leon, y resentido de la ofensa que le hacía su Suegro el Conde de Castilla, se divorció de Doña Urraca, y tomó por Esposa á una Señora llamada Doña Elvira, en quien tuvo á Don Bermudo, que después llegó á ser Rei de Leon. Pacificó á los Gallegos que se le sublevaron; y reconciliándose al fin con el Conde Fernan-González, le envió tropas para que con su auxîlio persiguiese á los Moros. Ganóles en efecto el Conde una insigne victoria junto á San Estévan de Gormaz; y el Rei Don Ordoño, despues que recibió esta plausible noticia, falleció en Zamora año de novecientos cinqüenta y cinco.

D. Sancho el Gordo.

Logró entónces ocasion de empuñar el cetro su Hermano Don Sancho el Gordo; y aunque el Conde Fernan-González y los Grandes de Leon, Asturias, y Galicia conspiraron para quitársele y pasarle á Don Ordoño, llamado el *Malo*, Hijo de Don Alfonso el Monge, supo Don Sancho con ayuda

del Rei Moro de Córdoba hacer resistencia y mantenerse en la Soberanía.

De esta alianza del Rei de Leon con el de Córdoba, resultó que el Conde de Castilla tuvo que sostener sin mas fuerzas que las suyas la guerra contra los Infieles, cuyo número era infinitamente superior; mas concedióle el Cielo señalado patrocinio para que ganase una porfiada y célebre batalla junto á Piedra-hita, y siguiese el alcance con gran mortandad de los enemigos.

Convienen nuestras Historias en que reinando Don Sancho, libertó Fernan-González el Condado de Castilla de la sujecion y vasallage que reconocía á la Corona de Leon; pero no constan los motivos que hubo para esta gran mudanza, pareciendo mui frívolos los que se refieren en algunas Crónicas.

Murió Don Sancho de veneno que le dió cierto Conde llamado Don Gonzalo, el qual había amparado en Portugal á unos foragidos de Galicia, rebelados contra aquel Soberano.

Succedióle en novecientos sesenta y siete su Hijo Don Ramiro Tercero; y miéntras D. Ramiro Tercero.

le disputaba la Corona Don Bermudo Segundo, llamado el *Gotoso*, Hijo de Ordoño Tercero, se aprovecharon los Moros de la ocasion, y acometieron á los Christianos con tanta fortuna que conquistaron las plazas mas fuertes de Castilla, Leon y Navarra.

D. Bermudo Segundo, el Gotoso.

Muerto Don Ramiro, subió al trono en novecientos ochenta y dos Don Bermudo el *Gotoso*, declarado ántes Rei de Galicia. No fué á los principios mas dichoso que su Antecesor, porque perdió gran número de Pueblos; pero después logró vencer á los Sarracenos cerca de Osma en una memorable peléa con ayuda del Conde de Castilla Garci-Fernández, y de las tropas del Rei de Navarra.

D. Alfonso Quinto, el Noble.

Dexó Don Bermudo por Succesor en novecientos noventa y nueve á su Hijo Don Alfonso Quinto, apellidado el *Noble*, que por su tierna edad no pudo perseguir á los Infieles como lo necesitaba la Monarquía en aquel crítico estado de abatimiento.

Don Sancho el Grande, Rei de Navarra, el Conde de Castilla Sancho García, y Raimundo Primero, Conde de Barcelona fueron los Heroes que con sus armas de-

fendieron entónces á España de tantos peligros, expeliendo á los Agarenos de los dilatados territorios á que se extendía yá su dominacion.

No se sabe como el Rei Don Alfonso Quinto incurrió en la extraordinaria vileza de dar á su Hermana Doña Teresa por Esposa á Abdalá, Rei Moro de Toledo. Apénas hai elogios que basten á encarecer la heroica firmeza con que la Infanta se resistió á los halagos del Monarca Mahometano, el qual la restituyó á Don Alfonso, haciendo justas alabanzas de la virtuosa heroina.

A Don Alfonso Quinto, que murió de un flechazo en el sitio de Viséo, Plaza de Portugal, succedió su Hijo Don Bermudo Tercero en mil veinte y ocho. No dexó descendencia, y desde el año de mil treinta y siete, época de las mas principales y gloriosas de nuestra Historia, empezó la serie de los Reyes de Castilla y Leon, que tuvo principio en Don Fernando el Primero, llamado justamente el *Grande*.

LECCION VII.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon hasta el Emperador Don Alfonso Sexto.

D. Sancha. Doña Sancha, Hermana de Don Bermudo, y por consiguiente Heredera del Reino de Leon, estaba casada con Don Fernando, Hijo segundo del Rei de Navarra Don Sancho el Mayor. Este Monarca, que por su Muger Doña Mayor, Hermana del Conde de Castilla Don García, había heredado los Estados de Castilla, dividió entre sus quatro Hijos las tierras de su Dominio. A García su primogénito dió la Navarra; á Don Fernando la Castilla, haciéndola, no yá Condado, sinó Reino; á Don Gonzalo dexó la Corona de Sobrarbe, y Ribagorza; y á Don Ramiro la de Aragon. De este repartimiento se originaron crueles guerras entre los Hermanos, levantándose Aragon contra Navarra, y Leon contra Castilla. Presentó Don Bermudo la batalla á su

Cuñado Fernando cerca de Carrion, y la perdió con la vida.

Reunió entónces en su persona Don Fernando Primero los Reinos de Castilla y Leon, dando con su valor, piedad y prudencia nuevo ser á la Monarquía Española. Don Fernando Primero, el Grande.

En veinte y ocho años que reinó no desperdició oportunidad de abatir á los Arabes ya en Galicia, ya en las dos Castillas, ya en Estremadura y Portugal, haciendo tributarios suyos á los Reyes Moros de Sevilla, Toledo y Zaragoza, y mereciendo le llamasen Emperador á causa del poderoso Imperio que llegó á formar de tantos Reinos adquiridos por herencia, ó por conquista.

Sobrevino después grave discordia entre Don Fernando y su Hermano Don García, Rei de Navarra, que fundándose en que era el primogénito, alegaba tener derecho á que se le reparase el agravio que había recibido de su Padre en la division de los Estados, y á que el Rei de Castilla le restituyese varios Pueblos. Crecía su orgullo con la victoria que había ganado de su Hermano Don Ramiro, el Rei de Ara-

gon, á quien obligó á huir de su Reino; y llegó la desavenencia á términos de recurrir á las armas los dos Hermanos Fernando y García. Avistados ambos exércitos al pie de los Montes de Oca, fueron inútiles las exhortaciones que para aplacar al Rei de Navarra emplearon un Ayo suyo y un Santo Abad; si bien el Rei de Castilla se manifestó dispuesto á la reconciliacion. Trabóse el combate, y pereciendo en él Don García, quedó por Don Fernando la victoria. Lloró el piadoso vencedor la muerte del imprudente Hermano, y tuvo la generosidad de no apoderarse como podía de la Corona de Navarra. Bien al contrario, la puso en las sienes de Don Sancho, Hijo y Heredero del desgraciado Don García.

El título de Emperador que había logrado Don Fernando, excitó algunas quexas de parte de Henrique Segundo, Emperador de Alemania, que, protegido en un Concilio de Florencia por el Papa Aleman Víctor Segundo, pretendía se declarase feudatario suyo el Rei de Castilla y Leon. Entónces fué quando el valeroso y esclarecido Caballero Rodrigo, ó Ruí Diaz de Vivar,

á quien después llamaron el Cid Campeador, y que tanto se acreditó por sus hazañas, aconsejó á Don Fernando no reconociese dependencia alguna del Emperador de Alemania; y con un exército de diez mil hombres, entró por Francia determinado á defender con las armas la libre Soberanía de su Rei. Despues de algunas conferencias que hubo en Tolosa, se decidió y estableció que los Reinos de España estaban y debían permanecer exêntos de todo reconocimiento al Imperio Romano-Germánico.

Intentaron los Moros de Toledo y los de algunas otras comarcas sacudir el yugo Castellano; y porque la escasez del Real erario no permitía emprender entónces contra ellos nuevas jornadas, la Reina Doña Sancha con heroica liberalidad franqueó para los gastos de la guerra todo el oro y joyas de su persona. Con este socorro juntó el Rei su exército; y haciendo grande estrago en los Sarracenos, los reduxo á pagar los acostumbrados tributos, llegó hasta Cataluña y Valencia, y volvió cargado de gloriosos despojos.

Pacificados yá, y extendidos de esta manera sus Estados, se dedicó á promover fer-

vorosamente el culto divino ; ocupóse en exercicios piadosos , y falleció en Leon año de mil sesenta y cinco , edificando á tódos con su buena muerte.

El tierno cariño que tenía á sus Hijos le obligó , contra lo que pedía la razon de Estado , á dividir entre ellos la herencia que los Políticos le aconsejaban dexase entera á Sancho su primogénito. A éste , pues , declaró Rei de Castilla ; á Alfonso , Rei de Leon ; á García , Rei de Galicia y Portugal; á Urraca dió la Ciudad de Zamora , y á Elvira la de Toro : division que después fué causa de sangrientos y perjudiciales debates.

D. Sancho Segundo, el Fuerte.

Don Sancho Segundo , Heredero de Castilla , á quien apellidaron el *Fuerte* , concibió desde luego el ambicioso designio de unir á su Corona los territorios repartidos entre sus Hermanos ; pero ántes de dar principio á esta empresa se aliaron contra él Sancho Rei de Navarra , y Ramiro Rei de Aragon. Hízoles resistencia el de Castilla, ayudándole el Cid Ruí Diaz , hasta que hubo de retirarse el de Navarra ; y el de Aragon murió en un combate.

Pasó Don Sancho el *Fuerte* á Galicia , y

desposeyó de aquellos Estados á su segundo Hermano Don García que primero le prendió en una reñida batalla, y después fué preso por él, y permaneció en prisiones hasta su muerte, la qual acaeció en el siguiente Reinado. Marchó luego el mismo Don Sancho contra su Hermano Alfonso, y despojándole del Reino de Leon, le obligó á buscar acogida en la Corte del Rei Moro de Toledo. No satisfecha con esto su codicia, determinó hacerse tambien Dueño de Toro y Zamora, Señoríos de sus Hermanas. Conquistó fácilmente á Toro; pero halló gran dificultad en apoderarse de Zamora, por la vigorosa defensa que hicieron los Vasallos de Doña Urraca. Durante el sitio de esta Ciudad, un hombre artificioso á quien las Historias llaman Vellido Dólfos, salió de Zamora fingiéndose desertor, y ofreció á Don Sancho le mostraría un portillo por donde podría darse con buen éxîto el asalto. Creyóle el Rei demasiado ligeramente, y pereció á manos del traidor en ocasion que éste le conducía á reconocer el parage por donde había supuesto sería fácil ganar la Plaza.

Alfonso Sexto, el Bravo.

Levantaron los Castellanos el sitio ; y con noticia que recibió en Toledo el Rei de Leon Don Alfonso de la muerte de su Hermano Don Sancho , partió á Zamora , en donde fué mui bien recibido de tódos , y particularmente de Doña Urraca. Aclamáronle en Búrgos Rei de Castilla , de Leon y Galicia. Mas adelante tomó el título de Emperador , y le llamaron el *Bravo* á causa de su espíritu guerrero , con cuya prenda juntaba , entre ótras , la de una gran liberalidad.

Antes de ceñir Alfonso Sexto la Corona en el año de mil setenta y dos le obligó el Cid á hacer público y solemne juramento de no haber tenido parte en la alevosa muerte del Rei Don Sancho. Ofendióse Alfonso de que un Vasallo le precisase á semejante ceremonia ; y añadiéndose á este resentimiento los influxos de algunos Cortesanos, envidiosos de la fama que el Cid había ganado con su extremado valor , perdió aquel célebre Capitan la gracia de su Soberano , y tardó en volver á ella ; mas no por eso dexó de guardarle la mayor lealtad , y de servir con su invencible brazo á la Monar-

quía, siendo el terror de los Moros en Andalucía, en ambas Castillas, en Aragon y Valencia. Andan en boca de tódos las proezas de este insigne Varon, celebradas en verso y prosa; y aunque es cierto que las oimos desfiguradas con innumerables fábulas, fueron realmente superiores á todo elogio.

Reconocido Alfonso á los favores que había recibido de Almenon, Rei de Toledo, miéntras permaneció refugiado en su Corte, le dió auxílio contra el Rei de Córdoba; y por no faltar á la fiel gratitud que le debía, suspendió la conquista de Toledo hasta que murieron Almenon y su Hijo. Entónces sitió aquella capital; y despues de varios encuentros y asaltos tenazmente repetidos durante el largo cerco, la rindió en el año de mil ochenta y cinco con auxílio del valiente Cid, y prosiguió conquistando muchas importantes plazas de las cercanías y jurisdiccion de Toledo hasta formar una nueva Provincia, conocida con el nombre de Castilla la Nueva.

Hizo á Toledo Arzobispado, y le declaró Primado de las Iglesias de España. Poco

después abolió el uso del Rezo divino Gótico, introduciendo el Romano que se fué extendiendo de la Iglesia de Toledo á las demás de España.

Dedicóse Don Alfonso á reedificar y poblar á Salamanca, Avila, Segovia, Osma, y otras Ciudades, siendo ésta una de las providencias mas útiles de su Reinado, como que importa mucho más al bien del Reino y al de la humanidad una Aldéa que se puebla, que una Provincia que se conquista destruyéndola.

A este Rei sobrevinieron bastantes desgracias, y algunas por culpa suya. Estaba casado de terceras nupcias con Zaida, Hija de Benabet, Rei Moro de Sevilla, la qual despues de convertida tomó el nombre de Isabel. Rendido Alfonso á las instancias de su Suegro, y de su Esposa escribió á Tefin ó Texufin, Rei de los Moros Almorabides en Africa, para que pasase con tropas á España. Aspiraba Benabet á valerse de aquel socorro para hacerse Dueño de los Reinos que poseían en España los Agarenos, miéntras el Rei de Castilla se prometía sacudir el yugo Arabe, uniendo sus

fuerzas con las de Benabet y Tefin. Ambos se engañaron; porque habiendo enviado Tefin con un poderoso exército de Almorabides á su General Hali, éste, léjos de unirse con Benabet, volvió contra él las armas, le venció y dió muerte en un combate, y se apoderó del Reino de Sevilla. Acudió mucha Morisma á alistarse baxo las banderas de Hali, el qual se intituló Miramamolin, ó Príncipe supremo de los Mahometanos en España, y entrando en el Reino de Toledo, empezó á llevarlo todo á fuego y sangre.

Conoció entónces Don Alfonso el grave yerro que había cometido, y procuró enmendarle, oponiéndose á los Bárbaros; mas perdió dos batallas. Marchó tercera vez contra Hali, y logró precisarle á encerrarse en Córdoba, y á rendirse con obligacion de pagar por entónces una crecida suma, y después un tributo anual á Castilla.

Tefin con nuevo exército de Almorabides pasó á España determinado á reprimir la insolencia del rebelde Hali, y perseguir de camino á los Christianos. Tuvo la fortuna de conquistar á Sevilla y á Córdoba,

prendió á Hali, y le mandó degollar. Pero el Emperador Don Alfonsó juntó sus fuerzas contra los Moros, y los precisó á huir de Castilla, volviéndose Tefin á Africa.

Por este tiempo Don Sancho Rei de Aragon tenía sitiado al Rei Moro de Huesca en su misma Capital; y Don Alfonso, envidioso al parecer de las gloriosas conquistas del Rei de Aragon, tuvo la debilidad de enviar tropas en socorro del de Huesca; mas hubieron de rendirse maltratadas. Muerto Don Sancho de un flechazo, su Hijo el Rei Don Pedro alcanzó de los Infieles una completa y memorable victoria en la llanura de Alcoraz.

Falleció Tefin, y succedióle un Rei llamado Hali, que vino á España con grueso exército, y llegó hasta el mismo Toledo causando horroroso estrago, sin perdonar ni aun á los Niños y Mugeres, talando los campos y saqueando las Ciudades. En esta consternacion alistó nuevas tropas el Emperador Don Alfonso, y no pudiendo mandarlas por su vejez y achaques, puso á la frente de ellas al Infante Don Sancho su Hijo, aunque de tierna edad. A éste acom-

pañaban siete Condes, y el principal de ellos el valeroso Don García, Conde de Cabra. Trabóse la batalla con furor cerca de Ucles, y declarándose la victoria por los enemigos, que eran múchos, murió el Infante, á pesar del esfuerzo con que peleó Don García por defenderle.

Perdida esta batalla, que las Historias llaman de los *siete Condes*, y entregado Don Alfonso al mas vehemente dolor por la muerte su único Hijo, volvió á juntar Soldados, y acaudillándolos, no obstante su avanzada edad, dió sobre la Morisma, y la rechazó priméro hasta Córdoba, y después hasta Sevilla, recogiendo preciosos despojos y muchos Cautivos. Acometió luego á los Moros de Zaragoza; pero faltándole la salud, se retiró á Toledo; y sus Generales, que continuaron la guerra, ganaron á Cuenca y Ocaña.

El Cid Ruí Diaz despues de haber conquistado á Valencia, murió en el año de mil noventa y nueve, y el Emperador Don Alfonso en el de mil ciento y ocho, heredando la Corona su Hija Doña Urraca.

LECCION VIII.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta Don Fernando Tercero, el Santo.

Doña Urraca. Antes de entrar á referir los sucesos del Reinado de Doña Urraca, conviene para la claridad de nuestra narracion explicar brevemente los matrimonios y succesion del Emperador Don Alfonso Sexto. Su primera Muger legítima fué Doña Ines; la segunda Doña Costanza, Madre de la Reina Doña Urraca; la tercera Doña Berta, que dicen era Toscana; la quarta Zaida, la Hija del Rei Moro de Sevilla, y Madre del Infante Don Sancho que murió en la batalla de *los siete Condes*; la quinta Doña Isabel de Francia; y la sexta Doña Beatriz.

De otra noble Señora llamada Ximena, que, segun únos fué legítima Muger, y segun ótros amiga del Emperador, tuvo una Hija llamada Doña Teresa, que casó con Don Henrique de Borgoña en el año de mil noventa y cinco, llevando en dote el Con-

dado de Portugal. Este Don Henrique y Doña Teresa fueron Padres de Don Alfonso, que, (como después verémos) se hizo Rei de aquel Estado.

Había tenido Doña Urraca de su primer Esposo el Conde Don Ramon de Borgoña un Hijo, que después fué el Emperador Don Alfonso Séptimo, y de segundas nupcias estaba casada con Alfonso Primero Rei de Aragon y Navarra, llamado el *Batallador*. Desde el año de mil ciento y nueve en que empezó á reinar Doña Urraca hasta el de mil ciento veinte y seis en que murió, no se vió libre de turbaciones el Estado. Parecía que debía ser ésta la época en que reuniéndose las Coronas de Aragon, Navarra, Castilla, Leon y Galicia, había de formarse un poderoso y pacífico Imperio que afianzase la felicidad de España; pero la Providencia lo dispuso de otro modo. El poco recato de Doña Urraca excitó el resentimiento de su Marido; y divididos los dos Consortes, se dividió tambien en facciones el Reino. Puso el Rei á su Esposa en un Castillo, divorciándose de ella públicamente, con pretexto de ser nulo el ma-

trimonio á causa del parentesco que entre ámbos había. Destruyéronse en lastimosa guerra únos á ótros los Castellanos y Aragoneses; y alzaron Rei los Gallegos al Infante Don Alfonso, ayudados de muchos Caballeros Castellanos y Leoneses, hasta que al cabo de largas disensiones y sangrientos combates, en que padecieron infinito los miserables Pueblos, cedió el Rei de Aragon, declarando Rei de Castilla á su Hijastro Don Alfonso, el qual casó con Doña Berenguela, Hija del Conde de Barcelona.

D. Alfonso Séptimo, llamado por excelencia el *Emperador.*

A los disturbios entre el Rei de Aragon y Doña Urraca, se siguieron ótros entre ésta y su Hijo Don Alfonso, que se disputaban la Corona. Varias veces se reconciliaron; pero nunca sólidamente, hasta poco ántes de morir la Reina.

Convirtieron al fin sus armas los Príncipes Christianos contra los Moros. Alfonso de Aragon ganó de ellos repetidas victorias, que justamente le adquirieron el renombre de el Batallador; y Alfonso el de Castilla, destruyéndoles los Reinos de Sevilla y Córdoba, puso por términos de su Imperio la Sierra Morena. Despues de muer-

ta su Madre Doña Urra, continuó todavía con mas vigor la guerra contra los Infieles, tomándoles innumerables Plazas y Castillos, y llegando con sus armas hasta Almería en la costa de Granada, de cuyo Puerto se apoderó.

Uno de los acaecimientos mas notables del reinado de Don Alfonso Séptimo, llamado por excelencia el *Emperador*, fué la revolucion acaecida en Portugal. Alfonso Hijo de Don Henrique y de Doña Teresa, Poseedores de aquel Condado, fué proclamado por sus Tropas Rei de Portugal en el año de mil ciento treinta y nueve; y habiendo vencido á cinco Reyes Moros, eligió por blason cinco Escudos pequeños, que hoi llamamos *Quinas*, en memoria de los cinco Estandartes Reales que tomó en aquella batalla. De aquí trahen su orígen los Monarcas de Portugal, que desde entónces empezaron á gobernar con independencia de los de Castilla.

El valiente y piadoso Emperador Don Alfonso hubiera sin duda alguna expelido de España á los Sarracenos, si las desavenencias con los Reyes de Aragon y Na-

varra no le hubiesen distrahido freqüentemente en guerras particulares, cuyos varios y complicados accidentes merecen narracion separada, no compatible con la brevedad de este Compendio.

Murió aquel esclarecido Príncipe en mil ciento cinqüenta y siete, dexando los Reinos de Castilla á su primogénito Sancho Tercero (llamado el *Deseado*,) y los de Leon y Galicia á Fernando, su Hijo menor, que entre los Reyes de Leon fué Segundo de aquel nombre.

D. Sancho Tercero el Deseado.

D. Fernando Segundo de Leon.

De esta division resultaron funestas discordias entre los Monarcas Christianos, y de ellas se aprovecharon los Infieles para recuperar las pérdidas que iban acelerando su ruina. Don Sancho, Rei de Navarra, empleó entónces sus armas contra el de Castilla, y el de Leon; pero éstos le escarmentaron en dos batallas.

Reinó Don Sancho Tercero de Castilla poco mas de un año, y en su tiempo tuvo principio la Orden Militar de Calatrava. La de Santiago no ménos ilustre empezó mucho ántes segun algunos Autores; pero ótros con mayor verosimilitud la creen algo

posterior á la de Calatrava. Lo cierto es que su instituto no fué aprobado hasta el año de mil ciento setenta y cinco. De la de Calatrava dimanó como filiacion suya la de Alcántara ; y las tres , segun su loable instituto , se distinguieron á porfía sirviendo á la Christiandad contra los Moros en aquel siglo , y en los siguientes , exemplo que imitó después la Orden de Montesa, instituida en Valencia por el Rei Don Jaime Segundo de Aragon en mil trescientos diez y siete.

D. Alfonso Octavo.

Al morir Don Sancho el Deseado dexó de edad de tres ó quatro años á su Hijo Alfonso , que después fué Rei de Castilla, y Octavo de este nombre en ella. Muchos Grandes del Reino , y particularmente de los dos linages de Castro y de Lara , se disputaron el gobierno de la Monarquía en la menor edad de Alfonso ; y su Tio el Rei Don Fernando Segundo de Leon en medio de aquellas turbulencias se apoderó de las principales Ciudades de Castilla ó con nombre de Gobernador de los Reinos de su Sobrino , ó como Hijo del Emperador Don Alfonso Séptimo. Por otra parte

Don Sancho, Rei de Navarra se hizo Dueño de Logroño y otros pueblos de la Rioja; y toda Castilla ardía en parcialidades.

Ultimamente algunos leales Vasallos del Rei Don Alfonso Octavo, y señaladamente los de Avila, que desde su tierna infancia le habían criado y defendido en aquella misma Ciudad, le proclamaron Soberano ántes que cumpliese los once años. Lleváronle por varios pueblos de Castilla, los quales le recibieron con gran fidelidad y júbilo, porque las amables prendas del nuevo Rei se conciliaban las voluntades de todos, tanto que por su clemencia y generosidad fué apellidado el *Bueno*, y el *Noble*.

Entrando Alfonso en la mayor edad, y Dueño yá de Toledo y otras Ciudades de Castilla, acudió á vengar los agravios que su Corona había recibido de los Reyes de Leon y de Navarra. Marchó con su exército á la Rioja; y despues de castigar á los Navarros, fué contra Leon, talando los campos y abrasando y saqueando los lugares del Rei su Tio. Recobró luego á Cuenca, que estaba en poder de Moros; y por evitar nueva guerra con el Rei de Aragon, tuvo

la prudencia de entregarle el Pueblo y Castillo de Ariza.

Poco después, con motivo de haber el Rei Don Fernando de Leon reedificado á Ciudad-Rodrigo, movió contra él las armas su Suegro Don Alfonso, Rei de Portugal. Vencióle Don Fernando en una batalla, y quiso Don Alfonso despicarse acometiendo á Badajoz, que si bien era Ciudad de Moros, estaba á devocion de Don Fernando. No tardó éste en oponerse al Rei de Portugal, y rindiéndole segunda vez, le hizo prisionero; pero le trató con singular humanidad: mandó le curasen las heridas que había recibido en la accion, y le puso en libertad, sin exîgir del vencido mas que la restitucion de algunos Lugares que le había tomado en Galicia. No contento con este proceder tan heroico, le socorrió después quando los Moros le tenían sitiado en Santaren, derrotando al mismo tiempo á los Infieles: generosidad tanto mas admirable quanto aquel Monarca Portugues era el que se había rebelado contra el Padre del mismo Don Fernando. Murió el Rei de Leon en mil ciento ochenta y ocho, y he-

redó aquella Corona su Hijo Don Alfonso el Nono.

D. Alfonso Nono de Leon.

Al cabo de algunos años marchó el Rei de Castilla Don Alfonso Octavo á contrarrestar el ímpetu de un formidable exército de Moros que amenazaba al Reino de Toledo. Los Castellanos no quisieron esperar á que llegasen las tropas auxîliares de Leon y de Navarra, por ganar ellos solos la gloria y las ventajas del triunfo; pero luego pagaron su demasiada intrepidez, porque dándose la batalla cerca de Alárcos, fueron enteramente vencidos por la muchedumbre de los Arabes, y éstos corrieron la tierra de Toledo, causando lastimosos daños. Múchos atribuyeron entónces aquella fatal derrota á particular castigo del Cielo por la ilícita pasion y trato del Rei con una hermosa Judía, á quien se había entregado escandalosamente; y así, algunos Grandes del Reino se arrojaron á darla muerte dentro del mismo Palacio. A este golpe que recibió el Rei se siguieron las nuevas irrupciones de los Infieles en Castilla, el hambre, la peste, y las correrías que hicieron en sus Estados los Reyes de Leon y Na-

varra. Con tales desgracias volvió sobre sí Alfonso Octavo; y empleando su valor en defensa de la Patria, y su prudencia en los cuidados del gobierno, lavó las manchas que con los pasados extravíos, y con la derrota de Alárcos había padecido su buena opinion.

Apénas expiró la tregua de diez años que se había visto obligado á pactar con los Moros, resolvió dirigir vigorosamente sus armas contra ellos, á cuyo fin trató de establecer pacífica alianza con los Reyes Don Alfonso de Leon, Don Pedro de Aragon, y Don Sancho de Navarra. Coligáronse estos Príncipes, y dió calor á la empresa con sus piadosas exhortaciones, y eficaces diligencias el Arzobispo de Toledo Don Rodrigo Ximénez de Rada, Varon de rara virtud, zelo, prudencia y sabiduría, y Autor de una apreciable Crónica de España.

Ademas de las tropas de Aragon y Navarra, mandadas por sus dos Reyes, se incorporaron con las de Castilla algúnas que enviaron el de Leon, y el de Portugal; y aun vino de Francia, y otros Paises extrangeros gran número de Caballos con sus gen-

tes de á pie y á caballo, bien que la mayor parte de ellos se retiró ántes de la batalla. Dióse ésta contra todo el poder de los Moros en las Navas de Tolosa, al pie de Sierra Morena dia diez y seis de Julio de mil doscientos y doce, y peleándose con imponderable valor, quedó por los Christianos la victoria, en recuerdo de cuya felicidad celebra desde entónces la Iglesia de España en aquel dia una fiesta con el nombre del *Triunfo de la Cruz.*

Rompió el Rei de Navarra las cadenas que defendían el Real del Miramamolin de los Arabes; y para memoria de aquella accion puso en el escudo de sus armas unas Cadenas. El número de Combatientes fué por ambas partes el mas crecido que jamas había llegado á juntarse en España. El de los Sarracenos que murieron en el combate subió á cien mil, y á sensenta mil el de los prisioneros, no faltando quien diga hubo muchos mas de los unos y de los ótros. Lo que mayor admiracion causa, y se haría increible, si no lo atestiguase el mismo Arzobispo Don Rodrigo que se halló en la batalla, es que de los nuestros so-

lo pereciesen veinte y cinco. Tomaron los Christianos á Ubeda y otras importantes plazas; y dos años despues de haber domado con tan memorable triunfo la soberbia Mahometana, murió el Rei de Castilla Don Alfonso Octavo, dexando inmortal fama de sus hazañas militares.

D. Henrique Primero.

Succedióle su Hijo Don Henrique Primero, que sólo tenía once años, y apénas reinó tres, habiendo muerto desgraciadamente de la herida que recibió en la cabeza por la caida de una teja. Cuidó del gobierno del Reino, y de la tutela de Don Henrique su Hermana Doña Berenguela, Esposa del Rei de Leon Don Alfonso el Nono, desempeñando acertadamente ambos cargos, que después cedió á los Condes de Lara, Casa de gran poder y mando en aquellos tiempos.

D. Fernando Tercero el Santo.

Antes de divorciarse Doña Berenguela del Rei Don Alfonso, á causa, ó con pretexto del cercano parentesco, había tenido de él entre otros Hijos al Infante Don Fernando. Crióle á sus pechos, y educóle con singular esmero, instruyéndole en las mas saludables máxîmas así Christianas como políticas. Renunció á su favor el Reino que

de justicia le pertenecía, y le hizo aclamar Rei de Castilla en mil doscientos diez y siete, aunque se opusieron á ello su Padre Don Alfonso, y el Conde de Lara Don Alvaro Nuñez.

Animado el Rei Don Fernando Tercero del piadoso, y guerrero espíritu que aprendió en la heroica escuela de su Madre, empezó á señalarse en la guerra contra los Infieles.

Entretanto Don Jaime Primero de Aragon conquistó el Reino de Valencia, y por las muchas victorias que alcanzó de los Moros, llegó á merecer el renombre de el *Conquistador*.

El Rei de Leon Don Alfonso el Nono despues de haber ganado á Badajoz, Mérida, y casi toda la Estremadura, falleció en mil doscientos y treinta; y aunque en su testamento dexó los Reinos de Leon, y Galicia á dos Infantas, Hijas de su primer matrimonio, olvidándose de su Hijo Don Fernando á quien nunca tuvo aficion, pasó éste á la Ciudad de Toro, y los Leoneses le reconocieron por su legítimo Soberano. Con el derecho que le asistía, y con los prudentes y pacíficos medios que usó, de acuer-

do con su Madre Doña Berenguela, reunió felizmente las dos Coronas de Castilla y Leon, las quales no han vuelto á separarse desde entónces.

Hizo Don Fernando memorable su Reinado por las eminentes virtudes, que despues de haberle grangeado el dictado de *Santo*, le hicieron digno de que como tal se le venere en los Altares. Dió principio á la suntuosa fábrica de la Iglesia Metropolitana de Toledo, con ayuda del Arzobispo Don Rodrigo, y dexó otros muchos monumentos de su consumada piedad.

Los de su valor fueron igualmente insignes y repetidos. La conquista de Ubeda, la del Reino de Córdoba, la voluntaria rendicion de Murcia, la entrada que hizo por el Reino de Jaen, avasallando al Rei Moro de Baeza, el tributo que impuso al Rei de Granada, y últimamente el célebre sitio de Sevilla, y la gloriosa conquista de aquella Capital, y demas Pueblos de su dependencia, aseguraron á San Fernando la admiracion y eterno reconocimiento de los Españoles, que jamas han obedecido á Rei mas virtuoso, esforzado y benigno.

Francia tenía al mismo tiempo la fortuna de ser gobernada por San Luis, Primo-hermano de San Fernando como Hijo que era de Doña Blanca, Hermana menor de Doña Berenguela, de suerte que dos grandes Reinas dieron entónces á dos grandes Estados dos Reyes igualmente Santos.

Meditaba San Fernando pasar con sus triunfantes armas á Africa, deseoso de aniquilar el Imperio de Marruécos, quando Dios dispuso de su vida, y le llevó para sí en el año de mil doscientos cinqüenta y dos. Se cree fué este ilustre Soberano quien fundó el Consejo de Castilla, poniendo en él doce Magistrados, y dándoles el difícil y utilísimo encargo de ordenar el Código de las Leyes Reales llamadas las *siete Partidas*, bien que no se acabó esta insigne obra, ni tuvo su debida perfeccion hasta que reinó Don Alfonso el Sabio.

Trasladó á Salamanca la Universidad que su Avuelo Don Alfonso Octavo, trayendo de Italia y Francia los mas hábiles Literatos, y recompensándolos liberalísimamente, había establecido en Palencia; é incorporó aquellas Escuelas con las que el Rei de Leon

Don Alfonso el Nono había fundado en la misma Ciudad de Salamanca.

Diez Hijos de dos matrimonios dexó el bienaventurado Monarca San Fernando; y el primogénito que era Don Alfonso Décimo, apellidado después el *Sabio*, empuñó el cetro de Castilla y Leon.

D. Alfonso Décimo, el Sabio.

LECCION IX.

Serie de los Reyes de Castilla y Leon, hasta Don Alfonso el Onceno.

Mereció Alfonso Décimo el dictado de *Sabio* por la señalada proteccion que concedió á las Ciencias, y por la inteligencia que en ellas tenía. Son pruebas de su estudiosa aplicacion las Tablas Astronómicas que llevan el nombre de Alfonsinas por haberlas él dispuesto con ayuda de los mejores Astrónomos de aquella era, como tambien una Crónica general de España en cuya composicion tuvo mucha parte, quando no se

quiera decir que es toda suya. Pero lo que ha dado mayor celebridad á su gran talento es la continuacion y conclusion de la obra de las *siete Partidas* empezadas á recopilar en tiempo de su Padre Don Fernando el Santo; libro precioso, y del número de aquellos pocos que inmortalizan la fama de una Nacion. Debió mucho á este Príncipe la Lengua Castellana; pues ademas de haberla ilustrado con su pluma, mandó se usase en todos los Decretos y Privilegios Reales, y en las Escrituras públicas que ántes se escribían en Latin. Igualmente hizo traducir al Castellano los Libros de la Escritura Sagrada.

Fué electo Emperador de Alemanía por el alto concepto que de sus prendas tenían los Electores, no ménos que por ser Nieto del Emperador Felipe, Suegro de San Fernando. Mas temeroso de abandonar los Reinos de España en que las sublevaciones de los Moros, y las de muchos Magnates ó Ricos-Hombres ocasionaban peligrosas turbulencias, no pudo acudir con tiempo á tomar posesion del trono Imperial, y por consiguiente fueron inútiles los esfuerzos

que después hizo para conservar su derecho.

Así como en vida de su Padre el Rei San Fernando había yá dado muestras de valor y conducta militar, particularmente durante el sitio y conquista de Sevilla, las dió no inferiores quando yá reinaba, ganando á los Moros no sólo las Ciudades de Xerez de la Frontera, Medina-Sidonia y San Lúcar, con otros Pueblos de Andalucía que habían vuelto al poder de aquellos Infieles, sinó tambien el Reino de los Algarbes, parte del qual cedió en dote á su Hija Doña Beatriz que casó con Don Alfonso Tercero de Portugal. Reprimió á los Moros rebeldes de Granada; y entretanto su Suegro, y aliado del Rei de Aragon Don Jaime el Conquistador, le entregó la Ciudad y Reino de Murcia que acababa de quitar á los Sarracenos, quedando así unidos á la Corona de Castilla aquellos Estados, cuyo Príncipe Hudiel se había eximido del vasallage prestado voluntariamente al Rei San Fernando.

Fué Don Alfonso el Sabio naturalmente espléndido y generoso; y lo acreditó quan-

do pidiéndole su Prima Marta, Emperatriz de Constantinopla, la tercera parte de una exôrbitante suma que necesitaba para el rescate de su Esposo Balduino, cautivado por el Soldan de Egipto, la dió aquella cantidad por entero: liberalidad que muchos vituperaron entónces como excesiva.

A pesar de toda su sabiduría, valor, y demas sobresalientes calidades, estuvo Don Alfonso mui léjos de ser feliz. Ademas de que sus Vasallos se le mostraron desafectos en varias ocasiones, y creyeron tener motivos para rebelarse y perseguirle, su propio Hijo Don Sancho, cognominado el *Bravo*, con auxîlio de muchos Nobles malcontentos se hizo aclamar Soberano, y movió una fatal guerra civil, en que le ayudó el Rei de Granada. No bien serenada aquella tempestad, mas que con armas, con negociaciones y convenios, sobrevino la desgracia de haber pasado á España un numeroso exército de Arabes, que, confederados con los de acá, talaron los campos de Andalucía, y salieron victoriosos de los Christianos en dos combates.

Falleció en aquella sazon el Infante Don

Fernando, llamado de la *Cerda* por haber nacido con una cerda, ó pelo mui largo en las espaldas. Era Hermano mayor de Don Sancho; y entónces renovó éste sus pretensiones á la Corona, que yá juzgaba le pertenecía, sin embargo de haber dexado dos Hijos el Infante de la Cerda. Juntáronse Cortes en Segovia, y allí se vió precisado el Rei Don Alfonso á nombrar Succesor suyo á Don Sancho, pidiéndolo así la tranquilidad del Reino.

No contento el nuevo Heredero con la esperanza de reinar, deseaba subir al trono en vida de su Padre. Para este fin supo grangear con mercedes las voluntades de los principales Señores, y en nombre de ellos por sentencia pronunciada públicamente se declaró al Rei Don Alfonso privado del Cetro.

Despues que con este sensible y extraordinario reves de la fortuna se vió aquel Monarca abandonado de tódos, ménos de la Ciudad de Sevilla que se mantuvo fiel, llegó al abatido extremo de tener que implorar el socorro de su propio enemigo el Rei de Marruécos, á quien pidió dineros pres-

tados, enviándole en prendas su Real Corona, que era de mucho valor. Vino á España el Rei de Marruécos, y sitió en Córdoba á Don Sancho; pero hubo de alzar el cerco, y contentarse con hacer algun daño en las tierras comarcanas, sin sacar Don Alfonso otro fruto de aquel socorro, y sin quedarle mas recurso ni desahogo que echar su grave maldicion al rebelde Hijo.

Al cabo de tantas adversidades murió el el Rei Don Alfonso por los años de mil doscientos ochenta y quatro; y en su testamento dexó por Heredero á su Nieto Don Alfonso de la Cerda.

D. Sancho Quarto, el Bravo.

Sin embargo de tal disposicion, y en medio de la variedad de opiniones que había sobre el legítimo derecho á la Corona, prevaleció el partido del Rei Don Sancho, á quien llamaron el *Bravo* por aquel valor suyo que participaba algo de ferocidad. Casó con Doña María, Hija de Don Alfonso, Señor de Molina, y Nieto de Don Alfonso el Sabio, por medio de cuya alianza incorporó á la Corona el Señorío de Molina.

Habiendo ganado de los Moros la Villa de Tarifa, confió el gobierno de ella á

Don Alonso Pérez de Guzman el Bueno, Progenitor de los Duques de Medina-sidonia, el qual defendió vigorosamente aquella plaza en el cerco que la pusieron los Sarracenos, mandados por el Infante Don Juan, Hermano del Rei. Cayó en poder de los Sitiadores un Hijo de Don Alonso; y ellos, para obligarle á rendirse, le amenazaron con que degollarían al Hijo; pero el Padre, léjos de intimidarse por tan dura proposicion, arrojó desde la muralla un cuchillo para que se executase el sangriento sacrificio, ántes que faltar á la obligacion de defender la Plaza. Retiróse á comer; y oyendo luego los gritos que daban los Soldados al ver degollar bárbaramente al Niño, acudió á saber la causa, y dixo con increible serenidad: „Pensaba que habían entra„do en la Ciudad los enemigos“: muestra de magnánimo patriotismo la mas señalada que se lee en las Historias. Por ella conocieron los Bárbaros adonde llegaba la intrepidez de Guzman el Bueno; y desconfiados de conquistar Plaza que tal Defensor tenía, levantaron el sitio, y se volvieron á Africa.

En el año de mil doscientos noventa y

cinco falleció el Rei Don Sancho, despues de haber experimentado su Reino gravísimas discordias ocasionadas por varios Príncipes que con derecho, ó sin él, aspiraban á la Monarquía.

D. Fernando Quarto, el Emplazado.

Dexó por Succesor en ella á su Hijo Don Fernando Quarto, en cuya menor edad gobernó su Madre Doña María, muger de elevado espíritu, y no ménos dotada de virtud que de prudencia. Bien necesitó la Reina valerse de úna y ótra para resistir á las poderosas facciones que excitaron contra su Hijo, y contra ella misma ya el Infante Don Alfonso de la Cerda, protegido de los Reyes de Francia, de Aragon, y de Granada; ya el Infante Don Juan, el que sitió á Tarifa, y que se intitulaba Rei de Leon; ya Don Henrique, Tio del Rei, que pretendía la Regencia del Reino; y ya finalmente las nobles Casas de Haro, y de Lara. Estos diversos bandos tan presto se hacían mutua guerra, tan presto se aunaban contra el Monarca; sin que ninguno de los Parciales aspirase á otra cosa que á engrandecer sus propios dominios en daño comun del Estado. Multiplicábanse los ex-

cesos públicos y particulares: odios, asesinatos, robos, tódo era lícito.

El hambre, la peste, y enfermedades que padecían las tropas abanderizadas, dieron lugar á la Reina de apaciguar con industrias de buena política el ambicioso furor de los faccionarios. A los Nobles sublevados contentó con cederles algunos Pueblos, ó territorios, y aplacó al Rei de Portugal Don Dionisio, que favorecía al Infante Don Juan, ajustando las bodas del Rei Don Fernando de Castilla con Doña Costanza, Hija del mismo Don Dionisio, y las de Don Alfonso, Hijo y Succesor de éste con Doña Beatriz, Hermana del propio Don Fernando. Los Reyes de Aragon y Portugal, nombrados Jueces Arbitros en las disensiones del Infante de la Cerda con el Rei de Castilla, sentenciaron que el Infante renunciase sus pretensiones á la Corona, y que se diese por indemnizado con la cesion que se le haría de algunas tierras y Lugares.

Luego que llegó Don Fernando á edad de tomar las riendas del gobierno, supo ganar con afabilidad y clemencia los co-

razones de sus Vasallos, perdonando generosamente á los delinqüentes. En la guerra contra los Moros, recogió el fruto de sus expediciones, conquistando algunas plazas de Andalucía, y entre ellas á Gibraltar.

A este Rei llamaron el *Emplazado*, porque habiendo hecho dar muerte sin suficiente probanza á dos Hermanos del apellido de *Carvajal*, indiciados de haber cometido un asesinato, ellos le citaron, y emplazaron con término de treinta dias ante el tribunal de Dios para que diese cuenta de la pena capital á que injustamente los condenaba. Verificóse puntualmente la muerte del Rei á los treinta dias, y era difícil que el Pueblo atribuyese á mera casualidad tan notable acontecimiento.

D. Alfonso el Onceno, el Justiciero.

Succedió á Don Fernando Quarto en mil trescientos doce su Hijo Don Alfonso el Onceno en edad de poco mas de un año, baxo la tutela de su Avuela la Reina Doña María, y de los Infantes Don Juan, y Don Pedro sus Tios.

Muriendo éstos desgraciadamente en una batalla dada contra los Moros de Granada, se renovaron los funestos debates sobre

la Regencia del Reino. Falleció después la insigne Reina Doña María, y Don Alfonso, que, entrando en la mayor edad, empezó á gobernar por sí, serenó las inquietudes que duraban en sus Estados, valiéndose á veces del rigor, y á veces de la sagacidad y templanza.

Emprendió mui de veras la guerra contra los Mahometanos; y señaló su reinado con la toma de Algecíras, y con una insigne victoria que consiguió cerca de Tarifa, á orillas del Rio Salado, en que se dice perecieron mas de doscientos mil Infieles, y sólo veinte de los Christianos: particularidad mui semejante á la que refieren de la batalla de las Navas de Tolosa.

Los crecidos gastos de aquellas grandes expediciones obligaron á imponer sobre los géneros vendibles el tributo llamado *Alcabala*, conviniendo casi todas las Ciudades de España en satisfacer esta contribucion, necesaria entónces para la defensa del Reino.

Miéntras Don Alfonso tenía puesto sitio á Gibraltar, que ya había vuelto á poder de los Moros, acometió á su exército una terrible peste, y en ella murió el Rei mis-

mo, año de mil trescientos y cinqüenta.

Este Monarca, conocido con el renombre de *Justiciero*, fué quien dió públicamente autoridad, y fuerza á las Leyes de las *siete Partidas*, recopiladas por su Visavuelo Don Alfonso el Sabio.

LECCION X.

Serie de los Reyes de Castilla, y Leon hasta Don Juan el Primero.

D. Pedro Primero, llamado el Cruel.

Los principios del Reinado de Don Pedro Primero, ó por mejor decir único de este nombre entre los Reyes de Castilla y Leon, Hijo y Succesor de Don Alfonso el último, fueron no ménos turbulentos que los de su Padre, y de su Avuelo. Empezó á gobernar ántes de los diez y seis años, y á descubrir desde entónces inclinacion á los excesos con que después obscureció la fama que por algunas buenas prendas merecía. No habiendo sabido refrenar los impulsos de su genio demasiadamente ri-

guroso, adquirió con únos el dictado de *Cruel*, y con ótros el de *Justiciero* (como su Padre) por los freqüentes y severos castigos que mandó executar.

En consideracion á los motivos que para ellos tuvo, no faltan Historiadores que le defiendan y disculpen; pero sería desmentir á otros múchos para negar las muertes violentas, las prisiones, destierros, y confiscaciones de bienes que en su reinado padecieron varios Personages, así Eclesiásticos como Seculares. Acrimínanle con especialidad la muerte de sus Hermanos los Infantes Don Juan, Don Pedro, y Don Fadrique, Maestre de Santiago, la de Doña Leonor de Guzman, Dama de Don Alfonso el Onceno, la del Rei *Bermejo* de Granada (que á la verdad había quebrantado las treguas pactadas con Castilla); y aun la de Doña Blanca de Borbon, Esposa del mismo Don Pedro, á quien abandonó por dexarse arrastrar ciegamente del amor de una Señora llamada Doña María Padilla.

A la opinion de *Cruel* en que generalmente se ha tenido á este Príncipe, se le agregó la de incontinente, y codicioso; no obstante

que sus Defensores sospechan que el Rei Don Henrique su Hermano, que le succedió despues de haberle quitado la vida, procuró desacreditarle con hacer se le imputasen en su Crónica tales vicios, exâgerando artificiosamente los hechos.

Bien fuese por la dureza de la condicion de Don Pedro, ó bien por la inquieta ambicion, y poco sufrimiento de sus Vasallos mas principales, ardió el Reino en disensiones, y guerras civiles, no siendo de las ménos porfiadas y sangrientas la que tuvo con el Rei de Aragon, llamado tambien Pedro, y denominado igualmente el *Cruel*.

Don Henrique, Conde de Trastamara, y Don Tello, Señor de Vizcaya, Hermanos, bien que bastardos, del Rei Don Pedro de Castilla, deseosos de vengar la muerte de su Madre Doña Leonor de Guzman, y otras violencias, se coligaron con un gran número de mal-contentos, y tomaron las armas contra su Hermano.

Hízose Dueño Don Henrique de algunos pueblos, y se coronó Rei en Búrgos; pero Don Pedro, como mas poderoso, le venció en una batalla dada cerca de Náxera, y

le obligó á refugiarse á Francia. Volvió el Conde de Trastamara con socorro de tropas que allá obtuvo, y atravesando por Cataluña y Aragon, entró en Castilla con la fortuna de que muchas Ciudades siguiesen su partido, y de que la de Leon se rindiese á sus armas. Puso cerco á Toledo; y marchando desde allí al encuentro del Rei Don Pedro, le alcanzó en Montiel, Villa de la Mancha. Pelearon los exércitos de los dos Hermanos; y despues de quedar la victoria por Don Henrique, logró éste haber á las manos al Rei Don Pedro, que había salido una noche del Castillo de Montiel en donde estaba refugiado con algunos de los suyos, y le quitó violentamente la vida.

D. Enrique Segundo, el de las *mercedes.*

Por medio de tan arrojada accion entró á reinar Don Henrique Segundo en mil trescientos sesenta y nueve; y casi todos los Vasallos de su Hermano, inclusos los de Toledo, le prestaron voluntaria obediencia. Llegó á ser generalmente bien-quisto á causa de su afable condicion, y de la inexhausta liberalidad con que supo recompensar no sólo á los suyos, sinó á los extraños que le acompañaron y sirvieron en

sus empresas. Llamábanle Don Henrique de las *Mercedes* por las múchas que hizo; y él mismo, conociendo que habían sido excesivas, ordenó en su testamento que solamente las desfrutasen los sujetos á quienes las concedió, y sus legítimos Descendientes por línea recta; pero que faltando éstos, volviesen á la Real Corona dichas mercedes, que todavía conservan en Castilla el nombre de *Henriqueñas.*

El crítico estado de España no permitía á Don Henrique gozar tranquilamente la Corona. Tenían pretensiones á ella Don Fernando, Rei de Portugal, Biznieto de Don Sancho el *Bravo*, y el Duque de Alencastre, Esposo de la Hija primogénita del Rei Don Pedro. Todavía no se había entregado Carmona, en donde estaban los Infantes, Hijos de este Soberano; y por otra parte el Rei de Aragon, y el de Navarra empezaban á cometer hostilidades en tierras de Castilla, como en las de Andalucía el Rei Moro de Granada. A todo acudió Don Henrique, acreditando su diligencia y talento político; porque ajustó con el Moro un armisticio, indispensable en aquellas circunstancias; y

convirtió sus fuerzas de mar y tierra contra el Rei de Portugal, Dueño yá de Zamora, y de varios Pueblos de Galicia que le reconocían por Soberano. Dasalojóle de ellos; tomó á Braga, y Braganza; y destruidas no pocas Poblaciones Portuguesas, reduxo á su Competidor á aceptar la paz. Sitió á Carmona, y rindiéndola por hambre, á pesar de su vigorosa resistencia, prendió á los Hijos del Rei Don Pedro.

Los Portugueses, que renovaron la guerra, quedaron segunda vez abatidos, hasta que, terminadas las diferencias, se concertaron los desposorios de Don Sancho, Hermano del Rei de Castilla, con Doña Beatriz, Hermana del de Portugal, y de Doña Isabel, Hija natural de éste, con el Conde de Gijon Don Alfonso, Hijo bastardo de Don Henrique.

Igualmente se compusieron las discordias con el Rei de Navarra, pactándose la restitucion de Logroño y Vitoria á la Corona de Castilla, y las bodas de Doña Leonor, Hija de Don Henrique, con Don Cárlos, Hijo del de Navarra.

Aunque después se turbó por algun tiem-

po esta paz, volvió á consolidarse; y las condiciones fueron ventajosas para Don Henrique, como que por su poder y diestra política era casi siempre suya la superioridad, y el arbitrio de imponer la lei á sus contrarios.

Las desavenencias con el Rei de Aragon, tuvieron dichoso fin, mediante el matrimonio de su Hija Doña Leonor con el Infante Don Juan, que en adelante fué Rei de Castilla; y Don Henrique, afianzada tan completamente la quietud de su Reino, se aplicó á gobernarle con sabias providencias, restableciendo el órden y buenas costumbres, no ménos que la disciplina militar, con lo qual se grangeó nuevamente la estimacion y respeto de los Vasallos.

Por fallecimiento de su Hermano Don Tello, Señor de Vizcaya, incorporó aquel Señorío en la Corona, dexando esta memoria más de la fortuna de su Reinado.

A la Francia, que le había ayudado á subir al trono, dió fieles muestras de reconocimiento, pues acudió con sus tropas en la guerra que aquella Potencia seguía contra los Ingleses; pero durante el cisma

que alteró el sosiego de la Iglesia, quando se dividieron las Naciones Católicas sobre dar la obediencia al Papa Urbano Sexto que gobernaba en Roma, ó á Clemente Séptimo que residía en Aviñon con aprobacion y valimiento de los Franceses, tuvo bastante firmeza y cordura para mantenerse neutral por no exponer sus Reinos á las crueles disensiones que ótros muchos padecieron en aquellas fatales competencias.

Hallándose el Rei Don Henrique cercano á la muerte, dió á su Heredero el Príncipe Don Juan los mas prudentes y saludables consejos, tánto sobre el cuidado de proteger la Religion, como sobre la conducta que debía observar en el gobierno del Estado.

D. Juan el Primero.

Empezó á reinar Don Juan el Primero por muerte de su Padre en mil trescientos setenta y nueve; y desde luego envió en socorro de Francia una esquadra, la qual, llegando hasta Lóndres, puso en consternacion á los Ingleses.

Suscitáronse desavenencias con el Rei de Portugal, que priméro había ofrecido en matrimonio su Hija Doña Beatriz á Don Fadri-

que, Hermano del Rei de Castilla, y después al Infante Don Henrique, primogénito del mismo Rei, con cuyo enlace se habían de unir los Reinos de Castilla, y Portugal.

Mudó de dictámen el Monarca Portugues; y sobre el cumplimiento de las Capitulaciones matrimoniales le declaró la guerra el Castellano, el qual sitió y ganó la Plaza de Almeida. Su esquadra, despues de un memorable combáte naval, apresó veinte galeras Portuguesas; pero ajustándose al fin la paz, se estipuló que la Infanta Doña Beatriz no se desposaría yá con Don Henrique, sinó con Don Fernando su Hermano menor, para que así no recayesen las dos Coronas en un mismo Soberano. Tampoco se verificó el nuevo casamiento; por que habiendo fallecido la Reina Doña Leonor, Esposa del Rei Don Juan, se concertó y celebró efectivamente la boda de éste con la Infanta Portuguesa, baxo la condicion de que los Hijos que de su matrimonio naciesen, heredarían sólo el Reino de Portugal, y nunca el de Castilla.

Don Juan, luego que murió el Rei su Suegro, partió acompañado de un buen

exército á tomar posesion de aquellos Estados ; pero se la negaron los Portugueses , y fué necesario que el Rei de Castilla se valiese de las armas , cercando á Lisbóa por mar y tierra. Malogróse aquella empresa á causa de la peste que empezó á declararse en el campo de los Castellanos ; y se levantó el sitio. Al mismo tiempo aclamaron por Soberano los Portugueses á Don Juan, Maestre de la Orden de Avis , Hermano natural del difunto Rei ; y aunque , entrando los Castellanos por Ciudad-Rodrigo y Viséo , hicieron algun daño en Portugal , fueron después vencidos en la nombrada batalla de Aljubarrota , cuya pérdida se atribuyó no sólo al denuedo con que pelearon los Portugueses en defensa de su libertad , sinó mui particularmente á la ventaja del sitio, contra la qual se atrevió la juventud Castellana á empeñar el combate sin embargo del cansancio y hambre que padecían sus tropas , y sin dar oidos á los Capitanes mas expértos que graduaban la accion de temeraria.

Animados con esta victoria , continuaron los Portugueses felizmente la guerra en An-

dalucía, y llamaron en su auxîlio al Duque de Alencastre, que no olvidando el derecho con que juzgaba le pertenecía la Corona de Castilla, vino gustoso á Galicia, y se apoderó de la Ciudad de Santiago, y otros Pueblos. La escasez de víveres y las enfermedades disminuyeron tánto el exército Ingles, que no fué dificil ajustar la paz con el Duque de Alencastre, y el matrimonio de su Hija Doña Catalina, Nieta del Rei Don Pedro, con el Infante Don Henrique, Heredero de Castilla.

Tomaron los Portugueses la Ciudad de Tuí; pero luego la restituyeron, estipulando con los Castellanos una tregua de seis años.

Corría el de mil trescientos noventa, quando murió desgraciadamente en Alcalá de Henáres el Rei Don Juan el Primero de resultas de la caida de un caballo. Siete años ántes por determinacion tomada en unas solemnes Cortes de Segovia se empezó á adoptar en España el método de contar por los del Nacimiento de nuestro Redentor, y nó por la era de Augusto César, como desde mui antiguo se acostumbraba.

LECCION XI.

Reyes de Castilla y Leon hasta Don Juan el Segundo.

A Don Henrique, Tercero de este nombre, se había dado en vida de su Padre el título de Príncipe de Asturias, siendo el primer Infante Heredero con quien se puso en práctica esta distincion. Apénas pasaba de los once años, quando empezó á reinar baxo la tutela de muchos grandes Personages del Reino, que sobre ella tuvieron entre sí obstinados y gravísimos debates. Terminólos el Rei con encargarse del mando de su Monarquía ántes de cumplir los catorce años; y luego manifestó prendas tan dignas del trono, que seguramente le hubieran colocado entre los mas insignes Príncipes de España, si su quebrantada salud, por la qual le llamaron Don Henrique el *Enfermo*, le hubiera permitido aplicarse, como lo deseaba, á los arduos y continuados afanes del gobierno y de la guerra. Hizo, no obstante, infinito bien á sus Vasallos, acos-

D. Henrique Tercero, el Enfermo.

tumbrando decir que mas temía las maldiciones de ellos que las armas de sus enemigos.

Hallábase exhausto el Real erario así por las liberalidades con que Don Henrique Segundo se había visto precisado á contentar la ambicion de los Nobles, como por las guerras que en tiempos tan calamitosos sobrevinieron á Don Juan el Primero; pero el Jóven Don Henrique halló dos medios de reparar aquel daño: el úno fué la exemplar moderacion con que se reduxo á vivir tan frugal, y estrechamente como pudiera un Caballero particular; y el ótro, la eficacia con que reprimió á los usurpadores de su Real Patrimonio, habituados en los anteriores reinados á enriquecerse á costa de él, y de toda la Nacion.

Renovadas las antiguas alianzas con Aragon y Francia, y las treguas con Portugal, aseguró la paz en sus Dominios; y quando, por haberla quebrantado el Rei Moro de Granada con la toma de Ayamonte, se disponía Henrique á emprender contra él la guerra, falleció con general sentimiento á principios del año de mil quatrocientos y

siete, dexando al prudente y animoso Infante Don Fernando su Hermano, y á la Reina Doña Catalina, su Esposa, por Gobernadores del Reino, y Tutores de su Hijo el Príncipe Don Juan, que contaba poco mas de veinte meses.

D. Juan el Segundo.

Durante la menor edad del Rei Don Juan el Segundo debió mucho la Corona al valor y conducta del Infante Don Fernando, porque no sólo recobró á Ayamonte, sinó tambien otras muchas Plazas, señaladamente la de Antequera, cerca de la qual venció al exército de los Moros de Granada. Este Príncipe, conocido desde aquella gloriosa accion con el título de *el Infante de Antequera*, es acreedor á los mayores elogios por la rara modestia, y magnánimo desinteres con que se negó á admitir la Corona de Castilla que los Grandes le ofrecían inmediatamente despues de la muerte del Rei Don Henrique. No tardó el Cielo en dar justa recompensa á este generoso proceder; por que habiendo fallecido sin succesion el Rei de Aragon y Sicilia Don Martin, Tio del Infante Don Fernando, recayó en él aquella herencia, así por el derecho que le

asistía para ser preferido entre los muchos Personages que aspiraban á conseguirla, como por las recomendables circunstancias que le conciliaban universal estimacion y crédito. A pesar de varias contradicciones, tomó Don Fernando posesion de la Corona de Aragon; y las Islas de Sicilia y Cerdeña, como Reinos anexôs á ella, le reconocieron por legítimo Soberano.

A la edad de catorce años salió de Tutoría el Rei Don Juan el Segundo; pero las turbaciones que entónces mas que nunca afligían á Castilla, causadas por Vasallos ambiciosos y mal-contentos, pedían gobierno de un Monarca ménos jóven, mas resuelto, capaz y experimentado que Don Juan, el qual léjos de atender por sí á los importantes negocios del Estado, se fiaba débilmente de algunos Validos y perniciosos Lisonjeros que abusaban de la mano que con él tenían para adelantar cada uno su fortuna, aunque fuese en detrimento del bien público.

El principal de ellos fué el Condestable Don Alvaro de Luna, Maestre de Santiago, cuyo ilimitado poder, y los ricos Estados y dignidades que debió al favor del Rei Don

Juan, excitaron las quexas y envidias de casi todos los Cortesanos. No hubo desórden, usurpacion, ni tiranía de que sus enemigos no le acusasen, con cargos á veces bien, y á veces mal fundados, hasta que pudieron conseguir que el Rei, no obstante el extraordinario afecto que profesaba á Don Alvaro, y la ciega confianza que en él tenía, le privase de su gracia, y le condenase primero á destierro, y últimamente á morir degollado en un cadahalso: sentencia que se executó en la Plaza pública de Valladolíd, y que jamas podrá borrarse de la memoria por el espantoso desengaño que nos ofrece de la instabilidad de la fortuna.

Vivió atormentado el Rei Don Juan con largas persecuciones de sus mismos Vasallos y Parientes, y ningúna mas obstinada que la que contra él movieron sus Primos los Infantes de Aragon Don Henrique y Don Juan, Rei de Navarra, ansiosos de gobernar en Castilla con despótica autoridad. Llegó el caso de que el Rei les presentase batalla junto á Olmedo, y de que los derrotase, saliendo mortalmente herido el Infante Don Henrique, y quedando prisione-

ros diferentes Nobles de los que seguían su parcialidad.

Otra victoria aun mas importante alcanzó Don Juan el Segundo en la batalla de la Higuera, dada contra los Moros de Granada con tanta felicidad que perecieron mas de diez mil de ellos; y varios Pueblos suyos recibieron considerable daño.

Fué este Rei mui aficionado á las letras humanas, singularmente á la Poesía, que en su tiempo y con su patrocinio empezó á salir de la obscuridad, y abatimiento en que yacía despues de tantos siglos de barbarie: y si tienen razon los que le pintan como Príncipe desaplicado é inepto para las taréas del reinar, no hablan con igual justicia los que le suponen totalmente simple, y casi privado de un racional discernimiento.

LECCION XII.

Reinado de Don Henrique Quarto.

D. Henrique Quarto.

Habiendo muerto Don Juan el Segundo de quartanas en Valladolid por los años de mil quatrocientos cinqüenta y quatro, le succedió su Hijo Don Henrique Quarto, llamado el *Impotente*, el qual experimentó igual fatalidad que su Padre en las rebeliones y guerras civiles con que muchos Magnates perturbaron la quietud del Reino, si alguna empezó á gozar luego que se compusieron las diferencias con Navarros y Aragoneses. Las causas de tales discordias fueron, como en el reinado anterior, la debilidad é indolencia del Soberano, y su imprudente facilidad en exâltar á los Palaciegos que le manejaban. Agregóse la inclinacion á no pocos cuidados amorosos, que aunque en rigor no pasasen de galantéos, escandalizaban como verdaderas livianda-des; y el gran desperdicio de las rentar en premiar á los Vasallos ménos beneméritos.

Ademas de esto, el Rei que no habien-

do tenido Hijos de su primera Consorte Doña Blanca de Navarra, la había repudiado como á estéril, atribuyendo á defecto de ella lo que, segun la general opinion, era propio suyo, estaba casado de segundas nupcias con Doña Juana de Portugal; y ésta había dado á luz una Infanta, á quien pusieron el mismo nombre de su Madre. Túvose por mui verosímil que no sería Hija del Rei, y confirmaba semejantes sospechas la íntima familiaridad que con la Reina tenía Don Beltran de la Cueva, Maestre de Santiago, y despues Conde de Ledesma, y Duque de Alburquerque, Mayordomo de la Casa Real, y mui favorecido del Monarca Don Henrique, en cuya suposicion llamaron siempre á la Infanta la *Beltraneja.*

Sin embargo de que el Rei la hizo jurar Princesa Heredera del Reino, tales fueron las disensiones que en él se originaron con este motivo, que el mismo Soberano revocó todo lo hecho, y convino en que se proclamase Príncipe Heredero á su Hermano el Infante Don Alfonso.

No bastó aquella condescendencia para

sosegar á los sediciosos coligados ; porque á vista de la misma Ciudad de Avila , que tan leal se había mostrado siempre en servicio de sus Reyes , levantaron un tablado, y colocada en él una estatua de Don Henrique con todas las insignias Reales , la despojaron ignominiosamente de ellas , declararon al Monarca inhábil para el gobierno, y alzaron Rei al Príncipe Don Alfonso , prestándole solemne juramento y vasallage.

Con dividirse la nacion en dos bandos fué necesario que el Rei Don Henrique tomase las armas contra la faccion enemiga. La batalla se dió junto á Olmedo , y cada uno de los dos partidos se atribuyó la victoria , sin que se deshiciese la liga , ni ménos depusiese el enojo y atrevidos intentos.

Duraban aun los disturbios quando murió de edad de quince años el nuevo Rei Don Alfonso ; y los mal-contentos pretendieron se declarase Heredera á la Infanta Doña Isabel , Hermana del Rei Don Henrique , y Princesa dotada de las relevantes prendas que mas adelante conocerémos quando la veamos ocupar feliz y pacíficamente

el trono de España con el glorioso dictado de *la Reina Católica.*

Cansado el Rei de tan porfiadas competencias, y persuadido de la acertada eleccion que habían hecho los Confederados, al paso que satisfecho de la prudencia y fidelidad de Doña Isabel en negarse á admitir, miéntras su Hermano viviese, el título de Reina con que la convidaban, consintió que la jurasen Princesa Heredera, como se executó con la debida formalidad; y al mismo tiempo capituló se divorciaría de la Reina su Esposa, desheredando á la Infanta que él llamaba su Hija.

Entre los varios casamientos que se proporcionaban á Doña Isabel, ninguno parecía tan ventajoso para la tranquilidad de la Monarquía como el que se trataba con su Primo segundo Don Fernando, Rei de Sicilia, y primogénito del de Aragon.

Celebróse prontamente el afortunado desposorio, sin noticia, ni aprobacion de Don Henrique, el qual tenía otras miras acerca de la colocacion de su Hermana; y por esto se indignó tánto, que siguiendo su inconstante genio, anuló las solemnes decla-

raciones anteriores, reconoció de nuevo á Doña Juana la *Beltraneja* por Hija legítima, y la instituyó Heredera, con exclusion de la Reina de Sicilia.

Así renacieron las discordias, en que Doña Isabel mostró la mas heroica firmeza hasta que logró reconciliarse con el Rei su Hermano poco ántes de la muerte de éste, acaecida en el año de mil quatrocientos y quatro. Ofrece la historia de todo el reinado de Don Henrique Quarto gran número de curiosos é importantes acontecimientos por lo que toca á la succesion de la Corona, y á la varia fortuna de muchas Casas grandes del Reino; pero no es tan abundante en lo que pertenece al engrandecimiento de la Monarquía, porque las disensiones internas no permitieron á aquel Soberano llevar adelante la guerra que empezó vigorosamente contra los Moros. Con tódo, recuperó la Plaza de Gibraltar, y taló repetidas veces los campos del Reino de Granada.

LECCION XIII.

Principio del Reinado de los Reyes Católicos Don Fernando, y Doña Isabel.

D. Fernando Quinto y Doña Isabel, Reyes Católicos.

Aun despues del fallecimiento de Don Henrique continuaban las alteraciones, porque el partido de la pretensa Heredera, bien que yá mui debilitado, no dexaba de oponerse por todos los medios imaginables á la poderosa parcialidad de la Reina Doña Isabel, y de su Consorte Don Fernando Quinto. En vano el Rei de Portugal, desposado con Doña Juana su Sobrina, intentó restituirla al solio Castellano. Sus tropas auxíliadas de las de Francia no consiguieron ventaja considerable contra los Reyes Católicos. Separóse Francia de la infructuosa alianza con el Monarca de Portugal. Este se vió precisado á desistir solemnemente de sus pretensiones, ajustando la paz, y Doña Juana á tomar el hábito de Religiosa en el Monasterio de Santa Clara de Coimbra.

Llegamos á la plausible época en que lo-

gró España el incremento de su poder, gloria y prosperidad, y en que se puede decir que empezó á ser Potencia respetable, y á obedecer casi toda á un solo Rei, despues que había permanecido tantos siglos dividida en varias Soberanías. Muchas fueron las circunstancias favorables que concurrieron á facilitar aquella ventajosa mudanza; pero la mayor y mas rara fortuna consistió en ser Don Fernando Quinto, y su Esposa Doña Isabel dos Príncipes nacidos para reinar.

No en vano, elogiando á aquel Monarca, se explica Don Diego de Saavedra al fin de sus *Empresas Políticas* en los términos siguientes, que trasladamos á la letra como que representan el mejor retrato moral y político del Rei Católico:

„En su glorioso Reinado se exercitaron „todas las artes de la paz y de la guerra, „y se vieron los accidentes de ambas for„tunas, próspera y adversa. Las niñeces de „este gran Rei fueron adultas y varoniles. „Lo que en él no pudo perficionar el arte „y el estudio, perficionó la experiencia, „empleada su juventud en los exercicios mi-

Biblioteca de Granada

„litares. Su ociosidad era negocio, y su di-
„vertimiento atencion. Fué Señor de sus
„afectos, gobernándose mas por dictáme-
„nes políticos que por inclinaciones natura-
„les. Reconoció de Dios su grandeza, y
„su gloria de las acciones propias, nó de
„las heredadas. Tuvo el reinar mas por ofi-
„cio que por succesion. Sosegó su Corona
„con la celeridad y la presencia: levantó
„la Monarquía con el valor y la prudencia:
„la afirmó con la Religion y la justicia: la
„conservó con el amor y el respeto: la
„adornó con las artes: la enriqueció con la
„cultura y el comercio; y la dexó perpe-
„tua con fundamentos, é institutos verda-
„deramente políticos. Fué tan Rei de su
„Palacio, como de sus Reinos, y tan ecó-
„nomo en él, como en ellos. Mezcló la li-
„beralidad con la parsimonia, la benignidad
„con el respeto, la modestia con la grave-
„dad, y la clemencia con el rigor. Amena-
„zó con el castigo de pócos á múchos, y
„con el premio de algúnos cebó las espe-
„ranzas de tódos. Perdonó las ofensas he-
„chas á la persona, pero nó á la dignidad
„Real. Vengó como propias las injurias de

„sus Vasallos, siendo Padre de ellos. Antes „aventuró el Estado que el decoro. Ni le „ensoberbeció la fortuna próspera, ni le „humilló la adversa. En aquélla se preve- „nía para ésta, y en ésta se industriaba pa- „ra volver á aquélla. Sirvióse del tiempo; „nó el tiempo de él. Obedeció á la necesi- „dad, y se valió de ella, reduciéndola á „su conveniencia. Se hizo amar y temer. „Fué fácil en las audiencias. Oía para sa- „ber, y preguntaba para ser informado. No „se fiaba de sus enemigos, y se recataba „de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco razon de Estado; su con- „fianza, cuidadosa; su difidencia, adverti- „da; su cautela, conocimiento; su rezelo, „circunspeccion; su malicia, defensa; y su „disimulacion, reparo. No engañaba; pero „se engañaban ótros en lo equívoco de sus „palabras y tratados, haciéndolos de suerte „(quando convenía vencer la malicia con la „advertencia) que pudiese desempeñarse sin „faltar á la fe pública. Ni á su magestad se „atrevió la mentira, ni á su conocimiento „propio la lisonja. Se valió, sin valimiento, „de sus Ministros. De ellos se dexaba acon-

„sejar; pero nó gobernar. Lo que pudo „obrar por sí, no fiaba de ótro. Consulta- „ba despacio, y executaba de prisa. En sus „resoluciones ántes se veían los efectos que „las causas. Encubría á sus Embaxadores sus „designios, quando quería que engañados „persuadiesen mejor lo contrario. Supo go- „bernar á medias con la Reina, y obede- „cer á su Yerno. Impuso tributos para la „necesidad, nó para la codicia, ó el luxô. „Lo que quitó á las Iglesias obligado de la „necesidad, restituyó quando se vió sin „ella. Respetó la jurisdiccion Eclesiástica, y „conservó la Real. No tuvo Corte fixa, gi- „rando como el Sol, por los orbes de sus „Reinos. Trató la paz con la templanza y „entereza, y la guerra con la fuerza y la „astucia. Ni afectó ésta, ni rehusó aquélla. „Lo que ocupó el pié, mantuvo el brazo „y el ingenio, quedando mas poderoso con „los despojos. Tanto obraban sus negocia- „ciones como sus armas. Lo que pudo ven- „cer con el arte, no remitió á la espada. „Ponía en ésta la ostentacion de su gran- „deza, y su gala en lo feroz de los esqua- „drones. En las guerras dentro de su Rei-

„no se halló siempre presente. Obraba lo „mismo que ordenaba. Se confederaba para „quedar árbitro, nó sujeto. Ni victorioso „se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Fir- „mó las paces debaxo del escudo. Vivió „para tódos, y murió para sí y para tódos, „quedando presente en la memoria de los „Hombres para exemplo de los Príncipes, y „eterno en el deséo de sus Reinos."

No ménos admirables virtudes adornaban á la Reina Doña Isabel, que por su elevado espíritu, noble fortaleza, y maduro juicio fué la honra de su sexô, y aun pudiera serlo del varonil. La buena harmonía en que vivió con su Esposo, conspirando ámbos de comun acuerdo á todo lo que era bien público, no obstante que cada uno gobernaba particularmente sus Estados, se manifestó siempre por la práctica que siguieron de autorizar todos los Despachos con sus dos nombres dichosamente unidos.

Pero omitiendo alabanzas, pasemos á los hechos memorables de este Reinado; aunque ni es fácil abrazarlos aquí todos, ni referirlos con la extension que merecen.

Por derecho de herencia, de conquita ó

de descubrimiento acrecentó el Rei Católico la Monarquía con los Estados de Aragon, Cataluña, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia, Nápoles, Granada, Navarra, las Indias Occidentales, algunos territorios de Africa, y otros varios Dominios.

En mil quatrocientos setenta y nueve heredó por muerte de su Padre el Rei Don Juan la Corona de Aragon, y la incorporó con la de Castilla.

Importa saber que en los años inmediatos á la entrada de los Moros en España, así como aquellos Christianos que se retiraron á las Montañas de Asturias eligieron por su Príncipe á Don Pelayo, así tambien los que se refugiaron ácia los Pirinéos, nombraron ilustres Caudillos, ya con título de Condes, ya con el de Reyes, á fin de que los gobernasen y defendiesen de las incursiones de los Bárbaros. De aquí provino la division de una buena parte de España en los varios Reinos ó Señoríos de Sobrarbe y Ribagorza, Aragon, Navarra, Barcelona, y ótros, que segun los tiempos tuvieron mas ó ménos extension y poder.

Los respectivos Soberanos de aquellos Es-

tados unas veces contendían entre sí sobre extender su jurisdiccion, disputándose las conquistas que hacían á los Infieles; otras veces se confederaban contra ellos, y estrechaban sus alianzas con recíprocos matrimonios.

El Reino de Sobrarbe pasa por uno de los mas antiguos que tuvo España á los principios de su restauracion; y mediante el casamiento del Rei García Iñiguez con Doña Urraca, Hija y Succesora de Fortun Ximénez, Conde de Aragon, se unió con este Condado.

Quando Don Sancho Quarto, apellidado el *Mayor*, Rei de Sobrarbe y Pamplona, Conde de Aragon, y tambien de Castilla por el derecho de su Esposa, dividió sus grandes Dominios (segun queda apuntado al principio de la Leccion Séptima) entre sus quatro Hijos García, Fernando, Gonzalo y Ramiro, dexó al primero la Navarra; al segundo el Condado de Castilla; al tercero los Estados de Sobrarbe y Ribagorza; y al quarto los de Aragon, dando título de Reyes á todos quatro. Entónces empezó Aragon á tener Reyes; y Don Rami-

ro, que fué el primero de ellos, no tardó en incorporar á su Corona el Reino de Sobrarbe, y el Condado de Ribagorza, luego que falleció su Hermano Don Gonzalo.

Tambien el Reino de Navarra estuvo por algun tiempo unido con el de Aragon, principalmente desde el Rei Don Sancho, Hijo de Don Ramiro, hasta Don Alfonso el Batallador, que murió en mil ciento treinta y quatro; pero tuvo en lo general sus Reyes propios é independientes ántes que le conquistase Don Fernando el Católico en la forma que luego verémos.

El Condado de Barcelona, cuyo primer Poseedor se llamó Bernardo, ó Bernaldo, y que desde los principios del siglo nono había continuado en gobernarse por Condes, se agregó igualmente á la Corona de Aragon en mil ciento treinta y siete, mediante el matrimonio de Doña Petronila, Hija y Heredera de Don Ramiro el Segundo, con el Conde de Barcelona Don Ramon Berenguer.

Dependen asimismo del Dominio de Aragon las Islas de Mallorca y Menorca con las demás llamadas Baleares; porque des-

pues que el ínclito Rei Don Jaime el Conquistador ganó la de Mallorca en mil doscientos treinta, se adjudicaron tódas á aquella Corona durante el Reinado de Don Pedro el Quarto, apellidado el *Ceremonioso.*

El mismo Rei Don Jaime conquistó en mil doscientos treinta y ocho el Reino de Valencia, que así quedó sujeto á la Metrópoli de Aragon.

Don Jaime Segundo, y su Hijo Don Alfonso Quarto, obtuvieron la investidura de los Reyes de Cerdeña y Córcega; pero ni ellos, ni sus Succesores gozaron estas Islas pacíficamente, hasta que Don Alfonso Quinto las ganó con las armas en mil quatrocientos veinte.

El Reino de Sicilia, y el de Jerusalen anexô á él, han pertenecido tambien á la Soberanía de Aragon desde que el Rei Don Pedro Tercero, cognominado el *Grande*, los heredó por el derecho de su Esposa Constanza, Hija de Manfredo, Poseedor de dichos Reinos. Despues de largas revoluciones volvieron éstos á la misma Corona, por el casamiento de Doña María, Reina

heredera de ellos, con Don Martin el Segundo de Aragon.

Todos los ricos Estados de que acabamos de dar sucinta noticia, y ótros de menor importancia, componían yá la Corona Aragonesa quando el Rei Católico Don Fernando la unió con la Castellana.

Pero ni á él, ni á su magnánima Consorte satisfacían tantos Reinos heredados, miéntras no acababan de desarraigar de España la Morisma. Alentados de este loable anhelo, emprendieron la guerra contra los Moros de Granada con tal esfuerzo, diligencia y dicha, que en espacio de diez años cumplidos en el de mil quatrocientos noventa y dos, remataron la alta empresa á que en mas de siete siglos y medio no había podido alcanzar el valor de los Reyes sus Predecesores. Dieron los Sarracenos ocasion á su propia ruina con haber quebrantado las treguas, tomando la Villa de Zahara. El Rei Católico partió á castigarlos; y empezó la conquista por el Castillo, y Pueblo de Alhama, de que se apoderó por asalto. Siguióse la de Loxa, Velez-Málaga, Málaga, Baza, Almería, Guadix y otras Ciudades,

hasta que se rindió por asedio Granada, Capital de aquel fértil y dilatado Reino. Casi en todas las campañas que costó la gloriosa expedicion se halló personalmente la esclarecida Reina Doña Isabel, animando á los suyos con admirable denuedo, y dando acertadas providencias para la manutencion del exército, y caritativa asistencia de los enfermos y heridos, de manera que el venturoso logro se debió mui principalmente á Heroina que tantas dificultades supo vencer sin desmayar jamas en los mayores peligros. Contribuyó á la empresa con sus zelosas exhortaciones el Confesor de la misma Soberana Fr. Hernando de Talavera, Varon de acrisolada virtud y prudencia, el qual había respondido una vez á la Reina quando le instaba á que admitiese un Obispado: *Señora, no tengo de ser Obispo, hasta que lo sea de Granada*; y en efecto ocupó la Silla Arzobispal de aquel Reino, inmediatamente despues de la conquista.

A este venerable Prelado succedió en el cargo de Confesor de la Reina el Provincial Franciscano Fr. Francisco Ximénez de Cisnéros, que mas adelante fué Arzobispo de

Toledo, y Cardenal, hombre á todas luces famoso por su religiosidad, doctrina, tino político, entereza, y otras excelencias que no caben en nuestros concisos elogios, y á cuyo sabio influxo debió España grandes felicidades en aquella época.

LECCION XIV.

Continuacion del Reinado de los Reyes Católicos, muerte de la Reina Doña Isabel, y Reinado de su Hija Doña Juana, y Don Felipe Primero.

En el mismo año de la conquista de Granada se consiguió por negociacion que Francia restituyese á la Corona de Aragon los Condados de Rosellon, y Cerdania que pertenecían á Cataluña, y habían sido empeñados por Don Juan el Segundo de Aragon al Rei de Francia Luis Undécimo.

Poco despues dió principio al descubrimiento de las Indias Occidentales el célebre

Genoves Christóval Colon. Persuadido de que ácia el Poniente había inmensas Regiones no conocidas hasta entónces, propuso en Inglaterra, y en Portugal la idéa de navegar á descubrirlas; pero habiendo sido desechado su proyecto como fantástico, acudió á la Corte de los Reyes Católicos, y consiguió se le diesen tres embarcaciones, y otros auxîlios para la extraordinaria empresa. En quatro viages que hizo al Nuevo Mundo desde el año de mil quatrocientos noventa y dos hasta el de mil quinientos y seis descubrió las Islas Lucayas, la Española, ó de Santo Domingo, la de Cuba, la de Puerto-Rico, la Jamaica, y las demas llamadas Antillas, como tambien una parte de la costa de Tierra-firme, y tomó posesion de diferentes distritos en nombre de los Reyes de Castilla. Siempre volvió á España cargado de riquezas que acreditaron la realidad é importancia de sus descubrimientos, por los quales mereció los títulos de Almirante, de Duque Veraguas, y de Marques de la Jamaica, con otras varias mercedes, y sobre tódo la gloria de haber inmortalizado su nombre. Llamáronse Indias aque-

llos vastos Paises por semejarse en lo precioso y abundante de sus producciones á la que propiamente se denomina *India*, que es la Oriental; y tambien se les da el nombre de *América*, aunque sin otra razon que la de haber sido el Florentin Américo Vespucio, uno de los Naúticos y Geógrafos que delinearon mapas y cartas de marear en las primeras navegaciones del Nuevo Mundo.

Ademas de las Indias Occidentales unieron los Reyes Católicos á su Corona las Islas de Canaria, bien conocidas yá de los antiguos, y conquistadas en gran parte á fines del Reinado de Don Henrique Tercero, baxo el mando de Juan de Betancur, Caballero Frances. En los últimos años del siglo décimo quinto Pedro de Vera, y el Adelantado Alonso Fernández de Lugo, concluyeron felizmente la conquista de la Gran-Canaria, Tenerife, y la Palma, con lo qual estas tres Islas principales de las siete que hai pobladas se réduxeron al Christianismo y al Dominio Español.

No fueron las Canarias el único territorio de Africa en que triunfaron las armas de Don Fernando y Doña Isabel; por que

durante su Reinado se rindieron á ellas Melilla, Mazarquivir, Bugía, Trípoli, el Peñon de Vélez, y otros Pueblos y fortalezas de las costas de Berbería. Entre tantas hazañas compite con las mas memorables la toma de Oran, emprendida, al modo que otras expediciones semejantes, por direccion, y á expensas del Cardenal Arzobispo Ximénez de Cisnéros, que se halló como Caudillo en aquella jornada, y recogió el fruto de sus desvelos, y prudentes disposiciones.

Como el Rei Católico por Sobrino de Don Alfonso Quinto de Aragon, que había sido Rei de Nápoles, y falleció sin Hijos, tenía derecho á aquel Reino, y por otra parte le pretendía el Rei de Francia, se concertaron ambos Soberanos, y dividieron entre sí los Estados de Nápoles, privando de ellos á su Rei Don Fadrique, principalmente por causa de las inteligencias que se supo trahía con el Turco, enemigo del nombre Christiano. Pero originándose después altercaciones entre los Reyes Católico y Christianísimo sobre la pertenencia de ciertas Comarcas, se encendió una porfiada guerra de

Españoles con Franceses. En ella mostró superior esfuerzo y pericia militar Gonzalo Fernández de Córdoba, Comandante general de aquella conquista, que fué por sus muchas proezas dignísimo del renombre de *Gran Capitan*. Sujetó á la Dominacion Española todo el Reino de Nápoles, expeliendo de él á los Franceses despues de repetidas victorias, y señaladamente de la que ganó en la gloriosa batalla de Cirinola año mil quinientos y tres. La mas convincente prueba de que no hai hombre tan perfecto que no incurra en alguna flaqueza, es que el Rei Católico, á pesar de su rectitud, causó disgustos á un Heroe como el Gran Capitan, cuyos servicios no podía dexar de reconocer; pero tánto pueden, aun en ánimo como el de Fernando, los siniestros informes que dicta la emulacion en las Cortes.

A fines el año de mil quinientos y quatro falleció la Reina Católica Doña Isabel, con imponderable sentimiento de la Nacion, que la era deudora de mil beneficios. No es fácil determinar quál fué la mayor de sus virtudes: baste decir que reunió tódas las que nacen del valor y de la sólida pie-

dad. Cultivó su entendimiento por medio de la lectura, y estudió con fruto la lengua Latina, sin que por ésta, y otras dignas ocupaciones olvidase las labores mugeriles, pues se alababa de que el Rei su Esposo no se había puesto camisa que ella no hubiese hilado y texido; en lo qual dió aquella respetable Matrona exemplo de industriosa aplicacion á su Familia y Vasallos.

El único Hijo varon que tuvo, fué el Príncipe Don Juan; pero éste murió sin succesion á los diez y nueve años: sensible pérdida que la Reina llevó con christiana resignacion. Así heredó la Corona su Hija Doña Juana, que casó con el Archiduque Don Felipe, llamado el *Hermoso*, Hijo del Emperador Maxîmiliano Primero, por cuyo enlace pasó el cetro Español á la Imperial Casa de Austria, y entraron en la de Castilla los Estados de Flándes, Borgoña, Bravante, y ótros de gran consideracion. Doña Juana y Don Felipe Primero, el *Hermoso*.

Luego que falleció Doña Isabel, hizo Don Fernando proclamar Reina de Castilla á la Princesa Doña Juana, que á la sazon se hallaba en Flándes con su Esposo Don Felipe Primero; y entretanto que ambos ve-

nían á tomar posesion de la Monarquía, la gobernaba el Rei Católico segun cláusula del testamento de la Reina su Consorte, que disponía quedase á cargo suyo la administracion de los Reinos de Castilla miéntras no cumpliese los veinte años Don Cárlos, Hijo de Don Felipe, y de Doña Juana (que después reinó con nombre de Cárlos Primero de España, y Quinto de Alemania).

Las voluntades y opiniones de los Grandes se dividieron; porque únos, bien hallados con el Rei Don Fernando, deseaban se retardase la venida de los nuevos Monarcas, y ótros clamaban por ella, prometiéndose mejorar de fortuna con la mudanza de gobierno. Dilataba Don Felipe su viage; y sobrevinieron mutuas desconfianzas y desunion entre Yerno y Suegro, las quales no cesaron hasta que en el año de mil quinientos y seis se ajustaron las diferencias, y llegando á España Doña Juana y su Esposo, se retiró á Aragon el Rei Don Fernando, de donde partió á coronarse en Nápoles, despues de contraher segundas nupcias con Germana, Hija de Juan de Fox, Vizconde de Narbona, Sobrina del Rei de

Francia Luis Duodécimo, y Nieta de Doña Leonor, Reina de Navarra.

En Italia recibió aquel mismo año el Rei Católico la inesperada nueva de haber muerto en la florida edad de veinte y ocho años Don Felipe Primero, quando apénas empezaba á gozar la Corona, y á dar esperanzas de un dichoso reinado.

LECCION XV.

Ultima parte del Reinado del Rei Católico hasta su muerte.

Era notorio que la Reina Doña Juana padecía debilidad en las potencias, y que con dificultad se la reducía á la razon quando su perturbada fantasía la obligaba á decir ó executar extravagancias. Por esto la llamaron comunmente Doña Juana la *Loca*, confirmando á tódos en la persuasion de ser cierta la demencia los arrebatados extremos con que manifestó su dolor despues de la pérdida del Rei Don Felipe el *Hermoso*. Des-

de entónces se fué declarando más el lastimoso desacuerdo de la Reina, cuyo natural impedimento debía de conocer ella misma en algunos ratos, supuesto que escribió á su Padre instándole repetidas veces á que viniese á encargarse del gobierno del Reino. Esta misma diligencia hicieron varias Ciudades, considerando que, aunque el Arzobispo Ximénez de Cisnéros, y otros graves personages dirigían interinamente los negocios con acierto, era realmente el Estado por entónces un cuerpo sin cabeza.

Restituido el Rei á España tomó á su cuidado la administracion de los Reinos de Castilla, guardando siempre á Doña Juana los respetos de Reina propietaria, bien que ésta por su incapacidad para el mando, y porque en nada se complacía sinó en vivir retirada del trato del mundo, estaba recogida, y oculta en el Palacio de Tordesíllas, y allí permaneció sin mejoría hasta su muerte, que acaeció en el año de mil quinientos cinqüenta y cinco á fines del reinado de su Hijo el Emperador Cárlos Quinto.

Por la confederacion llamada la *Liga Santa* que había hecho el Rei Don Fernando

con los Venecianos y con el Papa Julio Segundo, se halló en obligacion de favorecer á éste con tropas durante la guerra suscitada entre Francia, y el Estado Pontificio. Dióse contra las órdenes del Rei una reñida batalla cerca de Ravena en que fué grande el destrozo por ambas partes; pero el superior número de Caballería dió alguna ventaja á los Franceses, aunque no les sirvió de mucho, por que, disminuido al fin su exército, hubieron de restituir las Plazas que habían conquistado en Italia.

Durante aquella guerra fué quando, resolviendo el Rei Católico marchar á Francia para unir sus fuerzas con las de Henrique Octavo de Inglaterra, su Yerno, que intentaba apoderarse del Ducado de Guiena, pidió al Rei de Navarra Juan de Labrit ó de Albret, y á su Esposa la Reina Catalina de Fox le concediesen paso por sus Estados, y se abstuviesen de seguir (como efectivamente seguían) el partido de Francia. No vinieron en ello los Reyes de Navarra con las condiciones y seguridades que exîgía el de Castilla, aunque el Sumo Pontífice los amonestó, y tambien el Rei Don

Fernando volvió á requerirlos en términos de amistad. Llegando, pues, las cosas á estado de formal rompimiento, entró por Navarra la alta el exército Castellano mandado por Don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, que con suma facilidad se hizo dueño de Pamplona año de mil quinientos y doce, y consecutivamente de lo restante del Reino, despues que el Monarca de Navarra y su Consorte se habían refugiado á Francia. De esta suerte el Rei Católico, apoyando con las armas los varios derechos así antiguos como modernos que tenía á la Corona de Navarra, la agregó á la de Castilla, segun lo está al presente.

Continuaba todavía la guerra en Italia, quando á principios del año de mil quinientos diez y seis adoleció el Rei Don Fernando de una enfermedad que le ocasionó la muerte, tan llorada de sus Vasallos como lo había sido la de su Esposa Doña Isabel. En el tiempo que gobernó, ya en compañía de la Reina Católica, ó ya solo, nada omitió de quanto podía contribuir al aumento de la Monarquía. Restableció la quietud interior de ella, la recta administracion de justicia,

y las buenas costumbres ; y publicó sabias leyes, principalmente las de Toro. Ayudado del vigilante y docto Cardenal Ximénez de Cisnéros contuvo la gran relaxacion que se había introducido en el Clero, y en la mayor parte de las Comunidades Religiosas; aseguró á la Corona el derecho de la presentacion de Dignidades Eclesiásticas que la Corte de Roma solía conferir á Extrangeros en perjuicio de los Españoles beneméritos; y reunió á la Corona misma los Maestrazgos de Santiago, Calatrava, y Alcántara, cuyos Poseedores, olvidando su peculiar instituto de perseguir á los Infieles, empleaban á veces su poder en fomentar y sostener parcialidades contra Príncipes ó Súbditos Christianos. Esta prudente incorporacion de los Maestrazgos se hizo entónces sólo durante los dias del Rei Católico; y su Nieto Cárlos Quinto fué quien la perpetuó. Para seguridad de los caminos públicos instituyó Don Fernando la Santa Hermandad, que se componía de unas quadrillas ocupadas en castigar á los Salteadores y otros facinorosos, á imitacion de una Congregacion semejante que había en Castilla

desde el tiempo de Don Alfonso Octavo, y del Rei San Fernando su Nieto. Fundó diferentes Chancillerías y Audiencias, el Real Consejo de las Ordenes, y el Santo Oficio de la Inquisicion; y preponderando más en su piadoso corazon, y en el de su Esposa el deséo de la pureza de la Religion que la utilidad temporal de las riquezas que podían multiplicarse en España con la agricultura, industria y comercio de los Moros, Judíos, ó Judaizantes, procuraron ámbos con el mas vigoroso zelo la expulsion de todos los que no se convirtieron; en lo qual se atendió igualmente á los daños políticos que resultaban al Reino de abrigar en su seno á unos hombres por lo comun revoltosos, de cuya constancia y lealtad era mui expuesto fiarse.

Por este infatigable empeño en la exâltacion de la Fe, adquirieron aquellos Soberanos el dictado de *Católicos*, que ántes habían merecido y usado en España otros Reyes como Don Alfonso el Primero, y Recaredo; pero que en Don Fernando y Doña Isabel no fué un mero renombre, sinó un título obtenido en forma solemne con

autoridad Pontificia, y conservado hasta hoi en todos los Succesores de la Monarquía Española.

LECCION XVI.

Reinado del Emperador Cárlos Quinto.

D. Cárlos Primero en España, y Quinto en Alemania.

Nombró en su Testamento el Rei Católico por Gobernador de los Reinos de Castilla al Cardenal Ximénez. A Don Alfonso de Aragon, Arzobispo de Zaragoza encargó el gobierno de Aragon, y á Don Ramon de Cardona el de Nápoles. El Archiduque Don Cárlos, Primero de este nombre entre los Reyes de España, y Quinto entre los Emperadores de Alemania, iba á entrar en los diez y seis años quando le cupo la herencia del Imperio Español, yá tan poderoso que con razon excitaba la envidia, y aun el temor de toda Europa. No llegó á España hasta el año próxîmo siguiente al de la muerte del Rei Don Fernando; y mui

poco después falleció el insigne Prelado Don Fr. Francisco Ximénez de Cisnéros. Fué grande su experiencia en los negocios; su conducta, la mas justificada y virtuosa; y admirable la prudencia con que, á pesar de su natural severidad é intrepidez, sobrellevó las persecuciones que no podía dexar de padecer un zeloso reformador de inveterados abusos tánto en lo eclesiástico como en lo civil. Débele su ser, lustre, y ornamento la Universidad de Alcalá, en donde fundó el Colegio mayor de San Ildefonso, y otros menores. Allí mismo hizo corregir é imprimir con increible esmero y costa la Biblia llamada Complutense, arreglada á los mejores originales Hebréos, Griegos y Latinos; y dexó esparcidos en toda España durables monumentos de su piedad, doctrina, y beneficencia.

Habiendo muerto en mil quinientos diez y nueve el Emperador Maxîmiliano, nombraron los Electores á Cárlos Quinto por Succesor en el Imperio de su Avuelo, no obstante la oposicion de Francisco Primero, Rei de Francia, que, aspirando al cetro Imperial, empezó á ser Competidor de Cár-

los, y émulo de sus glorias. Partió de España el recien electo Emperador acompañado de algunos Magnates Españoles, y pasó á coronarse en Aquisgran, dexando el gobierno del Reino al Cardenal Adriano, natural de Utrec, y Dean de Lovaina, que había sido su Preceptor, y después ascendió á la dignidad de Sumo Pontífice con el nombre de Adriano Sexto.

La ausencia del Soberano contribuyó á que se declarasen en Castilla las rebeliones que llamaron *Comunidades*, teniendo parte en esta fatal guerra civil muchas grandes Ciudades y algunos de los principales Señores, y siendo Caudillos de la sedicion entre ótros, Don Juan de Padilla y el Obispo de Zamora Don Antonio de Acuña. Los disgustos y quexas de los sublevados se fundaban en que varios Flamencos, mal enterados de las leyes y costumbres de España, y atentos únicamente á su particular interes y engrandecimiento, se habían apoderado del mando, abusando de la docilidad de un Monarca jóven y naturalmente bueno; de que resultaba el tiranizar á los Vasallos Españoles, y vender descubiertamente la

justicia. Tomando, pues, las armas los sediciosos, negaron la obediencia al Cardenal Adriano, y á los Tribunales, y Ministros del Rei, y cometieron todo género de atrocidades. Dos años duraron los desórdenes, hasta que las tropas Reales vencieron á las de los *Comuneros* (que así se llamaban) en la batalla de Villalar dada en mil quinientos veinte y uno; y las cabezas de la Conjuracion recibieron prontamente el merecido castigo.

Mas adelante, quando el Emperador volvió á España, acabó de apaciguar todas las inquietudes, perdonando á los Rebeldes con singular clemencia; y en prueba de ella merece referirse la respuesta que dió á uno de sus Cortesanos que le declaró donde se ocultaba cierto Caballero de la faccion de los amotinados. *Mejor hubierais hecho* (dixo el piadoso Monarca al Delator) *en haber avisado á ese Caballero que yo estaba aquí, que en avisarme á mí en donde está él.*

Conociendo el Rei de Francia que las turbaciones de Castilla le proporcionaban ocasion favorable para debilitar el poder de Cárlos Quinto, emprendió la conquista de Navarra. Con efecto logró hacerse dueño de

las plazas mas importantes, y aun se internó su exército hasta sitiar á Logroño. Miéntras esta Ciudad se defendía bizarramente, acudieron los Castellanos, y trabando combate con los Franceses, dieron muerte á mas de seis mil de ellos, tomaron la artillería y bagages, hicieron prisionero á su General, y los obligaron á retroceder y abandonar á Navarra en el mismo año de mil quinientos veinte y uno en que la habían conquistado. Ademas de esto la Plaza de Fuenterrabía, de que estaban apoderados los Franceses, no tardó en volver al dominio Español.

Por otra parte intentó el Rei Francisco Primero recobrar el Ducado de Milan, en cuya posesion había estado algunos años hasta que el César le privó de ella venciéndole en repetidos encuentros. Cárlos Quinto para expeler de Italia á los Franceses se alió con el Sumo Pontífice, que á la sazon era Clemente Séptimo por fallecimiento de Adriano, si bien ayudó mui poco el Papa en las campañas que se siguieron, y aun se inclinó últimamente al partido Frances. Las armas Imperiales experimentaron por lo general sucesos mui favorables en aquella por-

fiada guerra, la qual vino á terminarse gloriosamente para el Emperador con una célebre batalla dada en mil quinientos veinte y cinco entre el exército Español y el Frances junto á Pavía, á tiempo que Francisco tenía cercada aquella Ciudad, y la defendía el animoso Capitan Antonio de Leiva. Sin embargo del superior número de los Franceses, animados con la presencia de su mismo Soberano, á quien no se pueden negar las prendas de esforzado Guerrero, triunfaron completamente los Españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia baxo el mando y direccion del Marques de Pescara, que se distinguía entre los principales Caudillos, y á ninguno cedía en espíritu y destreza militar. Quedó prisionero de guerra el Rei Francisco, y como tál fué conducido á Madrid, en donde le visitó el César, y le concedió la libertad baxo muchas condiciones de grande importancia, y la primera de ellas, que, desistiendo de sus pretensiones á los Estados de Milan, Génova, Nápoles, los Paises Baxos, y Borgoña, no diese ocasion á nuevas guerras; pues nada deseaba tánto el Empe-

rador como la paz, y que las armas Christianas no se empleasen en destruirse mutuamente, sinó en abatir á los Infieles. Fueron aceptadas estas condiciones por el Rei Prisionero en una solemne Concordia firmada en Madrid, con la cláusula de que si aquel Soberano no pudiese cumplirlas, se volvería voluntariamente á la prision, para lo qual empeñó su fe y palabra Real. A pesar de tan formales promesas, no se verificó la observancia de aquellos pactos; ántes bien negándose á ella el Rei de Francia, envió Embaxadores á Cárlos Quinto, haciéndole proposiciones mui diversas, y pretendiendo dar la lei el que la había recibido. De aquí se originaron no sólo sangrientas hostilidades entre España y Francia, sinó tambien debates privados entre el Emperador y el Rei Francisco como de Caballero á á Caballero, y segun las leyes del honor.

Miéntras se mantuvo preso en Madrid el Monarca Frances, causó grandes ciudados en Italia el engrandecimiento del poder del César, pareciendo que toda ella se rendiría ántes de mucho á su dominacion. Por esto el Papa Clemente Séptimo, los Venecianos,

y aun el mismo Duque de Milan Francisco Esforcia, á quien el Emperador acababa de restablecer en la posesion de sus Estados, se coligaron secretamente contra el Vencedor. Al Marques de Pescara, Comandante del exército Imperial, hicieron indignas proposiciones para que convirtiese las armas contra el Rei su Amo, y llegaron á ofrecerle la Corona de Nápoles; pero aquel leal y honrado Vasallo le dió parte del iniquo designio, y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios ménos infructuosos.

Concertaron, pues, una liga, que llamaron de la libertad de Italia, y por otro nombre *Clementina*, en la qual ademas del Pontífice, la República de Venecia y el Duque de Milan, entraron los Franceses, los Ingleses, los Florentines, y casi todos los Príncipes menores de Italia. Oponen los Cesarianos sus fuerzas á las de la Liga; y el Duque de Borbon, Condestable de Francia, que por desabrimientos con su Corte se había pasado al servicio del Emperador, y dado pruebas de sobresaliente Soldado en

la batalla de Pavía, y en otras empresas, marcha con el exército Imperial contra Roma; la asalta vigorosamente, y pierde la vida en la accion. Succediéndole en el mando el Príncipe de Orange, entran en la Ciudad sus tropas, la saquéan, y destruyen con indecible furia por espacio de siete dias, y despues de hacer terrible matanza en los Coligados, obligan á Clemente Séptimo á refugiarse al Castillo de Sant-Angelo con algunos Cardenales, y otros parciales suyos, y allí le cercan y estrechan hasta que el Papa entrega el Castillo, quedando preso en él con la correspondiente guardia de Españoles.

Aunque tenía Cárlos Quinto sobrada justicia en la guerra contra Clemente, quando no fuese mas que por haber faltado éste á las treguas que por medio del Embaxador Don Hugo de Moncada había concertado poco ántes del asalto de Roma con el Emperador, á quien debía particulares beneficios, no por eso aprobó los insultos, y violencias que tan desenfrenadamente cometieron sus tropas en la capital del Orbe Christiano; bien al contrario, lo sintió de

UNIV. Bibliotheca Regia DE GRANADA

manera que al recibir la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento del Príncipe que después fué Felipe Segundo, Hijo primogénito del mismo Cárlos, y de su Esposa Doña Isabel, Hermana del Rei de Portugal Don Juan Tercero, y Nieta de los Reyes Católicos.

Con pretexto de poner en libertad al Pontífice, envió Francisco Primero á Italia nuevo exército, el qual logró al principio no pocas ventajas, tomando á Génova y Pavía, y luego entró por el Reino de Nápoles hasta llegar á sitiar la misma Capital. Pero el valor de los Imperiales, aunque reducidos á escaso número, y la pestilencial enfermedad que cundió en las tropas Francesas, las precisaron á retirarse, perdiendo lo conquistado. Por esta razon, y por que el Papa veía con dolor su Corte dominada de Extrangeros, y su partido yá mui débil, llegó la hora deseada de restituir á Italia la quietud de que tanto tiempo había carecido. El Emperador, despues de haberse reconciliado con el Pontífice baxo condiciones decorosas, ajustó la paz con

Francisco Primero en Cambrái año de mil quinientos veinte y nueve, estipulando que mediante la suma de dos millones de escudos de oro restituiría las personas del Delfin y su Hermano menor, que el Rei de Francia había entregado en rehenes para seguridad del cumplimiento de la Concordia hecha en Madrid. Obligóse Francisco á desistir de sus pretensiones á Flándes, y otros Dominios; y casó después con la Infanta Doña Leonor, Hermana de Cárlos Quinto.

Fué general esta paz, porque se comprehendió en ella al Papa, al Rei de Inglaterra, y á todos los Príncipes y Repúblicas de Italia, ménos Florencia. Pasó luego Cárlos á Bolonia, y allí recibió de mano del Pontífice la Corona Imperial con la mayor pompa, y tuvo la generosidad de olvidar todos los sentimientos que le había dado con su ingratitud Francisco Esforcia, y de concederle de nuevo la investidura del Ducado de Milan. Luego reduxo á los Florentines con las armas á la obediencia de un Sobrino del Papa, llamado Alexandro de Médicis, á quien dió título de Duque, casándole con Margarita de Austria, su Hija natural.

De Italia partió el Emperador á Alemania, en donde hizo coronar Rei de Romanos á su Hermano el Infante Don Fernando, yá Rei de Hungría y Bohemia. Invadió estos Reinos el Emperador Turco Soliman; pero Cárlos Quinto á la frente de un exército compuesto de tropas de todos los Príncipes del Imperio, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire: hazaña que no fué la menor del César tanto por la inumerable gente que trahía el orgulloso enemigo, como por la gravedad de la empresa en que se trataba de la libertad, ó de la destruccion de las Potencias Christianas.

Volvió el Emperador á España pasando por Italia, y entretanto Barbarroxa, atrevido Pirata, que largo tiempo había infestado las costas del mar Mediterraneo, despojó del Reino de Túnez á Muleí Hacen, Feudatario de los Reyes de Castilla, Acudió éste á implorar el socorro de Cárlos, que recibiéndole baxo su proteccion, navegó con una armada á Túnez, y despues de haberse apoderado á viva fuerza de la Goleta, Fortaleza que defiende la entrada de aquel Puerto Africano, y bien pertrechada por

Barbarroxa, ahuyentó á éste, y entró vencedor en Túnez año de mil quinientos treinta y cinco. Allí libertó crecido número de Cautivos Christianos, algunos de ellos Franceses; y restituyendo generosamente á Muleí Hacen la Corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á executar el abrigo del Fuerte de la Goleta; bien que Barbarroxa con auxîlio del Turco continuó aun después en molestar á los Chritianos.

LECCION XVII.

Fin del Reinado de Cárlos Quinto.

Nunca faltaron á Cárlos Quinto ocasiones en que manifestar su genio activo, y belicoso, por que casi todo su reinado fué una continuada serie de campañas. Aun quando hubiese querido evitar guerras, no le hubiera sido fácil, envidiando su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. El principal de ellos, que era el Rei de Francia,

volvió á inquietarle sobre el Estado de Milan con motivo de la muerte del Duque Francisco Esforcia. Renovóse la guerra, en que Francisco Primero ganó varias Plazas del Piamonte. El Emperador por su parte no sólo reprimió el ímpetu de los Franceses, sinó que conquistó algunos Lugares de Provenza, y puso cerco á Marsella, no pudiendo continuarle por las infermedades que padecieron sus tropas. Quando asaltaba una torre cerca de Niza, murió en la demanda Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado la Poesía Castellana con su pluma, seguía la carrera de las armas, acreditando el valor que correspondía á su ilustre nacimiento. Indignado el César por la desgraciada muerte de aquel dulce Poeta y noble Soldado, mandó ahorcar á todos los Villanos que defendían la Torre.

En Flándes y en Picardía hizo Cárlos Quinto mui lentos progresos: y al fin, siendo medianero el Papa Paulo Tercero, Succesor de Clemente, ajustó en Niza una tregua de diez años con el Rei de Francia; y se restituyó á España despues de haber quedado reconciliados los dos Soberanos.

Confiaba tánto Cárlos en la sinceridad de esta reconciliacion, que al año siguiente, que fué el de mil quinientos treinta y nueve, habiendo de marchar á Flándes para reprimir una sublevacion de los Ganteses, pasó por Francia, y se hospedó en el Palacio de Francisco Primero, quien le trató con generosa magnificencia. Mas á pesar de semejantes muestras de amistad y buena fe, el Rei de Francia, que jamas había renunciado de veras el derecho que juzgaba tener al Milanesado, reiteró sus pretensiones, si bien no ignoraba que el Emperador estaba resuelto á no condescender con ellas. Por último quebrantó la tregua, dando color á este rompimiento con las quexas que tenía de que dos Embaxadores suyos, quando caminaban á Constantinopla, hubiesen sido asesinados en Italia, cuyo atentado atribuía á secreta disposicion del gobierno Español.

Pareció á Francisco Primero que se le proporcionaba ocasion mui oportuna de acometer á Cárlos Quinto, porque éste acababa de padecer una fatal derrota en Argel, á cuya conquista había partido con podero-

sá esquadra, y apénas desembarcó, quando una furiosa tormenta destrozó la mejor parte de sus buques, de manera que sin haber empezado á pelear, hubo de retirarse, sufriendo con heroica firmeza aquella imprevista adversidad.

Emprendió el Rei de Francia la guerra contra el Emperador por diversas Provincias á un tiempo. El Delfin sitió á Perpiñan; pero halló en aquella plaza tal resistencia, que levantó el cerco. El Duque de Orleans en Luxêmburgo, y el de Cléves en Brabante, consiguieron algunas ventajas; aunque los Imperiales resarcieron muchas de sus pérdidas, obligando al de Cléves á pedir partido. En Piamonte hicieron los Franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla. El Emperador, aliado con el Rei de Inglaterra Henrique Octavo, entró por Francia, rindiendo quanto se oponía á sus armas; pero no se llegó á combate decisivo por haber temido el Frances la superioridad de las fuerzas del César, que se acercaba á Paris, no sin terror de toda aquella comarca. Concluyóse finalmente la paz en mil qui-

nientos quarenta y quatro; y Francisco Primero ratificó la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles, y otros Paises, siendo esta guerra la última de las que tuvo con Cárlos Quinto.

Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, ocuparon todo el cuidado del Emperador las que afligían á Alemania con motivo de haberse propagado la heregía del pertinaz Lutero, favorecida de muchos Príncipes, y particularmente del Duque Elector de Saxonia, y del Landgrave de Hesse. Al uno y al otro hizo prisioneros el César despues de una guerra en que no sólo mostró su esfuerzo, sinó tambien su industria y sagacidad, porque supo dar tiempo á que el poder de los enemigos se fuese debilitando, como en efecto debía suceder, siendo la Liga de los Protestantes un cuerpo compuesto de muchas Cabezas, y no subsistiendo su exército sinó con las contribuciones de varias Ciudades que se habían de cansar mui pronto de aquellos insoportables gravámenes. Apaciguáronse por entónces las revoluciones que la Heregía causaba en Alemania, y las hu-

biera cortado para siempre el diligente zelo de Cárlos Quinto, si Henrique Segundo, Succesor de Francisco Primero, no hubiese distrahido al Emperador, moviéndole nuevas guerras. En ellas decayó bastante la fortuna de los Imperiales; y el poderoso partido de los Luteranos consiguió la libertad de conciencia que en otras circunstancias no se le hubiera tolerado. Tomaron los Franceses la Ciudad de Metz en Lorena; y el César intentó en vano recobrarla. Por otra parte cometía el Turco repetidas hostilidades, cuyo conjunto de desgracias casi apuraba la constancia de Cárlos Quinto. Cansado al fin de las armas, y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular exemplo de lo desengañado que estaba del mundo y sus glorias, renunciando la Corona de España en su Hijo Felipe Segundo, y la del Imperio en su Hermano el Rei de Romanos Fernando. Retiróse á vivir privada, y christianamente en el Monasterio de Gerónimos de Yuste á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja. Allí permaneció desde el año de mil quinientos cinqüenta y seis en que

hizo la renuncia hasta el de mil quinientos cinqüenta y ocho en que falleció, despues de haber empleado en exercicios piadosos los dos últimos años de su vida, con edificacion de todo el Orbe Christiano, que no se admiró ménos de la magnánimidad con que supo Cárlos despreciar las grandezas humanas, que de los nobles afanes con que las había adquirido.

Para la defensa de sus Estados y aumento de la Religion hizo nueve viages á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flándes, quatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos á Africa, habiendo navegado ocho veces por el Oceano, y dos por el Mediterraneo. En tiempo de este Emperador se empezó á dar á los Reyes de España el título de Magestad en lugar del de Alteza que hasta entónces usaban; y se estableció formalmente la dignidad de Grandes de España, que ántes se llamaban Ricos-hombres. Dió nueva planta al Consejo de Estado, é instituyó el de las Indias, en cuyos negocios entendían desde el reinado de los Reyes Católicos algunos Ministros escogidos de otros Tribunales. Cedió á la Re-

ligion de San Juan de Jerusalen la Isla de Malta, despues que los Turcos habían conquistado la de Ródas. Ademas de esto debe la Christiandad mui particularmente á su eficaz y católico influxo la celebracion del Concilio de Trento, que empezó en el año de mil quinientos quarenta y cinco, y habiéndose interrumpido varias veces, no vino á concluirse hasta el de mil quinientos sesenta y tres quando ya reinaba Felipe Segundo.

El deséo de no interrumpir la narracion de las empresas de Cárlos Quinto en Europa nos ha impedido hacer alguna mencion de las hazañas con que se ilustró el nombre Español en las Indias Occidentales.

Desde que Cristóval Colon halló el Nuevo Mundo no cesaron de hacer descubrimientos, y conquistas muchos insignes Pilotos y Caudillos Españoles como fueron Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Basco Nuñez de Balbóa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solis, Rodrigo de Bastidas, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y ótros no ménos dignos de memoria. Entre ellos sobresalió Hernan Cortés,

natural de Medellin en Extremadura, Varon de notable esfuerzo, penetracion y zelo patriótico, que en el año de mil quinientos veinte y uno acabó de descubrir, y conquistar felizmente el Reino de México, ó Nueva España, bastando para muestra de su heroica intrepidez la resolucion que tomó de barrenar, y echar á pique los vaxeles para quitar á sus Soldados la esperanza de volver atras, y empeñarlos en vencer ó morir. A esta importantísima y verdaderamente admirable conquista, como la llama su elegante Historiador Don Antonio de Solis, se siguió pocos años después, la del Reino del Perú, que otro animoso Extremeño, Francisco Pizarro, venciendo increibles obstáculos, sujetó á la Dominacion Castellana.

Había precedido á estos dos Conquistadores Fernando de Magallánes, de Nacion Portugues, que se pasó al servicio de España, y en mil quinientos diez y nueve descubrió con nueva y peligrosa navegacion el Estrecho llamado de *Magallánes*.

LECCION XVIII.

Principios del Reinado de Felipe Segundo.

D. Felipe Segundo, el *Prudente.*

Aunque la Monarquía, quando entró Felipe Segundo á gobernarla, llegaba despues de tantas conquistas á su mayor engrandecimiento, es fuerza confesar que las continuas guerras que había sostenido Cárlos Quinto, la dexaron escasa de caudales y de poblacion, ademas de que ya empezaba ésta á disminuirse por otra parte con las emigraciones de los muchos Vasallos que pasaban á Indias. Hubiera sido entónces conveniente aspirar mas que á la adquisicion de nuevos Dominios, á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados, con lo qual parece que hubiera conservado España un poder proporcionado á la extension de sus paises. Pero Felipe Segundo quiso imitar á su Padre en lo guerrero; y siendo ménos afortunado, experimentó en su tiempo la Nacion los principios de la decadencia que, segun irémos conociendo, se declaró más

en el Reinado de su Hijo Felipe Tercero, creció en el de su Nieto Felipe Quarto, y llegó á ser extremada en el de su Biznieto Cárlos Segundo, último de los Reyes Austriacos. No era Felipe Segundo tan Soldado como su Padre, ni se halló personalmente como él en las batallas; pero tenía mayor talento político, por lo qual le dieron el dictado de *Prudente*, mayor cautela é industria, mayor constancia en los peligros y adversidades; y desde su gabinete supo á veces mandar y hacerse temer tanto como Cárlos Quinto en la Campaña.

Antes que este Emperador renunciase la Corona, su Hijo el Príncipe Don Felipe, Viudo entónces de la Princesa Doña María de Portugal, había casado de segundas nupcias con Doña María, Reina propietaria de Inglaterra, Hija de Henrique Octavo, y de Doña Catalina de Aragon; por cuyo matrimonio fué el mismo Príncipe proclamado Rei de Inglaterra. Reconcilió con la Sede Apostólica á los Ingleses, que la habían negado la obediencia; pero habiendo fallecido después sin succesion la Católica Reina Doña María, heredó la Corona su

Hermana Doña Isabel, que favoreció á los Protestantes, y fué causa de graves desavenencias entre España é Inglaterra.

Los ánimos de Españoles y Franceses habían quedado desde las anteriores discordias mui propensos á volver á las armas; y en efecto las tomaron, empezando los Franceses por dar socorro al Papa Paulo Quarto, que confederado con ellos movió guerra en Nápoles al Rei Católico. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos Oficios que éste pasó repetidas veces con el Sumo Pontífice para evitar la perturbacion y escándalo de la Christiandad; y habiendo preso el Papa á un Embaxador, y á un Ministro del Rei Don Felipe, entró por el Estado Romano el Duque de Alba, que despues de ganar el Puerto de Ostia, y otros varios Lugares hasta dar vista á Roma, no se atrevió á renovar el fatal estrago que aquella Capital había padecido quando la saqueó el Duque de Borbon. Las operaciones militares del de Alba, aunque ménos sangrientas, bastaron para que el Papa, desistiendo de las tentativas en que le habia empeñado la inquieta ambicion de sus Sobrinos los Ca-

rifas, conviniese por fin en aceptar la paz con que España le estaba convidando.

Quando se reduxo á ello, yá los Franceses se habían visto obligados á abandonarle para acudir á defender la Provincia de Picardía; pues el exército del Rei Don Felipe acometía aquella parte de Francia, y tenía puesto sitio á la Plaza de San Quintin. Cerca de ella se dió en el año de mil quinientos cinqüenta y siete una memorable batalla, consiguiendo los Españoles el triunfo tan completo, que ganaron cinqüenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, y todo el bagage y artillería, é hicieron prisioneros á muchos Nobles Franceses. El Rei, que estaba en Flándes, pasó á su Campo despues del combate, y dispuso se diese el asalto á San Quintin. Tomóse en efecto aquella Plaza, y tuvieron igual suerte las de Chatelet, Han, y Noyon. El haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de San Lorenzo, fué la principal razon por que Felipe Segundo ofreció dedicar á aquel Santo Mártir Español el suntuoso y celebrado Templo que mandó edificar en el Escorial, fundando tambien allí mismo un

Monasterio de Gerónimos, y dexando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad y magnificencia, como de su buen gusto en las Bellas-Artes, y del esmero con que las honraba y protegía.

Otra derrota poco ménos funesta que sufrieron los Franceses en la batalla de Gravelíngas, los abatió de manera que trataron de proposiciones de paz. Ajustóse en mil quinientos cinqüenta y nueve baxo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado casó de terceras nupcias el Rei Don Felipe con Madama Isabel, que por esto fué llamada *de la Paz*, Hija de Henrique Segundo de Francia.

En aquel mismo año confió el Rei á su Hermana Natural Margarita, yá Duquesa de Parma, el gobierno de los Paises-Baxos, al qual aspiraban el Príncipe de Orange Guillermo de Nasau, y los Condes de Horn, y de Egmont. Animados de este resentimiento, y deseosos de vengarse, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los Flamencos, disgustados del rigor con que Margarita en nombre, y por disposicion de Felipe Segun-

do, zelaba la pureza de la Religion Católica, executando severos castigos en los que la viciaban con adherir á las nuevas opiniones de Lutero, y otros Heresiarcas de su escuela, que habían inficionado casi todas las Provincias del Norte. La Nobleza y la Plebe se rebelaron, pretextando quexas sobre los tributos que el Ministerio Español las exîgía, y sobre el establecimiento del Tribunal de la Inquisicion. El Rei, que yá se hallaba de vuelta en España, no juzgó necesario acudir con su presencia y autoridad á Flándes, como lo había hecho su Padre solamente para calmar el tumulto de la Ciudad de Gante, mucho ménos temible que el de todos los Paises-Baxos. Contentóse con enviar al Duque de Alba Don Fernando Alvárez de Toledo, Capitan el mas hábil y respetado que se conoció en aquella era, dándole absolutos poderes y tropas con que reprimir á los mal-contentos. Gran número de éstos, especialmente Artesanos y Comerciantes, se pasó á Alemania, y á otros Estados vecinos; los demás tomaron las armas. Prendió el Duque de Alba á los Condes de Egmont y de Horn, y los man-

dó degollar en Brusélas; pero el Príncipe de Orange, implorando el auxîlio de algunos Soberanos Protestantes, opuso un exército al del Duque, y se trabó la mas sangrienta guerra, en que los rebeldes padecieron estragos, y tambien los causaron, destruyendo y saqueando los templos y las haciendas de los Católicos. El genio del Duque de Alba, incapaz de contemplaciones, era en aquellas circunstancias mas propio para irritar que para serenar los ánimos; y las muchas justicias que hizo, léjos de curar el mal, le agravaron. Quando Felipe Segundo quiso aplicar remedios mas benignos, yá era tarde. Su política, grande en la teórica, le fué inútil en la práctica; porque habiendo empezado á contener la rebelion con demasiada severidad, se vió precisado á recurrir á la clemencia despues que los Sublevados estaban tan sobre sí, que la creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar quantos partidos les concedía el Monarca. Retirándose al fin el Duque de Alba, gobernaron succesivamente los Estados de Flándes el Duque de Medina-celi, Don Luis de Zú-

ñiga y Requesens, Comendador mayor de Castilla, Don Juan de Austria, Hermano natural del Rei Don Felipe, Alexandro Farnesio, Duque de Parma, Hijo de Margarita, y los Archiduques Ernesto y Alberto, Sobrinos del Rei. Tódos se portaron con ménos rigor que su Antecesor el Duque, y tódos emplearon el valor y la prudencia ya en abatir, ya en atraher á los rebeldes; pero éstos habían adquirido extraordinario poder. La principal parte de Flándes llegó á sacudir el yugo de la dominacion Española, con negar la obediencia á Felipe Segundo, rompiendo su Real Sello, y empezó á quedar en plena libertad así de gobierno, como de Religion la República de Holanda que hasta hoi se mantiene con el título de los Estados Generales de las Provincias Unidas de los Paises-Baxos.

Al considerar el esfuerzo, y constancia con que pelearon los Españoles en la dilatada guerra de Flándes, y las arduas empresas que acometieron, á veces con felicidad, parece que el Rei Don Felipe hubiera reducido aquellos Estados á la debida subordinacion, si no hubiese divertido sus

fuerzas á otras expediciones, quales fueron las que tuvo que disponer contra los Moriscos de Granada, contra el Turco, contra Portugal, contra Inglaterra, y en favor de la Liga Católica que se oponía en Francia al Rei Henrique Quarto y al partido de los Calvinistas. De cada una de estas diferentes guerras darán noticia las dos Lecciones siguientes.

LECCION XIX.

Continuacion del Reinado de Felipe Segundo.

A fines del año de mil quinientos sesenta y ocho los Moriscos, ó Christianos nuevos de la Ciudad y Reino de Granada dieron principio á un levantamiento que causó gran cuidado. Habíaseles prohibido la práctica de algunos ritos supersticiosos heredados de sus Padres los Moros, tomándose providencias para que observasen con exâctitud las Leyes

del Christianismo que acababan de abrazar, hablasen lengua Castellana, y vistiesen como los Christianos viejos. Estas novedades demasiado duras y sensibles entre una gente inquieta, como recien conquistada, y tenazmente adicta á los usos y costumbres de sus mayores, la sirvieron de estímulo, y tambien de pretexto, para confederarse con secretas inteligencias, y tomar al fin las armas quando mas desapercibido estaba el gobierno Español. Eligieron los Moriscos por Soberano á Aben Humeya, hombre principal entre ellos, dándole título de Rei de Granada, y de Córdoba, y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los Christianos, que se hallaron entónces mui á peligro de perder aquel importante Reino, y de ver restablecidas en él la Dominacion y Secta de los Mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra quedaron sujetos los rebeldes, sin embargo de la obstinada resistencia que hicieron fiados en los socorros que se les enviaban de Africa, y la fragosidad de las montañas llamadas Alpujarras, de donde era mui difícil desalojarlos. Don Diego Hurtado de Mendoza refirió los sucesos

de aquella guerra con tanto pulso, energía y magestad de estilo, que no podemos ménos de recomendar mui particularmente la lectura de una Historia tan bien escrita en todas sus partes.

La guerra contra los Turcos duró muchos años, aunque con algunas interrupciones. En el de mil quinientos cinqüenta y ocho llegó á Menorca una esquadra Turca; y las tropas que de ella desembarcaron, despues de tomar por asalto el Pueblo llamado Ciudadela, causaron bastantes daños en aquella Isla; pero al fin se retiraron por verse mui disminuidas. Las piraterías del Arraez Dragut, Gobernador de Trípoli, que se había apoderado de la Isla de los Gélbes, ó Gérbes, obligaron á juntar una mediana esquadra, con que emprender la conquista de dicha Isla. Malogróse aquella jornada, así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades, y escasez de víveres que padecieron los Christianos, como por que, acudiendo la armada Turca, ahuyentó á la nuestra, que perdió la mayor parte de sus galeras, y de su gente. Sitiaron después los Turcos á Mazarquivir y á

Oran ; mas fueron rechazados de ambos presidios por el valor de las tropas Españolas baxó la direccion de Don Martin de Córdoba. El Peñon de Vélez , que había venido , como ya diximos , á poder del Rei Don Fernando el Católico , y vuelto al de los Musulmanes reinando Cárlos Quinto, se rindió en mil quinientos sesenta y quatro á las armas de Felipe Segundo mandadas por dos grandes Generales, Don Sancho Martínez de Leiva , y el Marques de Santa-Cruz Don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim , Emperador de los Turcos , acometió la Isla de Malta ; pero con el oportuno socorro que envió el Rei Don Felipe , huyeron escarmentados los Infieles.

Por último , empeñado Selim en apoderarse de la Isla de Chipre , poseida entónces por los Venecianos , ganó la Ciudad de Nicosia , y poco después la de Famagusta. La República de Venecia hizo liga con el Papa Pio Quinto , y con el Rei de España para refrenar la arrogancia de los Turcos; y aprestándose en mil quinientos setenta y uno una armada de mas de doscientos va-

xeles con cinqüenta mil hombres de varias Naciones, (aunque ótros disminuyen este número) se confió el mando de ella al animoso y experimentado General Don Juan de Austria. En el Golfo de Lepanto, ó de Corinto, cerca de la Isla de Cefalonia, se avistaron las dos esquadras Christiana y Turca; y se dió un reñido combate, eternamente glorioso para las armas Católicas, porque en él quedó postrado el orgullo Mahometano, pereciendo en la accion el General de los enemigos. Doscientas galeras de las suyas fueron parte apresadas, y parte echadas á pique: los muertos y prisioneros Turcos llegaron á veinte y cinco mil, y á veinte mil los Christianos Remeros que fueron puestos en libertad.

Dos años despues de esta memorable batalla naval, quando yá los Venecianos, separándose de la liga, habían hecho la paz con el Imperio Otomano, partió Don Juan de Austria con otra armada contra Túnez; y se apoderó fácilmente de aquella Ciudad por haber huido sus habitantes. Saqueóla; y puso el gobierno del Reino en manos de Muléi Hamet, Hijo de Muléi Hacen, con

quien el Emperador Cárlos Quinto había usado igual generosidad. Luego se le entregó voluntariamente la Ciudad de Biserta; y dexando guarnicion en ella, se volvió á Sicilia. Miéntras se estaba fabricando por disposicion de Don Juan de Austria entre Túnez y el Fuerte de la Goleta un Castillo para defensa de la Ciudad, vinieron sobre ambas Plazas una esquadra Turca, y un exército de tierra mandado por los Beyes de Argel y de Trípoli, que á costa de mucha sangre tomaron la Goleta, y se hicieron dueños absolutos de la Ciudad y Reino de Túnez año de mil quinientos setenta y quatro.

LECCION XX.

Fin del Reinado de Felipe Segundo.

La reunion de la Corona de Portugal con la de Castilla fué uno de los mas señalados acontecimientos del Reinado de Felipe Segundo. Desde que, segun vimos en la Leccion octava, se separó Portugal de

Castilla, le habían gobernado por espacio de quatro siglos y medio diez y siete Reyes. Fué el penúltimo de ellos Don Sebastian, que murió sin Hijos en una desgraciada expedicion que hizo á Africa, y el último, su Tio el Cardenal Don Henrique el Casto, que falleció en mil quinientos y ochenta. Pasó entónces el cetro Portugues al Monarca Don Felipe, como que por su Madre la Emperatriz Doña Isabel era Nieto del Rei Don Manuel de Portugal. Contra el justo derecho de Felipe Segundo alegaban los suyos el Duque de Braganza, el de Parma, el de Saboya, y Don Antonio, Prior de Ocrato, Hijo ilegítimo del Infante Don Luis de Portugal. Este Don Antonio, que tenía ganadas las voluntades no tanto de la Nobleza como del Pueblo, se hizo aclamar Rei; y fué necesario que Felipe recurriese á las armas para librarse de aquel Competidor, y asegurar la Corona que él y los demás le disputaban. A este fin nombró por General de un grueso exército al Duque de Alba, que, dexado el gobierno de Flándes, se hallaba á la sazon retirado en Uceda por disposicion del mismo Rei; y

fué tan rara la confianza con que el Monarca eligió para esta empresa á un Vasallo ofendido, como la lealtad con que, olvidando el Duque sus particulares resentimientos, se sacrificó en servicio de la Patria. No tardó en derrotar las tropas de Don Antonio; obligóle á tomar la fuga; rindióse Lisbóa; y quedó allanado todo el Reino de Portugal, prestando obediencia al Rei Don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió perdon á los que le habían desservido. El Prior de Ocrato, declarado por rebelde, se pasó á Inglaterra, implorando auxîlio, y después á Francia, en donde halló mas amparo; pues logró se le diesen setenta velas, y seis mil y ochocientos Franceses. Con este socorro marchó á la Isla Tercera, que estaba á su devocion, intentando fortificarse allí, y emprender la recuperacion de Portugal quando se hallase con bastante poder para ello. Pero se le frustraron sus designios; porque una esquadra Española mandada por el Marqués de Santa Cruz salió al encuentro de la Francesa, y la venció completamente. No se halló en esta batalla Don An-

tonio por haberse refugiado con tiempo á la Isla Tercera. Desde allí se volvió á Francia; y dexando un Gobernador en la Isla, envió para su defensa una buena guarnicion de Portugueses, Franceses, é Ingleses. A pesar de esta resistencia, la Tercera vino á poder de Españoles luego que el mismo Marques de Santa Cruz la invadió con otra armada.

Incorporando Felipe Segundo á su Corona el Reino de Portugal, adquirió por consiguiente las vastas posesiones que en las dos Indias, Oriental y Occidental, habían descubierto y conquistado los Portugueses, cuyo valor y pericia náutica se acreditaron admirablemente en ambos mundos.

Tambien empleó el Rei Don Felipe las armas contra Isabel Reina de Inglaterra, que fomentando la heregía dentro y fuera de sus Dominios, había dado socorro á los Sublevados de Flándes. Los Cosarios Ingleses perseguían las embarcaciones Españolas, señalándose entre ellos Francisco Drak, que hizo freqüentes incursiones en la Isla de Santo Domingo, en Cartagena de Indias, en la Florida, en la Jamaica, y en otros

parages. Ademas de esto la Reina Isabel había mandado degollar injustamente á la Reina de Escocia María Estuard; y los Católicos de Irlanda, maltratados por los Protestantes Ingleses, solicitaban la proteccion de Felipe Segundo. Tales fueron los motivos que tuvo este Monarca para mandar se equipase en mil quinientos ochenta y ocho una armada, que, siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se había visto en los mares, mereció el nombre de la *Invencible*. Encargóse el mando de ella al Marqués de Santa Cruz, y, por muerte de tan valeroso y hábil General, al Duque de Medina-sidonia. Pero el fortísimo armamento, después de sufrir dos borrascas, experimentó la tercera y mas fatal cerca de las costas de Holanda. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos á que acogerse, fueron acometidos de las esquadras Inglesas, y Holandesa, que aunque inferiores, pudieron aprovecharse del desórden en que había puesto á la nuestra el furor de los elementos. Contra ellos, y contra el enemigo peleaban á un tiempo los Españoles; mas no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la

funesta y casi total pérdida de navíos y de gente. La noticia del desgraciado suceso consternó á España, que en aquella ocasion perdió la flor de su milicia, y de sus fuerzas marítimas. Sólo el Rei Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, diciendo quando recibió el aviso: „ Yo no „los envié á combatir con las tempestades, „sinó con los Ingleses.“ Animada la Reina Isabel con esta especie de victoria que debió á los contratiempos del mar dispuso viniese una esquadra de setenta naves á hacer todo el daño posible en las riberas de Galicia, y Portugal. Desembarcaron tropas Inglesas en el Puerto de la Coruña, y asaltaron la Plaza; pero fueron rechazadas con gallarda intrepidez, y se retiraron sin conseguir otra cosa que haber saqueado el arrabal del Pueblo. Igual tentativa hicieron contra Lisbóa; pero tambien sin fruto, aunque causaron algunos estragos.

En mil quinientos noventa y seis volvieron los Ingleses á España con nueva armada, y desembarcando cerca de Cádiz, se apoderaron de la Ciudad, la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos.

Mandó Felipe Segundo aprestar ochenta naves contra los Ingleses; mas esta esquadra experimentó igual calamidad que la antecedente á causa de los temporales que la desbarataron por dos veces en las costas de Galicia; de suerte que á pesar de la diligencia y exôrbitantes gastos con que el Rei procuraba tener en buen órden su marina, no pudo impedir que la Inglesa destruyese con incesantes correrías muchas de nuestras posesiones en Europa y en Indias.

Para completar la noticia general de las principales expediciones que distraxeron á Felipe Segundo de la empresa de Flándes, resta decir algo sobre la proteccion que dieron sus armas á la célebre Liga Católica, formada en Francia contra los Calvinistas y Hugonotes que reconocían por su Fautor á Henrique Quarto de Borbon, declarado Heredero de aquella Corona. En mil quinientos ochenta y nueve, luego que fué muerto alevosamente su Predecesor Henrique Tercero, recurrieron los Coligados al favor del Rei Don Felipe, el qual los auxîlió con tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por

la de Picardía, por la de Langüedoc, y por la del Delfinado. El Duque de Parma Alexandro Farnesio abandonó de órden del Rei el gobierno de Flándes para acudir al socorro de los de la Liga, en ocasion que era mui necesaria su presencia en aquellos Estados por el gran incremento que había tomado el partido de los Rebeldes, no obstante haber yá muerto de un pistoletazo su primer Caudillo el Príncipe de Orange, y deberse al valor de los Españoles algunos prósperos sucesos y conquistas de Plazas. Vióse Henrique Quarto precisado por el Duque de Parma á alzar el cerco que tenía puesto á la Ciudad de Paris, como asimismo el que puso después á la de Ruan; y entretanto el Duque de Saboya, yerno del Rei Don Felipe, consiguió felices victorias en Provenza. Henrique, en fin, quitando á los Confederados Católicos todo pretexto de oponerse á su exâltacion al trono, abjuró el Calvinismo, y reconciliado con la Iglesia, fué recibido y aclamado en Paris como legítimo Soberano. Luego declaró formalmente la guerra á Felipe Segundo, que no desistía de amparar á los Coligados por mas

que los veía en decadencia; con lo qual se renovaron las hostilidades. Tomó el Frances por capitulacion la Plaza de la Fera, y el Archiduque Alberto, que por fallecimiento del Duque de Parma le había succedido en el Gobierno de los Paises-baxos, conquistó á Cales, y otros Pueblos. Tuvo igual suerte la Ciudad de Amiens; pero Henrique Quarto marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió, sin embargo de haberla socorrido el Archiduque.

Tan varios y poco decisivos fueron los sucesos de esta guerra, y tan crecidas las sumas de dinero que en ella había expendido el Rei Don Felipe, sin considerable utilidad, que vino en ajustar la paz con el Monarca Frances año de mil quinientos noventa y ocho. Sintiéndose yá mui postrado del continuo trabajo del gabinete, y de la gota entre otras dolencias, conoció que se iba cumpliendo el plazo de su vida, y que habiéndole de succeder su Hijo el Príncipe Don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenía dexar pendiente la guerra con un Competidor como Henrique Quarto.

En lo interior de España hubo algunos

disturbios durante el Reinado de Felipe Segundo, pero sin grandes conseqüencias. La mas notable alteracion, despues de la que hemos referido de los Moriscos de Granada, acaeció en Zaragoza año de mil quinientos noventa y uno con motivo de haberse refugiado allí el Secretario de Estado Antonio Pérez, hombre de sagaz ingenio, que hallándose preso en Madrid por graves cargos que se le hacían, logró evadirse de la prision. Halló defensores en Aragon su Patria; y el Pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedía contra el Secretario encarcelado de nuevo en aquella Ciudad, se amotinó, le libertó de las prisiones, y le facilitó el pasarse á Francia. Llegó la conmocion á términos de que el Rei se valiese de las armas para contenerla, y castigase rigurosamente á los principales autores del tumulto, empezando por Don Juan de Lanuza, que á la sazon poseía la antiquísima y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon, y había hecho resistencia á las tropas Reales.

Pocos dias despues de publicada la Paz con Francia, en que se estipuló la restitucion

de las plazas conquistadas por una y otra parte, falleció el Rei Felipe Segundo en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, dando patentes muestras de religiosidad y fervor christiano. En medio de que su genio severo infundía en los Vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias, ó por inadvertencias en que están expuestos á incurrir los mas sagaces Políticos, padeció en su tiempo la Monarquía bastantes desmedros, fué mui sentida su muerte; y debía serlo, consideradas las virtudes verdaderamente Reales que le adornaban. Sobresalían entre ellas el zelo en defender y propagar la Religion; el infatigable desvelo con que atendía al despacho de los negocios; la heroica firmeza con que toleraba los infortunios; el teson en sostener la causa que creía justa; la liberalidad en premiar á los Sabios, y aplicados á todo género de Ciencias y Artes, y el próvido esmero que empleó en fundar útiles establecimientos, quales fueron el Real Consejo de la Cámara de Castilla, al qual dió nueva forma y autoridad; el Archivo general de Simáncas; la Universidad y Colegios de Duai en Flándes, y el au-

mento y dotacion de las Escuelas de Lovaina, sin contar los Templos, Hospitales, Fortificaciones, Puentes, y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Consérvanla tambien las Islas Filipinas, que tienen este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su Reinado, como igualmente lo fueron el Nuevo México, y otras Provincias de Indias.

LECCION XXI.

Reinado de Felipe Tercero.

Don Felipe Tercero, el Piadoso.

No dexó Felipe Segundo, aunque casó quatro veces, otro Hijo que Felipe Tercero; pues el Príncipe Don Cárlos, que nació de su primer matrimonio con Doña María de Portugal, había muerto de veinte y tres años asegurado en un encierro por disposicion de su mismo Padre, dando motivo aquella prision y temprana muerte á varios discursos, que, quando no se quieran calificar de malignas sospechas, se han quedado

en la clase de meras conjeturas mui difíciles de aclarar segun lo reservado del asunto, y de sus verdaderas causas. En el segundo matrimonio con Doña María de Inglaterra careció el Rei de succesion, como yá insinuamos. Del tercero con Doña Isabel de Valois, ó *de la Paz*, logró dos Infantas; pero ningun Varon: y aunque del quarto con Doña Ana de Austria tuvo á los Príncipes Fernando, Cárlos, Diego, y Felipe, sólo vivió éste último, que entró á gozar la Corona en el propio año de mil quinientos noventa y ocho en que falleció su Padre, y casó poco después con su Prima Margarita de Austria.

Para que no parezca exâgeracion nuestra lo que será forzoso decir sobre el lastimoso estado del Reino á fines del siglo décimo sexto, nos valdrémos de las mismas palabras con que no pudo dexar de pintarle el Cronista Gil González Dávila, aun despues de haber encarecido sobre manera las acciones del Rei Felipe Segundo: "España, (dice) „cabeza de tan dilatada Monarquía, era so„la la que, por acudir á la conservacion de „tanto Mundo, estaba pobre, y mas en par-

„ticular los leales Reinos de Castilla, causa-
„da esta pobreza de los nuevos tributos que
„Felipe con voluntad de estos Reinos había
„impuesto: principio de la despoblacion y
„trabajos que andando el tiempo vinieron
„sobre Castilla, descaeciendo un Reino tan
„opulento por la mucha priesa que le die-
„ron con cargarle mas de lo que podían las
„fuerzas; y el mismo Felipe se hallaba tan
„acabado, que se le atrevió la necesidad
„poco ántes que muriese, y le obligó á que
„saliese á pedir limosna de puerta en puer-
„ta (este nombre la dieron) por medio de
„algunas personas religiosas; y fué mas lo
„que se perdió de reputacion que lo que se
„juntó de donativo: y causaba no poca ad-
„miracion en los Vasallos considerar la mul-
„titud de millones que habían venido de las
„Indias en tiempo de su Reinado; y nota-
„ban con la curiosidad de la Historia que
„en el año de mil quinientos noventa y cin-
„co en espacio de ocho meses habían entra-
„do por la Barra de San Lúcar treinta y cin-
„co millones de oro y plata, bastantes para
„enriquecer los Príncipes de la Europa, y
„en el año de mil quinientos noventa y seis

„no había un solo real en Castilla: y pre-
„guntaban *¿qué se hicieron, y adónde vinie-*
„*ron á parar rios ó mares tan caudalosos de*
„*oro?* La mar quedaba con pocos vaxeles, y
„necesidad de armarse para poner freno á
„los Cosarios de Africa, y Piratas del Sep-
„tentrion. En este estado dexó sus Reinos
„Felipe Segundo."

Bien que el nuevo Rei Felipe Tercero, cediendo á su genio benigno y pacífico, no emprendió las destructivas guerras que su Padre, subsistieron, y aun se aumentaron en su tiempo las demas causas de la decadencia de España. Impusiéronse nuevos tributos sobre los comestibles y géneros de primera necesidad: léjos de establecerse manufacturas, se abandonaron las que había; y como el dinero va siempre á buscar los Paises en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del Nuevo Mundo sinó como de paso para llegar á manos de Naciones Extrangeras. De este abandono y del de la Agricultura provenía naturalmente la falta de comercio activo, agravándose estos atrasos con el mal reflexionado acuerdo que el Rei tomó de duplicar el valor de la moneda de vellon, cuya pro-

videncia ocasionó que subiese el precio de las cosas, y que los Extrangeros introduxesen en cambio de nuestra plata grandes cantidades de moneda de cobre, fabricada por ellos. Cada dia se iba haciendo mas sensible la escasez de poblacion; y al paso que se enriquecían algunos Validos despóticamente apoderados del gobierno del Reino, los Vasallos empobrecidos sólo conservaban la sublime idéa del poder y esplendor que habían gozado en algun tiempo, sin tener yá arbitrios efectivos con que sostener la gloria, ántes justa y loable, pero yá no bien fundada. Esto resulta de la Historia, y esto debemos lamentar, exâminando políticamente el Reinado de Felipe Tercero. Mas, por otra parte, si las prendas que deben adornar á un buen Rei se reduxesen tódas á la devota piedad, apénas se hallaría en nuestra Historia Reinado mas dichoso, porque ningun Monarca le ha excedido en el zelo Católico, proteccion de la Iglesia, y caritativa liberalidad en fundar Monasterios, y otras obras pias, con ser tántos los que España ha tenido eminentes en esta virtuosa inclinacion.

Nada manifestó tanto su religioso espíritu como la providencia que se resolvió á tomar de expeler de España á los Moriscos: determinacion no ménos aplaudida por únos que vituperada por ótros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. Elógianla infinito los que atienden únicamente á la obligacion que nunca olvidó el Católico Rei de conservar sin mezcla de supersticiones la pureza de la Fe Christiana en sus Dominios, y á la necesidad de libertarlos de unos enemigos domésticos muchas veces sublevados, y siempre tenaces en seguir tratos é inteligencias secretas con los Moros de Africa, y otros Adversarios del Imperio Español. Reprueban la providencia los que opinan que, sin llegar al extremo de una total expulsion, había medios mas suaves para impedir que los Moriscos fuesen perjudiciales á la Religion, y á la Monarquía, y para no privar á ésta de mas de novecientos mil Vasallos cuya falta habían de sentir la Agricultura, la Industria, y el Comercio. Lo cierto es que Felipe Tercero, no queriendo imitar el exemplo de su Padre, que despues de someter á los Moriscos de Granada, tomó

el arbitrio de alejarlos de aquellas costas, y repartirlos por las Provincias interiores del Reino á fin de que no formasen un cuerpo poderoso y temible, se acercó más á imitar al Rei Don Fernando el Católico, que los persiguió severamente hasta expeler á los que no se convertían; pero con la notable diferencia de que los que entónces salieron de España eran verdaderamente Mahometanos, y los que expelió Felipe Tercero eran Christianos, aunque nuevos, y no tódos bien confirmados en la Fe. Permitióseles vender sus haciendas y alhajas; y habiendo empezado la expulsion en mil seiscientos y nueve, se concluyó quatro años después.

Ademas del destierro de los Moriscos concurrieron á la despoblacion del Reino, é influyeron en su decadencia otras causas que el Consejo de Castilla representó al Rei en una seria Consulta que corre impresa, proponiéndole los principales remedios para atajar el daño. Pero así como en éste particular no llegó el caso de que siguiese Felipe Tercero las prudentes máxîmas de su Consejo, así tambien experimentó los inconvenientes de no haber observado la importantísima ad-

vertencia que de palabra y por escrito le había repetido su Padre sobre que procurase gobernar por sí, oyendo el dictámen de Ministros zelosos, y no entregándose ciegamente á un solo Privado que abuse de la autoridad. Tal fué cabalmente en su Reinado el Duque de Lerma, que llegó á ser absoluto Dueño de los negocios, y no cayó de la privanza hasta que las multiplicadas y justas quexas manifestaron (tarde á la verdad) quan grave era yá el desórden del Reino contra lo que debía esperarse de un Monarca á cuya justicia y sana intencion hubiera debido España su mayor fortuna si con estas virtudes no se hubiese mezclado la debilidad.

Conoció el Rei que en la situacion de las cosas el principal beneficio de que estaba necesitada su Monarquía era la paz; y así la ajustó con Inglaterra en mil seiscientos y quatro luego que falleció la Reina Isabel; y en mil seiscientos y nueve estipuló con los Holandeses una tregua de doce años, atendiendo á que la guerra que continuaba en los Paises-baxos, no había trahido á los Españoles ventaja alguna que no fuese extrema-

damente costosa. La empresa mas señalada de nuestro exército baxo el mando del Archiduque Alberto, y del Marques de los Balbáses, Ambrosio Espínola, fué el largo y penoso sitio de Ostende. Esta plaza tenida por inexpugnable se rindió finalmente á las armas Católicas, siendo mayor la gloria que la utilidad, ya por que costó muchas vidas y caudales, ya por que ocupadas las tropas Españolas en aquel asedio, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no ménos importantes, de que se fué apoderando el Enemigo. Amotinábanse freqüentemente los Soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres, y yá no era posible mantener en aquellos Paises exército bastante numeroso para conservar lo que en ellos poseía España, mucho ménos para recobrar lo perdido. Entretanto los Holandeses, aplicados al lucroso comercio y navegacion de las Indias Orientales y Occidentales, adquirían nuevo poder y arrogancia, de suerte que no pudo Felipe Tercero concluir las deseadas treguas sinó con dos condiciones sumamente duras para nosotros: la primera reconocer á la Holanda por Repú-

blica independiente ; la segunda concederla el libre tráfico en Asia y América.

Al mismo tiempo florecía tánto la Monarquía Francesa despues de apaciguadas sus anteriores guerras civiles, que no parecía yá prudente tenerla por enemiga ; y á fin de consolidar la paz entre aquella Potencia y la de España, se ajustaron en mil seiscientos y doce dos recíprocos matrimonios, el uno del Príncipe de Austria Don Felipe (que reinando después, fué el Quarto de este nombre) con la Princesa Isabel de Borbon, Hija de Henrique Quarto ; y el ótro de Doña Ana de Austria, Hija de Felipe Tercero, con Luis Décimo tercio, que había yá succedido al mismo Henrique. Esta Doña Ana fué Madre de Luis Décimo quarto, llamado el *Grande*, cuyo Reinado es por tantos títulos célebre en la Historia de Francia.

El Rei, no obstante su declarada propension á la paz, no pudo dexar de empeñarse en algunas expediciones militares; porque habiéndose suscitado discordias en Italia entre el Duque de Saboya, y el de Mantua sobre el Ducado de Monferrato, y no consiguiendo Felipe se reconciliasen estos

Príncipes, segun lo había procurado, entró el exército Español por el Piamonte, y ganó algunas Plazas. Pero cedió el Duque de Saboya, y se le restituyó lo conquistado.

Con motivo de haber Federico, Elector Palatino, no sólo pretendido, sinó logrado mediante el favor de los Protestantes las Coronas de Hungría y Bohemia en perjuicio de Ferdinando Segundo, socorrió Don Felipe á éste con quarenta y ocho mil hombres en dos distintas ocasiones, contribuyendo múcho tales auxîlios á la victoria que al fin quedó por los Austriacos despues de haber continuado aquella guerra muchos años.

No ménos provechoso amparo concedió con sus ármas á los Católicos del Pais de Valtelina, confinante con el Tirol, y con el Estado de Milan. Miéntras sus vecinos los Grisones adictos á la heregía, pretendían, con apoyo de la Francia conservar aquel territorio, deseaba la Casa de Austria mantenerle en poder de Católicos para que la sirviese de paso y comunicacion entre los Estados que poseía en Alemania, y en Italia.

Los Católicos de Inglaterra y de Irlanda le debieron tambien la mas generosa proteccion; y miéntras duraban las ruidosas disensiones entre la Sede Apostólica, y la República de Venecia, mandó levantar y mantuvo con increibles expensas un respetable exército á las órdenes del Conde de Fuentes, Gobernador del Ducado de Milan, con lo qual aseguró la paz de Italia, y se compusieron las diferencias entre Venecia y Roma sin llegar á las armas.

Por mar abatió repetidas veces á los Turcos, acreditando su conducta y valor el Marques de Santa Cruz, Don Octavio de Aragon, Don Juan y Don Luis Faxardo, Don Diego Pimentel, Don Francisco Ribera, y otros ilustres Caudillos, que en varios encuentros destruyeron muchas galeras enemigas, y ganaron ricas presas. El Marques de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones Turcas, la Isla de Lango, y la de los Querquenes. En mil seiscientos y diez adquirió el Rei Don Felipe por negociacion el Puerto de Larache, situado en el Reino de Fez en Berbería, y quatro años después á fuerza de ar-

mas el de la Mamora cerca de Tánger.

A los principios de su Reinado, tuvieron en América los Españoles una obstinada guerra contra los Araucanos, Indios belicosos del Reino de Chile: y por el esfuerzo y buena disciplina de los nuestros fueron vencidos los enemigos en aquellas gloriosas batallas que celebró en verso Castellano el Poeta Don Alonso de Ercilla.

Las Islas Molucas ó Malucas, poseidas por los Portugueses en otro tiempo, y que después admitieron á los Holandeses, fueron reducidas al Dominio Español. Los mismos Portugueses, Vasallos entónces del Rei Don Felipe, adelantaron mucho sus conquistas en la India Oriental, ganando el Reino del Pegú y otros Paises; y cerca de las Islas Filipinas fué derrotada por los Españoles una esquadra Holandesa que se dirigía contra ellas.

En el año de mil seiscientos veinte y uno despues de haber hecho un viage á Portugal, falleció Felipe Tercero, manifestando en el último trance todas las virtudes Christianas que le adquirieron el renombre de el *Piadoso*. Durante su Reinado se construy-

yó el Puerto del Calláo de Lima, se repararon las fortificaciones de Portobelo, como asimismo las de Cádiz arruinadas por la invasion de los Ingleses; aumentáronse las fuentes públicas de la villa de Madrid; edificóse su Plaza mayor; y se empezó la fábrica del Panteon del Escorial, destinado á la sepultura de las Personas Reales.

LECCION XXII.

Reinado de Felipe Quarto.

Luego que murió Felipe Tercero subió al trono de edad de diez y seis años su Hijo Felipe Quarto, á quien llamaron el *Grande*, título que si pudo convenirle por sus generosas prendas, no le convino ciertamente en atencion á lo afortunado. Tan léjos estuvo de serlo, que en los quarenta y quatro años que reinó, vió sus dominios continuamente agitados de guerras, resultando mayores las pérdidas que las victorias, aun-

D. Felipe Quarto, el *Grande*.

que de éstas logró algúnas sumamente gloriosas para el nombre Español.

La emulacion que desde el Reinado de Cárlos Quinto había excitado en casi todas las Potencias extrangeras el engrandecimiento de la Casa de Austria, se aumentaba al mismo paso que iban conociendo prácticamente no ser imposible contener sus progresos. La Francia fué quien por sí misma, ó por sus Aliados movió las principales guerras contra España, ya miéntras reinó Luis Décimotercio, siendo su Ministro el Cardenal de Richelieu, célebre Político, ya durante el Reinado de Luis Décimoquarto, que elevó su Monarquía al mas alto grado de poder y esplendor no sólo en lo tocante á la fuerza militar, sinó tambien en lo respectivo á las artes y ciencias.

Entregó Felipe Quarto su confianza y el gobierno de todos los negocios á su gran Privado y Confidente el Conde Duque de Oliváres; y aunque empezó á reformar abusos de su Corte, á moderar los gastos que agotaban el Erario, y á fomentar con prudentes arbitrios la poblacion del Reino, ó llegaban tarde, ó no alcanzaban estos re-

medios para reparar el abatimiento que desde los anteriores Reinados experimentaba la Corona. Los enemigos á quienes ésta debía resistir eran tántos y tan formidables, que nunca mejor que entónces se echó de ver adonde llegaban el valor y la constancia inseparables de los pechos Españoles. En vez de admirarnos de lo mucho que se atrasó la Monarquía en aquella época, admirémonos de que no se hubiese arruinado enteramente, porque así como en el auge y extension llegó á ser comparable al antiguo Imperio Romano, pudo tambien haberle imitado en la total decadencia y destruccion; y así parece que hubiera sucedido, estando en otras manos.

Sería tan molesto como ajeno de nuestro propósito referir menudamente las muchas campañas que sostuvo por entónces nuestra Nacion en diversas Provincias dentro y fuera de sus Estados. A un mismo tiempo, ó succesivamente daban penosa ocupacion á las armas Españolas Holanda, Flándes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las Costas de Africa y las dos Indias.

Las treguas que Felipe Tercero había ajustado con Holanda expiraron luego que ciñó la Corona Felipe Quarto. Renuévase la guerra ; y continuando hasta el año de mil seiscientos quarenta y siete en que se concluyó la paz de Múnster, y de Westfalia, consiguen los Holandeses algunas victorias por tierra, y múchas por mar ; pues si Don Fadrique de Toledo les derrotó una armada junto al Estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la suerte de maltratar las nuestras en los mares de Nueva España y el Perú, y cerca de Cales, apresando tambien una rica flota Portuguesa que venía de China. Saquearon la Ciudad de Lima, recogiendo gran despojo, tomaron algunas de las Islas Antillas, y se hicieron Dueños de la Bahía de Todos-Santos, de la Ciudad de San Salvador y de Fernambuco en el Brasil, aunque el mismo Don Fadrique de Toledo los desalojó mui pronto de aquellas dos primeras posesiones. Si el Marques Ambrosio Espínola rindió á Juliers al cabo de cinco meses de sitio, los enemigos se desquitaron con la conquista de otras Plazas, y con el triunfo que obtuvieron junto á Luxêmburgo, des-

pues del qual llegaron á tal estado de superioridad y altivez, que rehusaron largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España. La mayor prueba de que la Industria, el Comercio y las Artes proporcionan mas colmadas y sólidas ventajas que toda la fuerza de las armas, es que unos Pescadores, quales eran los Holandeses, pudiesen hallar mediante su laboriosa aplicacion arbitrios con que sostener tan prolongada guerra contra una Nacion temible, y que miéntras ésta se aniquilaba con excesivos gastos, se aumentasen las riquezas y poblacion de aquella nueva República, cuya libertad é independencia quedó confirmada en el Tratado de Múnster.

En las demas Provincias del Pais-Baxo ardía igualmente la guerra. Felipe Segundo, deseoso de calmar las inquietudes de los Flamencos, y creyendo se contentarían con obedecer á un Príncipe Aleman, había casado á su Hija la Infanta Isabel Clara con el Archiduque Alberto, y la cedió en dote los Paises-Baxos. Pero falleciendo el Archiduque sin dexar succesion, se devolvió la propiedad de aquellos Estados á Felipe

Quarto, que, como Señor de ellos, nombró Gobernadora á la Infanta Archiduquesa Viuda. Reiteraron entónces sus pretensiones los Flamencos, empeñados en sacudir el yugo Español; y aun intentaron establecer en su patria un gobierno Republicano á imitacion del de Holanda. Aunque Espínola tomó por asedio la importante Plaza de Breda, y el Cardenal Infante Don Fernando, Hermano del Rei, que despues de la Archiduquesa gobernaba los Paises-Baxos, venció á los Confederados en algunas batallas, singularmente en la de Nortlínguen, no dexaron éstos de ganar varios Pueblos (entre ellos á Mastric;) y en tanta variedad de sucesos había plaza que se perdía y recobraba tres ó quatro veces.

Proseguía tambien la guerra en el Palatinado, consiguiendo freqüentes, aunque costosas victorias los Imperiales y Españoles. El exército de Dinamarca, Potencia que se había coligado con diferentes Príncipes del Imperio contra el Emperador, padeció dos derrotas; pero por otra parte el Rei de Suecia Gustavo Adolfo, uno de los mas insignes Heroes de la Historia moderna, se

confederó igualmente con los enemigos de la Casa de Austria; y en sus empresas contra ella logró felicidades correspondientes á su gran pericia y marcial espíritu.

Dió motivo á los Franceses y Españoles para tomar las armas en Italia la succesion del Ducado de Mantua, que heredaba el Duque de Nevers con apoyo de la Francia, y á disgusto de Felipe Quarto. A éste socorrió el Emperador con gran número de tropas, y se emprendieron en el espacio de tres años varias campañas, una de las quales costó la vida al animoso y diestro Caudillo Ambrosio Espínola. Sigue el Duque de Saboya el partido de España: conquístanle los Franceses parte de sus Estados: vencen en dos combates á los Austriacos; y no obstante que el exército del Emperador se apodera de Mantua y la saquéa, logran por último los Franceses asegurar al Duque de Nevers su herencia, cediendo España de aquel empeño para acudir con sus fuerzas adonde las llamaba otra necesidad mas urgente.

Oponíase en Alemania á los Austriacos el Elector de Tréveris baxo la proteccion de

Francia; y como por esta razon hubiesen los Españoles tomado á Tréveris, expelido la guarnicion Francesa, y preso al Elector, halló pretexto el Cardenal de Richelieu para declarar á España nueva guerra en mil seiscientos treinta y cinco: guerra sangrienta que duró cerca de veinte y cinco años, y casi acabó de consumir la gente y tesoros de España.

Unida Francia con los Holandeses, el exército de ambas Naciones tomó á Tillemont; y si bien el del Cardenal Infante corriendo las tierras de las Provincias de Champaña y Picardía, y conquistando Plazas en ésta última, se iba acercando á Paris hasta causar gran ciudado y confusion en aquella Capital, se vió obligado á retirarse; y los Franceses se apoderaron de Landrecí, Damvillers y otras Plazas, al mismo tiempo que los Holandeses recobraron á Breda.

Entretanto el Marques de Leganes, habiendo precisado á los Franceses á salir del Milanesado, hizo considerable estrago en los Estados de Parma y Plasencia, cuyo Soberano seguía el partido de Francia; tomó á

Niza de la Palla, á Brem y á Verceli; y consiguió no menores ventajas en el Piamonte, poco despues de haberse hecho los Franceses dueños del Pais de Valtelina, sobre el qual habían precedido muchas competencias y diversos convenios tan pronto ajustados como desvanecidos.

En la raya de España sitiaron los mismos Franceses á Fuenterrabía, y quemaron doce vaxeles que conducían víveres y municiones á la Plaza; pero la libertó valerosamente el exército Español, destruyendo en un vigoroso ataque el campamento de los enemigos, y obligándolos á tomar la fuga.

Fueron mui rápidos é importantes los progresos que continuaron éstos haciendo en los Paises-Baxos, pues conquistaron á Hesdin, Yvoi, Arras, Gravelingas, Courtrai, Dunquerque y otras Plazas menores; y el Mariscal de Turena triunfó de los Austriacos en la segunda batalla de Nortlínguen, restituyendo al Elector de Tréveris la libertad y la pacífica posesion del Electorado.

El Duque de Anguien (conocido por el nombre de el gran Condé) despues que con haber ganado la memorable batalla de Ro-

Real Biblioteca de Granada

croi, en que fueron muchos los muertos y prisioneros de nuestra parte, resarció la pérdida y el desaire que había experimentado en el sitio de Fuenterrabía, tuvo graves disgustos con el Cardenal Mazarino, Succesor del de Richelieu en el Ministerio de Francia. Pasóse al partido de los Españoles; y uniendo sus armas con las de Don Juan de Austria, Hijo del Rei Don Felipe, habido fuera de matrimonio, é igual así en esta circunstancia, como en el nombre, y en la profesion militar al otro Don Juan de Austria Hijo de Cárlos Quinto, abatió en tantas y tan gloriosas ocasiones á los Franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternacion, si á la intrepidez y acertadas disposiciones de aquel ínclito Capitan no hubiese opuesto las suyas un digno Competidor como el Mariscal de Turena.

Habían sido infructuosas las negociaciones de Paz entre Francia y España, y seguían las hostilidades con notable detrimento de ésta, aumentándose la despoblacion, las estrecheces del Erario y las quexas de los Pueblos. Yá los Catalanes, Aragoneses, Valencianos, Navarros y Vizcaí-

nos rehusaban sostener el peso de la guerra y de los gravosos tributos impuestos para continuarla; y los Castellanos eran casi los únicos que peleaban por toda la Nacion, sacrificando con firme lealtad sus vidas y bienes, quando en el año de mil seiscientos cinqüenta y nueve llegó Felipe Quarto á concluir con Francia la deseada Paz llamada *de los Pirinéos*, que, aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. La principal condicion fué el ajuste del matrimonio de la Infanta Doña María Teresa de Austria, Hija primogénita del Rei, con Luis Décimoquarto, aunque renunciando á la succesion de la Monarquía Española. Este matrimonio y renuncia tuvieron después grandes conseqüencias, como verémos quando se trate de la exâltacion de la Casa de Borbon al trono de España. Cedióse á Francia todo el Rosellon con las Plazas de Perpiñan y Salsas conquistadas yá por los Franceses durante la guerra, y ademas una parte del Condado de Artois, y otros territorios en los Paises-Baxos, obligándose Luis Décimoquarto á restituir lo que había ad-

quirido con sus armas en el Estado de Milan.

En los últimos años de la guerra con Francia tuvo tambien Felipe Quarto por enemiga á la Inglaterra. Gobernábala con título de Protector el ambicioso Oliverio Cromuel despues de la trágica y escandalosa muerte dada á su Rei Cárlos Primero en público cadahalso. Rompió Cromuel con España, y envió esquadras que, saliendo vencedoras en varios combates, invadieron nuestras Colonias de América. Las Islas de Santo Domingo y de Cuba, y la Tierra-firme se defendieron bizarramente; mas la Isla de la Jamaica se rindió á los Ingleses; y así esta posesion, como el Puerto de Dunquerque en cuya conquista habían coadyuvado á la Francia, se les entregó en virtud de un Tratado de paz que ajustó con ellos el Rei Don Felipe al mismo tiempo que estipuló la de los Pirinéos.

Hasta aquí hemos compendiado los mas notables sucesos de las guerras pendientes fuera de España en este turbulento Reinado; pero resta hacer mencion de otras dós sumamente fatales que dentro de ella se sus-

citaron con ocasion de las rebeliones de Cataluña y de Portugal.

LECCION XXIII.

Continuacion y fin del Reinado de Felipe Quarto.

Entre las Provincias de España que se manifestaban cansadas y quexosas de la duracion de la guerra, fué Cataluña la que como vecina á la raya de Francia experimentaba mayores incomodidades por el frequente paso de tropas y por los desórdenes que cometían. Agregándose á este sentimiento el de ver quebrantados algunos de sus privilegios, hizo á la Corte representaciones, que fueron mal despachadas, ó enteramente desatendidas, de lo qual se originó en Barcelona (año de mil seiscientos y quarenta) una sublevacion, que empezó por insultos contra los Soldados, y acabó por una guerra formal contra el Monarca. Desde luego sacrificaron los amotinados á

su furor al Virréi Conde de Santa Coloma; y los principales vecinos de la Ciudad, yá disgustados del Gobierno, viendo encendido el fuego de la sedicion, concurrieron á aumentarle, juntando una especie de Consejo como de República, y enviaron al Rei de Francia un Diputado para suplicarle los admitiese baxo su proteccion, y pedirle auxílios que mui de ante mano sabían no les había de negar. Imitaron otros varios Pueblos de Cataluña el exemplo de Barcelona, persiguiendo con tal encono á las Tropas Castellanas, que las obligaron á retirarse acia el Rosellon. Quando yá no bastaban para aplacar á los rebeldes las promesas que el Rei les hizo de conservarles todos sus privilegios, y de perdonar generalmente á los culpados, fué preciso que nombrando por Virréi al Marques de los Vélez, le mandase valerse contra ellos del rigor de las armas, á cuyo fin le confió el mando de un exército.

Entró, pues, en Cataluña el Marques, reduciendo muchos Lugares á la obediencia de Felipe, y encaminándose á Barcelona, centro y móbil de la sedicion. Entónces los

Catalanes persuadidos de que no podrían sostenerse con el corto socorro que les había franqueado Luis Décimoquarto como sumero Protector, resolvieron sujetarse á él como á Soberano, y en efecto le aclamaron Conde de Barcelona con la condicion de que no les impusiese nuevos tributos, ni encargase el gobierno de las Plazas á ótros que á los mismos Catalanes. Envió Francia fuerzas de mar y tierra en defensa de los sublevados: trabóse la guerra con variedad de acontecimientos ya prósperos, ya adversos por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques mui reñidos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos exércitos. El mismo Rei Don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente con rendir esta Ciudad, que los Franceses intentaron recobrar por dos veces, aunque en vano. Perdieron á Balaguer; mas ganaron á Rosas, Plaza de gran importancia por que facilita la comunicacion entre Rosellon y Cataluña. Sirvióles de poco el haberse apoderado de Tortosa, pues los Castellanos los desalojaron de ella, pasando después á blo-

quear á Barcelona, la qual, á pesar de su porfiada resistencia, vino á entregarse á Don Juan de Austria por capitulacion en mil seiscientos cinqüenta y dos. Expelió de allí este General á los Franceses; desbarató sus tropas cerca de Girona, libertándola del sitio que sufría; y pacificada la Provincia, se concedió indulto á los sediciosos, á excepcion de los principales faccionarios, que fueron ajusticiados.

Poco despues emprendieron algunos Catalanes nueva rebelion; y los Franceses, que los auxíliaban, se hicieron Dueños de Villafranca y Puigcerdá; pero Don Juan de Austria con fuerzas inferiores atajó oportunamente los progresos de aquella segunda revolucion; y por el Tratado de Paz de los Pirinéos restituyó Francia las pocas poblaciones que la quedaban en Cataluña.

En el propio año de mil seiscientos y quarenta tuvo principio la sublevacion de Portugal, cuyas conseqüencias fueron para la Monarquía Española harto mas graves y sensibles que las del levantamiento de Cataluña. Las causas que motivaron ambos sucesos no se diferenciaban múcho, y en ám-

bos intervino la Francia con su influxo ya oculto, ya manifiesto.

Gobernaba á Portugal como Virreina en nombre de Felipe Quarto la Duquesa Viuda de Mantua, quando algunos de aquellos Vasallos naturalmente opuestos á la dominacion Castellana, indignados contra el Secretario Miguel de Vasconcélos, que manejaba despóticamente los negocios en Lisbóa, y fatigados de prolixas guerras con pérdida de varios Paises en la India Oriental, resolvieron sacudir el yugo Español, y colocar en el trono Portugues al Duque de Braganza, emparentado con los Reyes de Portugal anteriores á los Austriacos. Tramóse la conspiracion con admirable sigilo; y llegando ésta á prorrumpir, dan los mal-contentos inhumana muerte á Vasconcélos, arrojándole de una ventana de Palacio: desarman las Guardias de la Virreina; la prenden; y proclaman Rei al Duque con el nombre de Juan Quarto. Francia y Holanda en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; y entretanto España, empeñada en sosegar las turbaciones de Cataluña, y en oponerse á las armas France-

sas agolpadas acia los Pirinéos, dió lugar á que el nuevo Rei fuese reconocido no sólo en Portugal y los Algarbes, sinó tambien en el Brasil y en la India, y sometiese á su dominio las Islas Terceras que repugnaban admitirle.

Hasta que Felipe Quarto se desembarazó de guerras con Francia y con otros enemigos despues de las Paces de Múnster y los Pirinéos, no empleó con vigor sus fuerzas de mar y tierra en reducir á Portugal, tratándole como Provincia rebelde. Aunque en mil seiscientos cinqüenta y seis había yá fallecido Don Juan Quarto, la Reina Doña Luisa de Guzman su Esposa, que gobernaba el Estado durante la menor edad de Alfonso Sexto, atendió con tanto valor como acierto á la conservacion de su trono, difícil de defender en aquellas críticas circunstancias.

Empezaron activamente las hostilidades; y Don Luis de Haro, Sobrino del Conde Duque de Oliváres, y que mas adelante le succedió en el Ministerio, entró por la Provincia de Alentejo, y sitió á Elvas; pero acudiendo á socorrer esta Ciudad el exér-

cito Portugues, obtuvo mui señalada victoria,

Por haberse frustrado á causa de temporales una expedicion marítima aprestada contra Portugal, se difirió la campaña para el año próxîmo siguiente, que fué el de sesenta y uno en que Don Juan de Austria se encargó del mando de las Tropas Castellanas, despues de haber pasado Don Luis de Haro á negociar con Francia la paz, que yá era absolutamente necesaria. Aunque Don Juan de Austria se apoderó de Evora, Estremoz, y otras plazas, sus progresos no fueron tan dichosos que bastasen á desalentar á los Enemigos; y éstos le derrotaron cerca de la misma Villa de Estremoz, peleando con el denuedo de hombres que defendían su patria, libertad y bienes.

Quexoso Don Juan de Austria de que la Corte no le asistía con los auxîlios indispensables para sostener aquella guerra en que veía inutilizados los últimos esfuerzos de su valor; hizo dimision del mando; y tomándole el Marques de Caracena, perdió otra batalla junto á Villaviciosa, con que acabaron los Portugueses de asegurar á la Casa de Braganza la soberanía, si bien continuó

la guerra hasta despues de muerto Felipe Quarto.

A las sublevaciones de Cataluña y Portugal habían precedido en mil seiscientos quarenta y siete úna en Nápoles y ótra en Sicilia, siendo Cabeza de la priméra un Pescador llamado Tomas Anielo, y de la segúnda un Calderero. En ámbas cometieron los conjurados infinitas atrocidades. Los de Nápoles intentaron convertir su gobierno en Republicano con proteccion de la Francia, que envió en su auxîlio una esquadra, y el Pueblo llegó á dar título de Dûx de su nueva República al Duque de Guisa Descendiente de los Reyes de Nápoles, de la Casa de Anjou; pero ántes de múcho el Virréi Duque de Osuna y Don Juan de Austria aplacaron la sedicion, castigando rigurosamente gran número de rebeldes.

Aunque los Napolitanos ofrecieron después al mismo Don Juan la corona de aquellos Reinos, él guardó la debida fidelidad al Rei su Padre, y empleó todo su esmero en restablecer allí la autoridad de la Monarquía Castellana.

El resúmen de las acciones militares de

este Reinado demuestra bastantemente que en casi todo él se fueron acumulando desventajas y pérdidas; y no será ponderacion decir que sólo dexó Felipe Quarto de tenerlas en Africa; pues habiendo los Moros sitiado el Puerto de la Mamora y la Plaza de Oran, desistieron de una y otra empresa, retirándose con mui considerable diminucion de sus exércitos; y tampoco sacaron fruto ellos ni los Turcos de otras tentativas contra los Españoles.

Cansado el Rei de afanes y desgracias, falleció en mil seiscientos sesenta y cinco, dexando por succesor al Príncipe Don Cárlos, Hijo de su segunda Esposa y Sobrina Doña Mariana de Austria; porque el Príncipe Don Baltasar Cárlos que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, había muerto ántes de cumplir los diez y siete años, causando esta desgracia general sentimiento.

LECCION XXIV.

Reinado de Cárlos Segundo.

Don Cárlos Segundo.

El estado en que quedó la Monarquía era el ménos favorable para reparar sus males, pues Cárlos Segundo apénas llegaba á la edad de quatro años, y su Madre Doña Mariana de Austria, que gobernaba el Reino ayudada de una Junta de varios Personages que dexó instituida el difunto Rei, introduxo en ella á su Confesor el Jesuita Aleman Juan Everardo Nitardo, colmándole de honores y autorizados empléos, y entregándole el absoluto manejo de los negocios en que debía entender la Junta de Gobierno. Con este motivo se suscitaron muchos y mui graves disgustos. Don Juan de Austria, que por Hermano del Rei Don Cárlos, y por lo que había servido á la Patria era acreedor á la estimacion de la Corte, y tenía razones para estar quexoso del trato que recibía, se pasó á Aragon desde donde instó sobre la separacion del Padre Nitardo. Aragon, Cataluña, y muchos Grandes del Rei-

no seguían su partido, con lo qual puso á la Reina en precision de alejar de sí á su Confesor, que logró á lo ménos se le diese el honroso destino de Embaxador á Roma. Al fin entró Don Juan de Austria á tener parte en el gobierno por lo perteneciente á los Reinos de la Corona de Aragon, cuidando de los demás la Reina Regente.

En mil seiscientos setenta y cinco cumplió Cárlos Segundo los catorce años, y tomó las riendas del gobierno, retirándose después la Reina, y distinguiendo el Rei á Don Juan de Austria con el encargo de su primer Ministro, aunque éste le desfrutó mui poco por haber fallecido prontamente. La situacion interior de la Corte en todo el Reinado de Cárlos Segundo fué mui expuesta á disensiones; y así en ella como en la constitucion general de la Monarquía influyó mucho la debilidad de la complexîon del Rei, y su encogimiento ó pusilanimidad que provenía principalmente de la crianza que le dieron y de la sujecion á que desde su menor edad le acostumbraron los que le rodeaban ansiosos de mandar. Faltando vigor en el Gobierno, y no usándose opor-

tunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase el estado del Reino. Las urgencias obligaron á vender las principales dignidades y empléos como Virreinatos, Presidencias y Gobiernos políticos ó militares, y el dinero era yá título superior al del mérito. No sólo continuaban en atrasarse las manufacturas y el comercio, (á cuya ruina deseó el Rei aplicar algun remedio con establecer la Junta general de Comercio y Moneda) sinó que hasta el valor y disciplina militar, que eran los últimos y mas preciosos restos del poder Español, llegaban quando nó á degenerar, á lo ménos á decaer, sintiéndose yá demasiado la falta de poblacion, de tropas, y de caudales. Malográronse muchas expediciones: tomaron los Moros el Puerto de la Mamora, ocasionándonos tambien gastos y cuidados con los repetidos sitios que pusieron sobre Larache, Oran, Melilla y Ceuta; y aunque España se alió con Holanda, con Inglaterra, con el Imperio y con Suecia para contrarrestar á la Francia y defender de sus invasiones el Pais-baxo, favorecía casi siempre la fortuna á la actividad, conduc-

ta, poderosos exércitos y hábiles Capitanes de Luis Décimoquarto.

Quando Cárlos Segundo empezó á gobernar por sí halló yá en mui abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas de su Reino, pues ademas de no haber sido ventajosa la guerra sostenida contra Francia (segun luego verémos,) tampoco lo había sido la que se había hecho en Portugal para reducir al Dominio Español aquellos Estados. En mil seiscientos sesenta y ocho se ajustó la Paz con Alfonso Sexto, y reconociéndole Soberano legítimo de Portugal se le restituyeron algunos territorios conquistados por las armas Castellanas, y no conservó España otra posesion Portuguesa que la Ciudad de Ceuta en la Costa de Africa.

Once años después levantaron los Portugueses una Fortaleza con denominacion de Colonia del Sacramento á la márgen Septentrional del Rio de la Plata en América Meridional, sin embargo de que ambas orillas de este Rio habían pertenecido siémpre á la Corona de Castilla por derecho de descubrimiento, conquista, ocupacion y pose-

sion notoria. Miéntras solicitábamos en Lisbóa órdenes para la evacuacion de aquel Fuerte, el Gobernador de Buenos-Aires se había apoderado de él, demoliéndole en parte; y para evitar el rompimiento que con este motivo amenazaba entre las dos Cortes, se determinó por un Tratado, llamado Provisional, que la Colonia quedase depositada en manos de los Portugueses, y fuese comun á ambas Naciones el uso del Puerto y del terreno inmediato. Nombráronse Comisarios para el exâmen y declaracion de los derechos de una y otra Corona; y no habiendo podido convenirse en un Congreso que celebraron en Badajoz y Yélves, ni llegado el caso de que el Papa dirimiese la discordia, segun se había acordado, quedó pendiente la disputa, que en los Reinados subsiguientes originó desavenencias, precisó á tomar las armas, y despues de varias negociaciones y Tratados no ha venido á concluirse hasta nuestros dias en que Portugal ha devuelto á Castilla la Colonia con su territorio y contestados derechos; bien que á la sazon yá ocupada y demolida por las armas Españolas.

El Rei de Francia sobre pretensiones al Ducado de Brabante, que juzgaba pertenecer á su Esposa la Reina Doña María Teresa de Austria, había emprendido hostilidades en los Paises-baxos, tomando entre otras Plazas las de Charleroi, Tornai, Duai, Oudenarde y Lila; y en pocas semanas se había hecho dueño de todo el Franco-Condado. Por las Paces que terminaron esta guerra firmadas en Aquisgran casi al mismo tiempo que el Tratado con los Portugueses, restituyó Francia dicho Franco-Condado; pero nó lo ganado en Flándes.

Antes de quatro años renovó Luis Décimoquarto la guerra, alegando para motivarla el resentimiento de que España se hubiese confederado con Holanda á fin de atender á la recíproca conservacion de los terrenos de una y otra Potencia en los Paises-baxos. Entónces fué quando la Francia adelantó mas sus conquistas en ellos, rindiendo á Mastric, Lieja, Limburgo, la Ciudad de Condé, la fuerte Plaza de Valencienes, Cambrai, Gante, Sant-Omer, Ipres y Arras; y volviendo á ocupar el Franco-Condado.

Durante esta guerra protegió Francia á los

Sublevados de la Ciudad de Mesina en el Reino de Sicilia; y aunque las tropas de los rebeldes aliadas con los Franceses vencieron á las Españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis Décimoquarto se apoderase de aquel Pais en que al principio fué reconocido por Soberano; antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su exército.

Casi todos los citados Pueblos de Flándes quedaron en poder del Rei de Francia por el Tratado de Paz, ajustado en Nimega año de mil seiscientos setenta y ocho, como asímismo el Franco-Condado que desde entónces hasta el presente ha permanecido baxo la dominacion Francesa.

Pero Luis el Grande llevado de su belicoso espíritu, y deséo de gloria, y conociendo que la Casa de Austria daba á la de Borbon la mas favorable oportunidad de engrandecerse, emprendió tercera vez la guerra en Flándes y en Cataluña con pretexto de solicitar se le entregase el Condado de Aloste, y no venir en ello la Corte de Madrid. Continuaron las victorias de aquel Monarca, ya ganando en los Paises-

baxos á Luxêmburgo, Mons, Charleroi, y Namur (bien que perdió después esta última Plaza,) ya conquistando en Cataluña las de Urgel, Belver, Rosas, Palamós, Gerona, Ostalric, y Barcelona; y yá apoderándose una esquadra suya del Puerto de Cartagena de Indias. La mayor parte de estas conquistas se restituyó á España en mil seiscientos noventa y siete por el Tratado de Riswik; sacrificio que hizo con sagaz política la Casa de Borbon, deseando obligar y tener contento á Cárlos Segundo para un fin tan importante como el de conseguir la llamase en su Testamento á la succesion de España, segun se verificó.

Había casado dos veces el Rei Don Cárlos, la priméra con María Luisa de Borbon, Primogénita del Duque de Orleans, y Sobrina de Luis Décimoquarto, y la segúnda con Doña Mariana de Neoburg, Hija del Conde Elector Palatino del Rin. Ni en uno ni en otro matrimonio había tenido succesion, siendo pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud. Varios Potentados de Europa previniéndose para el caso de fallecer

sin Hijos Cárlos Segundo, estipularon en la Haya un Tratado ó Convenio secreto por el qual intentaban repartir entre sí los Dominios Españoles adjudicando al Hijo Primogénito del Elector de Baviera la Corona de España con las Indias y los Paises-baxos; á Luis, Delfin de Francia, los Reinos de Nápoles y Sicilia, y otros territorios de Italia, ademas de la Provincia de Guipuzcoa; y á Cárlos Archiduque de Austria, Hijo segundo del Emperador Leopoldo, el Ducado de Milan. Con ocasion de haber muerto en mui tierna edad el Príncipe Electoral de Baviera, ajustaron después segundo Tratado en que arreglaban de otra manera la division de la Monarquía Española; y el Rei que había yá protestado contra el primero por medio de sus Embaxadores, no pudo sufrir sin indignacion que quisiesen las Cortes Extrangeras disponer á su arbitrio de unos Reinos cuyo Soberano aun vivía, y no había declarado su última voluntad. Consultó, pues, Cárlos Segundo negocio tan grave con el Pontífice Inocencio Duodécimo y con una Junta de Ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen á pesar de algunos que

le contradecían, fué que el derecho de la succesion de España pertenecía á Felipe Duque de Anjou, Hijo segundo del Delfin, como Nieto de Doña María Teresa de Austria, Hermana mayor del Rei, y segun las leyes de estos Reinos legítima Heredera de la Corona, con preferencia á Doña Margarita, Hermana menor, que estuvo casada con el Emperador Leopoldo, y fué Avuela del difunto Príncipe Electoral de Baviera. Pretendía heredar los derechos de éste el mismo Emperador, y pasarlos á su Hijo segundo el Archiduque Cárlos, alegando que no debía atenderse á la primogenitura de la Reina Doña María Teresa, Madre del Delfin, supuesto que para contraher matrimonio con Luis Décimoquarto había hecho solemne renuncia del trono de España. Mas replicaba Francia que aun quando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que se había hecho única y expresamente con el fin de que nunca se reuniesen en un mismo Soberano las Coronas de Francia y España, y que cesaba este inconveniente habiendo dexado la Reina dos Nietos, de los quales el

úno podía reinar en España y el ótro en Francia.

Convencido de esta razon Cárlos Segundo, y sacrificando á ella el afecto que naturalmente debía profesar á la Casa de Austria de que descendía, otorgó su Testamento en Octubre del año de mil y setecientos, declarando por Succesor de toda la Monarquía Española á Felipe de Borbon, Duque de Anjou; y murió en el mes próxîmo siguiente, despues de haber nombrado para la gobernacion del Reino miéntras estuviese ausente el Succesor una Junta compuesta de la Reina, y varios Prelados Ministros y Magnates.

Con la muerte del Rei Don Cárlos se extinguió en España la linea Austriaca que había reinado mui cerca de dos siglos; y mudó de aspecto la Monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del presente siglo décimo octavo.

LECCION XXV.

Principio del Reinado de Felipe Quinto.

D. Felipe Quinto, el *Animoso.*

Luego que aceptó Luis Décimoquarto el Testamento de Cárlos Segundo, y fué declarado Rei de España el Duque de Anjou, con el nombre de Felipe Quinto, partió éste á Madrid, adonde llegó en Febrero de mil setecientos y uno, é inmediatamente le prestaron solemne juramento de fidelidad sus principales Vasallos, dándole plausibles muestras de amor y respeto así por el derecho con que entraba á gobernar la Monarquía, como por las recomendables prendas que le adornaban, y por las grandes esperanzas que en la florida edad de diez y siete años daba su generosa índole ayudada de una excelente educacion. A estas esperanzas correspondieron los efectos, pues habiendo hallado Felipe Quinto sus Reinos en tanta decadencia, y viéndose después obligado á sostener contra enemigos extrangeros y domésticos dilatadas guerras para defender su

Corona, no solamente logró España no empeorar de estado, como era de temer, sinó que adquirió poder, gloria y ventajas efectivas, venciendo á sus enemigos, gozando un gobierno generalmente justo, benigno y próvido, y empezando á experimentar las utilidades que nacen de la Industria, Navegacion, Comercio, Artes y Ciencias. Supuesto que nadie podía con prudente fundamento prometerse que se reparasen todos los inveterados males que padecía la Nacion, trocándose repentinamente sus grandes calamidades en completas dichas; es constante que Felipe hizo por el bien de ella muchísimo mas de lo que parecía posible segun las circunstancias, y que á su religiosa piedad, recto proceder, talento, beneficencia y valeroso espíritu se debe el restablecimiento de la Monarquía. Esta reconoce quanto ha influido el heroico exemplo de aquel Soberano en el zeloso esmero con que sus Hijos y Succesores han mirado por el honor, auge y conveniencia de los Vasallos Españoles; y cuenta por una de sus mas memorables épocas la exâltacion del primer Borbon Rei de España. Uni-

camente la qùeda el sentimiento de que un Príncipe á quien concedió el Cielo todas las virtudes para reinar prósperamente no hubiese heredado la Corona en el mismo estado que la heredó Felipe Segundo. Pero aunque ésta hubiera sido la mayor fortuna de España, acaso hubiera resplandecido entónces ménos el gran mérito de Felipe Quinto, faltándole aquellas tristes, pero gloriosas ocasiones que tuvo de manifestarse digno del renombre de *Animoso* con que justamente fué aclamado. Y á la verdad las fatigas que le costó la recuperacion del trono que le usurpaban sus émulos y la constancia con que resistió la adversidad le han conciliado para siempre el afecto y admiracion de sus fieles Súbditos aun mas que las afortunadas empresas militares con que al fin salió victorioso.

Todas las que ocurrieron durante la guerra de succesion son de las mas notables que se leen en la Historia de España, y dignas de referirse con la posible especificacion ya por sus importantes conseqüencias respecto á la Europa entera, y particularmente respecto á los que hoi vivimos baxo la legíti-

ma dominacion de los Borbones ; ya por haber empleado en aquellas campañas su esfuerzo y destreza grandes Generales así de parte de los enemigos como de la nuestra, y ya porque las hizo Felipe Quinto mas señaladas poniéndose con freqüencia á la frente de sus exércitos, sin desalentarle los riesgos é incomodidades de la milicia, resolucion que, despues de Cárlos Quinto, rara vez se vió en sus Predecesores.

Reconociéronle por Soberano el Papa Clemente Undécimo, el Rei Guillermo Tercero de Inglaterra, Pedro Segundo de Portugal, Federico Quarto de Dinamarca, Cárlos Duodécimo de Suecia, la República de Holanda, el Elector de Baviera, y otros Potentados ; pero nó el Emperador, el qual despues de no haber contestado á la Carta en que Felipe Quinto le participó su exâltacion al trono, determinó cometer á las armas la decision de los derechos que pretendía tener á la Monarquía Española. Empezó las hostilidades en la Lombardía, mandando su exército el Príncipe Eugenio de Saboya, General de acreditada pericia y valor, que disgustado con la Corte de Fran-

cia en donde se había criado, se pasó al servicio de los Imperiales. Contra este exército envió Luis Décimoquarto el suyo á Italia, como tropas auxîliares de las de España, á las órdenes de los Mariscales de Tessé y de Catinat, y del Príncipe de Vaudemont, Gobernador de Milan. Ayudaba con ocho mil hombres el Duque de Saboya, que seguía entónces el partido de la Casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien por que su Hija Doña María Luisa Gabriela, Princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, acababa de contraher matrimonio con el Rei Don Felipe. Ademas del Duque de Saboya, se había confederado con España y Francia el Rei de Portugal; pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas; ántes bien llevados uno y otro Soberano de su propio interes cierto ú aparente, convirtieron después las armas contra el Rei Católico, coligándose con el Emperador, la Inglaterra y la Holanda, que mediante un Tratado concluido en la Haya y llamado de la *Grande Alianza* habían reunido sus fuerzas para la empresa de destronar á Feli-

pe Quinto. Al Rei de Portugal atraxeron los Aliados con la promesa de hacerle Dueño de lo que en Galicia, en Extremadura y en las Indias se conquistase á la Corona de Castilla.

Pasó el Rei Católico á Aragon y á Cataluña; celebró Cortes en Barcelona, en donde le prestaron juramento de fidelidad; y recibió en Figuéras á la Reina su Esposa, que venía de Turin, revalidando allí los Desposorios yá contrahidos por poderes. Determinó pasar á Nápoles para apaciguar los disturbios que se supo movían en aquella Capital los Parciales de la Casa de Austria, y para visitar al mismo tiempo los demas Estados que poseía en Italia, amenazados de una próxîma invasion. Por esta causa no pudo Felipe celebrar Cortes en Zaragoza como lo había resuelto; pero las celebró la Reina, á cuyo cargo quedó el gobierno durante la ausencia del Rei, dirigiéndola con sus consejos el Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, adicto por entónces á Felipe Quinto, y mui versado en los negocios desde el Reinado de Cárlos Segundo.

La muerte de Guillermo, Rei de Inglaterra, no alteró las disposiciones del partido enemigo, porque Ana Estuard, que succedió en el Trono Ingles, continuó eficazmente la confederacion, favoreciendo las pretensiones del Archiduque Cárlos de Austria. Presentóse á vista de Cádiz una esquadra Inglesa; y los Habitantes, sin embargo del corto número de tropas y escasez de municiones, se prepararon á la defensa con tanta lealtad como prontitud. Intentaron los Ingleses ganar á los Gaditanos con lisonjeras insinuaciones; pero viendo que se mantenían fieles á su Rei Felipe Quinto, acudieron á valerse de la fuerza; y desembarcados en el Puerto de Rota, se apoderaron de él por la poca resistencia que hizo su Gobernador, y saquearon la Ciudad del Puerto de Santa María. Sus esfuerzos para rendir á Cádiz fueron tan inútiles, que hubieron de retirarse desairados, y con el desengaño de que no había en las Costas de Andalucía el gran número de parciales Austriacos que ligeramente se habían figurado. Recobrando los Españoles á Rota, ahorcaron á su Gobernador, más como á traidor

que como á cobarde. La armada enemiga se encaminó al Puerto de Vigo en Galicia adonde acababa de llegar una rica flota de las Indias Occidentales; y la acometió dentro del mismo Puerto á pesar del vigor con que la defendían los Navíos Españoles y Franceses que la habían comboyado, y cuyo número era mui inferior al de la esquadra Inglesa. Al fin los mismos Españoles, viendo que era inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderías, y para que los enemigos no se aprovechasen de las que quedaban y de los caudales de la flota, la prendieron fuego. Pudieron, no obstante, los Ingleses libertar gran parte del dinero; y apoderándose de él, se retiraron victoriosos, y apresaron siete vaxeles de guerra y ótros de menor porte, despues de haber causado en el Puerto considerable estrago.

Entretanto el Rei, dexando pacificado el Reino de Nápoles, en donde le habían recibido con extraordinario júbilo, pasó á Milan, y luego á Santa Victoria en cuyas inmediaciones se hallaba acampado su exército. Yá el Príncipe Eugenio había con-

seguido ventajas en Carpi y en Chiari contra las Tropas Españolas, Francesas, é Italianas, y sorprehendido á Cremona, haciendo prisionero al Mariscal de Villeroi, pero sin lograr la conquista de la plaza por el esfuerzo con que le rechazó la guarnicion. Había tambien bloqueado á Mantua, y sin duda la hubiera tomado si el Duque de Vandoma no la hubiera socorrido tan activamente. Presentóse Felipe Quinto á la frente de su exército, acompañándole Vandoma como General, y cerca de Santa Victoria derrotó y puso en fuga á los enemigos. A esta felicidad se siguió la de ganar la batalla de Lúzara en que el mismo Rei mostró bien su marcial espíritu. Peleóse con rara valentía por ambas partes, y ámbas cantaron la victoria; pero lo cierto es que Felipe con haber tomado el Castillo de Lúzara quedó Dueño del Campo. Guastala y Borgoforte se rindieron poco después; y el Rei, conociendo que su presencia era yá necesaria en España para defensa del trono que le disputaban, se restituyó á Madrid quando empezaba el año de mil setecientos y tres.

LECCION XXVI.

Continuacion del Reinado de Felipe Quinto.

Seguía la guerra en Italia con variedad de sucesos y ninguno decisivo, por que ni Luis Décimoquarto, ni sus enemigos podían emplear allí todas sus fuerzas á causa de necesitarlas para otras guerras que habían emprendido á orillas del Rin y del Danubio, y al mismo tiempo en los Paises-Baxos. Yá se hallaban ambos exércitos de Italia retirados á quarteles de hibierno, quando el Archiduque que, con nombre de Cárlos Tercero, había sido reconocido en Viena por Rei de las Españas y de las Indias, y que había resuelto venir á coronarse en Madrid, navegaba con una armada de Ingleses y Holandeses. Pasó por Holanda y por Inglaterra, y despues de largos contratiempos llegó á Lisbóa en Marzo de mil setecientos y quatro, persuadiéndose que apénas supiesen los Castellanos que estaba cerca de sus tierras, le admitirían voluntariamente por

mero afecto á la Dominacion Austriacá. Pero el éxîto no correspondió á estos designios; por que siendo Felipe Quinto un Monarca tan amante como amado de sus Vasallos, la mayor y mas sana parte de ellos abrazó con ardor su causa, sin dexarse preocupar de los varios manifiestos que esparcía el Archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos, y alentar á los que lo eran. Dieron en Lisbóa al Archiduque tratamiento de Rei, y como á tal le besó la mano el Almirante de Castilla Don Juan Tomas Enriquez de Cabrera, que adhiriendo al partido Austriaco se había pasado inesperadamente á Portugal, despues de haber salido de Madrid con el destino de Embaxador á la Corte de Francia.

Declarada yá la guerra á los Portugueses llegaron á España tropas Francesas mandadas por el Mariscal Duque de Berwick, Hijo natural del Rei Jacobo de Inglaterra, y marchó el Rei con ellas y las Españolas. Empezó la campaña peleando únas y ótras como irritadas contra el Monarca Portugues en vista de su mala correspondencia y facilidad en declararse por el Archiduque

despues de haber reconocido á Felipe Quinto y hecho alianza con él. Animaba á los Soldados con su exemplo el mismo Rei Católico que se exponía á todas las contingencias y fatigas de la guerra, sin desdeñarse de comer en pié, sirviéndole de mesa un tambor. Aunque se defendían los Portugueses con el poderoso auxîlio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Idaña, Castelblanco, Monsanto, Portalegre, y otros Pueblos, de los quales sólo recuperaron entónces á Monsanto. Hubo tambien algunos encuentros gloriosos para Felipe; y hasta que los excesivos calores impidieron la continuacion de la campaña, que había durado tres meses, no se restituyó Su Magestad á Madrid. Después el Rei de Portugal acompañado del Archiduque se acercó con su exército á Castilla; pero no hizo progresos importantes por no haber osado trabar combate con Berwick, como hubiera podido hacerlo segun la superioridad de fuerzas.

Intentaron los Ingleses y Holandeses sublevar la Cataluña, y á este fin se dexaron ver con una esquadra en Barcelona. Al prin-

cipio hicieron proposiciones amistosas; pero no surtiendo efecto por la entereza con que las desechó el Virréi Don Francisco de Velasco, bombardearon la Ciudad. Descubrióse en tiempo y se logró desvanecer la secreta conjuracion de algunos mal-contentos parciales del Archiduque; y los enemigos partieron de Barcelona poco satisfechos. Mas fortuna tuvieron en Gibraltar; pues hallando aquella Plaza no ménos escasa de guarnicion que de municiones, se apoderaron fácilmente de ella: y el exército de tierra con que los Españoles procuraron luego recobrarla, no recogió el fruto de sus conatos por haberla socorrido oportunamente otra armada Inglesa, rindiendo á los pocos Navíos Franceses que se opusieron á ello.

Los enemigos aliados, despues que tomaron á Gibraltar, conociendo que para dominar enteramente el Estrecho les convenía hacerse dueños de Ceuta, sitiada muchos años había por los Moros, hicieron la tentativa de presentarse en esta plaza, y proponer á su Gobernador que si reconocía por Soberano al Archiduque, la libertarían del cerco puesto por los Moros. Mantuviéronse

fieles el Gobernador y los demas sitiados; y su heroica resistencia bastó para que desistiesen de la empresa los enemigos. La esquadra de éstos y la Francesa, reforzada con algunas Naves Españolas, tuvieron cerca de Málaga un terrible combate en que cumpliendo ambas su deber, quedó indecisa la victoria, bien que fué verdadero triunfo de los Franceses haber obligado á los Ingleses á salir del Mediterraneo.

A esto se reduce lo que en España y sus Costas acaeció durante el año de mil setecientos y quatro. En Italia logró el exército Aleman incorporarse con el del Duque de Saboya, aunque los Franceses, oponiéndose á esta perjudicial reunion, desbarataron algunos cuerpos de tropas Imperiales. El Duque de Vandoma, derrotando después á los enemigos en Estradella y Castelnovo, y tomando por fuerza á Susa, Verceli y otras Plazas del Piamonte los precisó á retirarse acia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los Imperiales la fortuna con la importante batalla de Hochstet ó Bleinheim que ganaron á los Bávaros y Franceses.

La Campaña del año de mil setecientos y cinco fué para los Portugueses mas ventajosa que la anterior, porque minoradas con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar las tropas que debían defender nuestras fronteras, y conservar lo conquistado en las de Portugal, ni el Marques de Baí, General Flamenco que mandaba el exército Español, ni el Mariscal de Tessé que acaudillaba á los Franceses, pudieron resistir al Marques de las Minas, y á los Generales Galovái y Fagel que capitaneaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Así fué que los Enemigos recobraron á Salvatierra, rindieron á Valencia de Alcántara y á Alburquerque, sitiaron á Badajoz, y se hubieran apoderado de esta Plaza y de la de Alcántara, si no hubiese empleado el Mariscal de Tessé la mayor diligencia en socorrerlas.

El Archiduque, miéntras para disponer los ánimos á su favor enviaba Emisarios por casi todas las Provincias de España, se embarcó en Lisbóa, y con un armamento de los Aliados se presentó en Alicante y luego en Denia. De esta Ciudad

se apoderó, valiéndose ya de amenazas, ya de artificiosos agasajos, y ya de secretas inteligencias que tenía no sólo en ella sinó en otros Pueblos del Reino de Valencia con los Partidarios de la Casa de Austria, muchos de los quales empezaron á aclamarle por Soberano. Los que se empeñaban en sostener fiel y noblemente el juramento prestado á Felipe Quinto, ayudados de tropas que envió el Rei, sosegaron por entónces en parte á los sediciosos; pero Denia permanecía en poder de éstos, y un tal Basset, Valenciano, que por huir de la persecucion de la Justicia se había pasado á servir al Emperador, y siguiendo después al Archiduque, gobernaba en su nombre aquella Ciudad, se hizo Dueño de Gandía y Alcira. Pasó á la misma Capital Valencia, y se la entregaron los Confidentes que dentro de ella tenía, siguiéndose una general conmocion del Reino, y la division de todo él en dos bandos por Austria y por Borbon.

Hizo entretanto el Archiduque un desembarco en Barcelona, en donde halló múchos que le recibiesen como á legítimo Rei.

Sublevados los Habitantes de Vique y de sus cercanías, partieron á reforzar en Barcelona el partido Austriaco; y cundiendo la rebelion por muchos Pueblos del Principado, se entregaron al Enemigo la Villa de Figuéras y las Ciudades de Gerona, Lérida y Tortosa. Unas despreciables partidas de Foragidos, sin disciplina militar, eran las que, cometiendo iniquos destrozos y profanaciones, ocupaban estas importantes Plazas que tantas veces se habían defendido de numerosos y bien ordenados exércitos; pero tánto podía el desafecto de sus Moradores á Felipe Quinto. Como los rebeldes no se fiaban en su propio valor y destreza en la guerra, sinó meramente en la fácil disposicion que hallaban en los Pueblos á seguir la bandera Austriaca, no se atrevieron á emprender la conquista de la Plaza de Rosas, cuyo Gobernador conservó su fidelidad al Rei Católico.

Resolvió por último el Archiduque la expugnacion formal de Barcelona; y despues de tomar el Castillo de Monjuí por la casualidad de haber caido una bomba en un almacen de pólvora, se le rindió la Ciu-

dad, obligada á capitular no obstante la vigorosa defensa que habían hecho los Leales. Igual suerte tuvo después Tarragona; y casi todas las Plazas de Cataluña estaban presidiadas de guarniciones Inglesas. Quedó, pues, por el Archiduque la mayor parte de aquel Principado, siendo digno de reparo que los propios Catalanes que en repetidas ocasiones habían implorado el auxîlio de la Casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra la de Austria reinante, se uniesen ahora con la misma de Austria contra la de Borbon tambien reinante.

Extendióse á Aragon la rebeldía de Cataluña, prestando obediencia á los Austriacos la Villa de Alcañiz y ótras. Aquélla fué recuperada por un mediano exército que envió Felipe Quinto á las órdenes del Príncipe Sterclaes de Tillí, y los sediciosos padecieron algunas derrotas; pero tomaron la Villa de Benavarre en el Condado de Ribagorza, y luego la de Monzon, aumentándose cada dia el número de facinerosos, y todas las calamidades que son consiguientes á una guerra civil. Las armas del Rei sujetaron algunos Lugares de Aragon, y con-

tuvieron á los Catalanes para que no se internasen mas en este Reino.

En Mayo de mil setecientos y cinco había fallecido el Emperador Leopoldo; y Joseph Primero su Hijo, que le succedió en el Trono, continuó favoreciendo con igual teson al Archiduque Cárlos su Hermano, sin abandonar la guerra de Italia, en donde el Duque de Vandoma conquistó á Verrúa, Villafranca, Niza, y otras Plazas fuertes, y dió cerca de Casano una memorable batalla al Príncipe Eugenio, quedando vencedor por mas que los enemigos pretendieron negarle esta gloria; pero no fué tan dichoso en Turin, porque el Príncipe le forzó á levantar el sitio con que tenía estrechada aquella Corte.

LECCION XXVII.

Continuacion del Reinado de Felipe Quinto.

Fué el año de mil setecientos y seis bastante desgraciado para el Rei Don Felipe; pero nunca manifestó mas su magnánima fortaleza. Marcha á Cataluña con un exército, llevando consigo al Mariscal de Tessé: pone sitio á Barcelona : redúcela á suma consternacion, y yá parecia que no podía dexar de ser preso en ella el Archiduque, y terminarse felizmente la guerra. Bloqueada la Plaza por una Armada Francesa, y ganado el Castillo de Monjuí, se esperaba por instantes la rendicion de la Ciudad, quando se avistó una poderosa esquadra Inglesa, y hubo de retirarse la Francesa á Tolon por hallarse mui inferior en número de buques. Tan afortunada fué para los Enemigos esta operacion, que el exército Real se vió en precision de alzar el cerco, y Felipe Quinto determinó volver á Madrid.

Animado el Archiduque con este suce-

so, salió de Barcelona; y entrando en Aragon, le rindieron vasallage todos los Pueblos por donde transitó hasta llegar á Daroca.

Continuaba la rebelion en el Reino de Valencia despues de haberse apoderado de Xátiva los Sublevados; y en algunas poblaciones como Quarte y Villareal fué tal la pertinacia con que los mal-contentos se resistieron á los Capitanes del Rei, que éstos las entregaron á las llamas quando de otro modo era imposible vencer la despechada obstinacion de los contrarios. No eran menores los disturbios de Aragon; y le alcanzaba casi igual parte en los estragos de la guerra. Perdióse Cartagena en el Reino de Murcia, y llegó el caso de no conservar Felipe Quinto en Cataluña otra Plaza que la de Rosas, ni en Aragon ótra que la de Jaca, ni en Valencia mas que Alicante y Peñíscola.

Ademas de esto, los Portugueses auxîliados de las tropas de Inglaterra y Holanda, se iban internando en ambas Castillas, Dueños yá de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, aunque no conservaron esta última Ciudad por la oposicion y des-

contento que hallaron en sus Habitadores.

Viendo el Rei el peligro que le amenazaba en Madrid, acia donde se encaminaban los Aliados desde Portugal por una parte, y desde Cataluña por ótra; y conociendo quan difícil era evitar la reunion de ambos exércitos enemigos, deliberó trasladar la Corte á Búrgos. Pasó allá la Reina con todos los Tribunales, y el Rei á Sopetran, en donde estaba acampado el grueso de sus tropas baxo el mando de Berwick.

No tardaron los Coligados en llegar á la Villa de Madrid, que se les entregó sin arbitrio para resistirse como lo deseaba; y lo mismo hizo Toledo. En tan estrecha situacion propusieron á Felipe, que abandonando los Reinos de España se volviese á Francia para ponerse en salvo; pero el Rei con heroica firmeza se negó á ello, protestando que hasta perder la vida defendería su Corona, y no desampararía á Vasallos que tanta lealtad le habían acreditado. Esta constancia del Soberano aumentó la de sus Guerreros, que aunque pocos, ofrecieron verter por él hasta la última gota de sangre. Anduvo después mui valida la especie de que

pensaba el Monarca, ó á lo ménos le habían aconsejado sus Ministros, pasar á México, y establecer allí la Silla del Imperio Español; pero estas ideas se quedaron en meros discursos.

El exército de los Portugueses despues de haber enviado un destacamento á Cuenca, y logrado que se rindiese por capitulacion aquella Ciudad al cabo de tres dias de valerosa defensa, dexó la Villa de Madrid con alguna tropa al cuidado del Conde de las Amayuélas, y partió á incorporarse en Guadalaxara con el Archiduque. No tardó en llegar á Madrid un cuerpo de caballería encargado por el Rei Don Felipe de reconquistar esta Villa, como en efecto lo consiguió, haciendo prisionero de guerra al Conde de las Amayuélas, suceso que celebraron los Madrileños con las mayores demostraciones de júbilo.

No supieron los Aliados aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos exércitos reunidos; y miéntras que suspendían toda operacion militar por la discordia que reinaba en los dictámenes de sus Ge-

nerales, iba Felipe Quinto rehaciendo sus esquadrones, y sin aventurar batalla molestaba al enemigo con freqüentes escaramuzas y correrías hasta cansarle y disminuir notablemente su retaguardia. El archiduque, así por esta razon, como porque sabía quan mal recibidos habían sido en Madrid los Imperiales, no quiso entónces exponerse al desaire de que en aquella Capital le admitiesen únicamente por fuerza; y reservando para mas favorable ocasion su entrada en la Corte, se encaminó á Valencia, y de allí á Barcelona, cuyos Habitantes instaban por su vuelta. Vino en este tiempo á Madrid el Rei Don Felipe, y le recibieron con general regocijo, volviendo tambien la Reina desde Búrgos.

Los Enemigos habían puesto á Alicante en necesidad de rendirse no obstante la briosa defensa de sus Moradores, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del Conde de Santa Cruz que se pasó al partido de los Aliados entregándoles las Galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los Moros. Hicieron sus tentati-

vas contra Murcia; pero esta Ciudad se mantuvo fiel y los precisó á desistir del propósito de ganarla. Salamanca se resistió igualmente á la segunda invasion de los Coligados. Recobróse Alcántara, y luego Cuenca, como tambien Orihuela, que en la general revolucion había caido en poder de los Contrarios, y con igual fortuna se recuperaron Cartagena y Elche. Navarra defendía con loable esfuerzo sus fronteras; y no ménos firmes y leales se conservaron las Islas de Canaria, pues teniendo la de Tenerife á la vista una equadra enemiga que la intimaba se rindiese, hizo resistencia hasta obligar á los Contrarios á retirarse. No sucedió lo mismo en la Isla de Mallorca, por que, si bien se negó su Virréi á entregarla á los Ingleses que la amenazaban con una armada, la misma guarnicion, y vecinos de la Ciudad de Palma se sublevaron, facilitando la entrada de la Plaza al Archiduque, y siguiéndose la entrega de toda la Isla y de las de Menorca, Ibiza y Formentera.

Las desgracias de este año de mil setecientos y seis alcanzaban tambien á Italia

y á los Paises-baxos. En ellos ganó el Enemigo la batalla de Ramilies, y se hizo Dueño de Brusélas, Lovaina, Brújas, Gante, Ostende, y otras Plazas que habían pertenecido á los Españoles. En Italia derrotó Vandoma á los Alemanes cerca de Calcinato; pero habiendo puesto el Duque de Orleans segundo sitio á Turin, desbarató el Príncipe Eugenio á los Franceses, los hizo retroceder con gran pérdida, y consecutivamente se apoderó de Milan, Novara, Paria, Casal, y otros importantes puestos, quedando declarada en aquellos Paises la superioridad del partido Imperial, sin que pudiesen España y Francia resarcir tantos contratiempos con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon.

Mudaron de aspecto las cosas en la primavera del año de mil setecientos y siete, quando nuestro exército mandado por el Duque de Berwick ganó la mas insigne y completa batalla en los campos de Almansa, Villa del Reino de Murcia en el confin de Valencia. Ademas de perder los enemigos, segun relaciones de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muer-

tos, heridos y prisioneros, dexaron en poder de los Españoles la artillería y bagages. Con este feliz acaecimiento, en cuya memoria mandó el Rei levantar una columna en el mismo campo de la batalla, se alentaron los Españoles y Franceses, y en el discurso de este año y el siguiente hicieron tan rápidos progresos, que los Reinos de Aragon y Valencia con sus Capitales volvieron á la obediencia de Felipe Quinto, y aun tambien algunas Ciudades y territorios de Cataluña, como Lérida, Tortosa, Puigcerdá y toda la Cerdania. Xátiva en el Reino de Valencia, se resistió con imponderable tenacidad, y no dando oidos á proposicion alguna sobre entregarse, llegó á experimentar todo el rigor de la guerra. Los sitiadores concibieron tal enojo contra los sitiados, que al entrar en la Ciudad la saquearon, pasaron á cuchillo gran parte de sus Habitantes, sin que el general de nuestras tropas pudiese estobarlo, y el Pueblo quedó asolado casi enteramente. Después se reedificó, y se le mudó el nombre de Xátiva en el de Ciudad de San Felipe.

Al fin de esta campaña aseguran que sólo

llegaba á cinco ú seis mil hombres el exército de los Aliados. Perdieron los Portugueses á Moura, Serpa, y Ciudad-Rodrigo; y á estas prosperidades se agregó la de haber dado la Reina á luz con indecible gozo de los Vasallos leales un Príncipe que después reinó con el nombre de Luis Primero.

No eran tan favorables los avisos que se recibían de Italia, por que continuando las ventajas de los Imperiales, se habían éstos apoderado de Módena y Susa, y lo que es mas, del Reino de Nápoles, cuya Capital se declaró por ellos; y con la entrega de Gaeta quedó á su disposicion todo el Reino.

En el año de ocho ocuparon los Ingleses á Cerdeña, nombrando por Virréi de ella al Conde de Cifuentes, que seguía la faccion Austriaca. Volvieron á conquistar á Menorca, que en el año anterior había sido recobrada por los Españoles; y Oran pasó á poder de los Moros despues de un largo sitio.

LECCION XXVIII.

Continuacion del Reinado de Felipe Quinto hasta la Paz de Utrecht.

Empezaron los Aliados á reforzar su exército en mil setecientos y nueve; y las condiciones de paz que proponían eran tan duras é ignominiosas, que aunque Francia sentía yá demasiado el peso de tan prolixas guerras contra los principales Potentados de Europa, prefirió continuarlas. Entónces se mostró Felipe Quinto mas resuelto que nunca á no desamparar su trono, sin embargo de que miéntras los Enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, los socorros de la Francia iban disminuyéndose. Hallábase aquel Reino mui exhausto de tropas y caudales por atender á la guerra de Flándes, á la de Alemania y ótras; y perdiéndose después en los Paises-baxos la infausta batalla de Malplaquet, quedó mas imposibilitado de auxiliar á España.

Por este tiempo el Papa Clemente Undécimo, que siempre había estado á favor

de Felipe Quinto, se vió en precision de reconocer por Rei de España al Archiduque y de dar paso por el Estado Pontificio á las tropas Imperiales que se encaminaban á Nápoles; con cuyo motivo mandó el Rei Católico salir de España al Nuncio de su Santidad, y cerrar el Tribunal de la Nunciatura.

Continuaban las hostilidades en la frontera de Portugal; y dándose un combate no léjos de Badajoz en el campo de Gudiña, quedaron vencidos los Portugueses é Ingleses con pérdida de tres mil hombres entre muertos y prisioneros.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de conseqüencia, á excepcion de haberse rendido Balaguer al Conde Staremberg, General Aleman. Algunas refriegas particulares que hubo, fueron por lo comun mas favorables á los nuestros que á los enemigos; pero mayores hubieran sido los progresos de las armas Españolas y Francesas, si no hubieran sobrevenido entre las tropas de una y otra Nacion fatales desavencias, que no cesaron hasta que, partiendo en posta el mismo Rei Don Felipe

á visitar su campo en Cataluña, restableció en lo posible la buena harmonía.

Pasó el Rei á Zaragoza en el año de mil setecientos y diez, y poniéndose á la frente de su exército, marchó á Cataluña, y procuró empeñar á los Aliados en una batalla campal. Como ellos la rehusasen, se contentó con molestarlos haciendo algunas correrías, y con tomar la Ciudad de Cervera, y varios Castillos y Pueblos menores; pero en Almenara el enemigo con un nuevo refuerzo que acababa de recibir embistió á las tropas del Rei, que no se hallaban entónces reunidas, y aunque al principio se vió el Archiduque obligado á refugiarse en Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos, y Felipe Quinto se retiró á Lérida. Volvieron los Coligados á introducirse en Aragon: hubo otro choque en que su pérdida fué mayor que la nuestra; y al fin se vino á trabar en las inmediaciones de Zaragoza una batalla formal harto desgraciada para Felipe, pues el valor con que pelearon sus tropas no bastó á impedir que venciese el número superior de las contrarias. Siguióse la pérdida de Zara-

goza y el internarse en Castilla los Aliados, dirigiéndose triunfantes á Madrid. Trasladó el Rei su Corte y Tribunales á Valladolid y después á Victoria, y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y lealtad de sus Vasallos, no hubo demostracion de zelo que el Monarca no les debiese. Hicieron las Provincias fieles esfuerzos increibles para afianzarle el trono, poniendo en pié nuevo exército que el Duque de Vandoma vino á mandar al lado de Felipe Quinto.

Logran entónces los Castellanos sorprehender á Balaguer con una estratagema y destruyen sus fortificaciones. Entretanto los Aliados entran con el Archiduque en Madrid despues de haber devastado las tierras de Castilla la Nueva. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos freqüentemente esparcidos podían sujetar los ánimos á la dominacion Austriaca. Afligidos con la opresion los Vecinos de la Corte, cerraban sus puertas: negábanse las Aldéas circunvecinas á conducir á ella los necesarios mantenimientos, si la violencia no las precisaba á executarlo; y la entrada del nuevo Sobera-

no en Madrid sólo fué aplaudida de algunos Niños y gente plebeya, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente.

El Archiduque, mal satisfecho del modo con que le habían recibido, salió de Madrid, y algun tiempo después hizo lo mismo su exército, que con la ociosidad y vicios que de ella nacen se iba corrompiendo y debilitando. Restituyóse el Archiduque á Barcelona., temiendo perderla con su ausencia. Staremberg, dexando á Toledo, en donde había tomado quarteles de hibierno, se encaminó acia Aragon; y Felipe Quinto entró en Madrid con festivos aplausos, partiendo inmediatamente á su exército. El de los enemigos, deseoso de llegar á Cataluña por la noticia que tenía de que el Conde de Noálles venía contra ella acaudillando un cuerpo de tropas Francesas, marchaba dividido en dos trozos: úno de Imperiales á las órdenes de Staremberg que caminaba adelantado, y ótro de Ingleses al mando del General Stanhop con algunos Portugueses, que se había quedado atras y hacía noche en Brihuega. Nuestro exército, forzando las marchas, no sólo alcanzó allí á Stanhop,

sinó que hizo avanzar un destacamento que le cortó la comunicacion con el General Austriaco. Dióse un vigoroso ataque á la Villa, en donde habían procurado los enemigos fortificarse; y despues de una porfiada resistencia hubieron de entregarse á discrecion en número de cinco mil hombres con mucha Oficialidad. Parte Felipe Quinto al encuentro de Staremberg, que yá retrocedía con sus tropas en socorro de Stanhop; preséntale batalla en las cercanías de Villaviciosa, y obtiene venturoso triunfo, dexando reducido á solos ocho mil hombres el campo de los Coligados, cuyas fuerzas eran superiores, tomándoles la artillería, y persiguiéndolos hasta expelerlos de Castilla y de Aragon. Estas dos acciones en que el Rei, sin desnudarse en tres noches consecutivas de riguroso hibierno, acreditó su bélico ardimiento animando el de los Soldados Españoles, fueron las que principalmente le aseguraron la Corona, y dieron á sus armas tanto mayor gloria quanto mas señalado fué el valor con que combatieron los adversarios. Dirigióse Felipe Quinto á Zaragoza, y entró victorioso en la misma

Ciudad que poco ántes le había visto vencido. Arregló el método de los Tribunales de Aragon, como yá lo dexaba hecho con los de Valencia, conformándolos á las Leyes de Castilla, y aboliendo muchos privilegios que los Naturales de ambos Reinos habían gozado en los siglos precedentes.

En el fin de este año y principios del inmediato de mil setecientos y once creció la fortuna del Rei Católico con la conquista de Gerona, Solsona, Arens, Cardona y otros Pueblos de Cataluña, y con haber precisado á los Portugueses á desistir del intento de acometer nuestras fronteras, y ceñirse á defender meramente las suyas.

Tuvo entónces el Rei Don Felipe el gran sentimiento de la muerte del Delfin su Padre, y poco después la favorable noticia de que habiendo fallecido sin Hijos el Emperador Joseph Primero, Hermano del Archiduque, partía éste á Viena: grave novedad con que mudaban de semblante los negocios.

No tardó el Archiduque en ser electo Emperador, denominándose Cárlos Sexto; y yá los Ingleses y Holandeses sus Confe-

derados tenían interes en que este Príncipe no llegase á coronarse Rei de España, porque se persuadían que sería tan formidable como Cárlos Quinto, si con los Estados de la Casa de Austria y con la potestad Imperial reunía el Dominio Español. Así desmayaron en la empresa, y sólo se proponían yá renovar el antiguo pensamiento de dividir entre sí á España, ó desmembrar á lo ménos algunas de sus posesiones. Esta disposicion de los Aliados, la derrota que padeció el Príncipe Eugenio en Landrecí y Denain, y la felicidad de Felipe Quinto en hallarse yá Dueño de Aragon, Valencia, y gran parte de Cataluña, aceleraron el ajuste de la Paz, que se concluyó en Utrecht año de mil setecientos y trece. Las principales condiciones de ella fueron que el Duque de Anjou sería reconocido por legítimo Soberano de España y de las Indias, renunciando por sí y sus Descendientes á la succesion de la Corona de Francia, y los Duques de Berrí y Orleans á la de España: que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarían al Emperador: que al Duque de Saboya se cedería el Rei-

no de Sicilia (el qual trocó después el Duque con el Emperador por el Reino de Cerdeña) : que casi todas las Ciudades de Flándes que habían pertenecido á España quedarían en custodia de los Holandeses , pero teniendo la Casa de Austria el supremo dominio de ellas ; y que la Inglaterra conservaría á Gibraltar y Puerto Mahon con la Isla de Menorca que había conquistado. Este fué todo el fruto que de tan dilatada guerra sacaron los Ingleses ; y las grandes ventajas que se prometía Portugal , se reduxeron á recobrar las Plazas que había perdido en sus Fronteras , y adquirir en propiedad la Colonia del Sacramento , bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondría.

El Emperador que no desistía de sus pretensiones á España, no accedió al Tratado de Utrecht ; pero sin embargo las tropas Alemanas desampararon á Barcelona , y casi todos los Pueblos de Cataluña se vieron precisados á someterse á Felipe Quinto. Barcelona fué la que mas tardó en rendirse aunque reducida á sus propias fuerzas. Los Caste-

llanos y Franceses la sitiaron por tierra, la bloquearon por mar, la bombardearon, y mandándolos el Mariscal de Berwick, la dieron muchos y reñidos asaltos, hasta que de resultas de uno general se rindieron á discrecion los Barceloneses en mil setecientos y catorce, con gran fortuna suya en que nuestro exército léjos de abusar de la victoria los tratase humanamente segun lo había mandado el Rei dexándoles las vidas y los bienes. Perdieron no obstante los Catalanes la mayor parte de sus antiguos privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los Aragoneses y Valencianos. En el año inmediato se aprestó una expedicion contra Mallorca, y así esta Isla como las de Ibiza, Formentera y Cabrera cedieron á las armas Españolas.

LECCION XXIX.

Continuacion del Reinado de Felipe Quinto, y última parte de él despues de la muerte de Luis Primero.

Restablecido yá Felipe en la posesion de sus Dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando quanto era posible los daños que las turbulencias y excesivos gastos de la guerra habían ocasionado. Hallábase en la edad de treinta y un años y viudo de la Reina Doña María Luisa de Saboya, que en mil setecientos y catorce había fallecido dexando dos Hijos: úno era el Príncipe de Asturias Don Luis, y ótro el Infante Don Fernando, que reinando después, fué el Sexto de este nombre. Contraxo, pues, el Rei en aquel mismo año segundas nupcias con Doña Isabel Farnesio, Princesa Heredera de Parma, que por su elevado espíritu y talento, cultivado con el estudio, mereció distinguido lugar entre las famosas Reinas de España. El primer Infante que esta Soberana dió á luz fué Don

Cárlos, á quien el Cielo tenía destinada la Corona que hoi descansa en sus sienes.

Murió en mil setecientos y quince el Rei Luis Décimoquarto; y como su Sobrino el Duque de Orleans, que gobernaba á Francia durante la menor edad de Luis Décimoquinto, seguía política bien diferente de la de Luis el Grande, se originaron entre las Cortes de Madrid y Versálles inesperadas desavenencias. Dieron motivo á ellas por una parte el Regente de Francia que había hecho sin consideracion alguna á Felipe Quinto, una Liga llamada la *Triple Alianza*, con Inglaterra y el Emperador; y por otra parte el Cardenal Julio Alberoni, Ministro de Felipe Quinto, que seguía en Francia una secreta y artificiosa negociacion para despojar de la Regencia al Duque de Orleans. Llegó el caso de que la misma Francia emprendiese hostilidades contra el Monarca Español; mas por fortuna duraron mui poco, y se restableció la buena harmonía, aceptando Felipe Quinto el Tratado de la *Triple Alianza*, que despues se llamó *Quadruple* por haber entrado en ella la Holanda, y alejando de su lado al Cardenal

Alberoni, cuya caida no fué ménos estraña que lo había sido su fortuna.

Durante el gobierno de este Cardenal empezó el Rei Católico á poner en execucion la idéa de recobrar los Estados pedidos en Italia. Conquistó en mil setecientos diez y siete la Isla de Cerdeña cedida al Emperador por el bien de la paz, y alegaba el Gabinete Español para justificar esta conquista, las quexas que tenía de Cárlos Sexto por lo que favorecía las pretensiones de Catalanes y Mallorquines, sin que las tropas Imperiales evacuasen enteramente á Cataluña, segun estaba acordado en el Tratado de Utrecht. Tambien invadió nuestra esquadra la Isla de Sicilia; pero una armada Inglesa impidió el logro de aquella expedicion.

Serenadas yá con la Paz todas las discordias, se publicó en mil setecientos veinte y uno el casamiento del Príncipe de Asturias Don Luis con Doña Isabel de Orleans, Hija del Duque Regente; y en mil setecientos veinte y quatro admiró á toda Europa la inopinada resolucion que tomó el Rei Católico de renunciar la Corona en el mis- Don Luis Primero.

mo Don Luis, retirándose al Real Sitio de San Ildefonso en donde había edificado un Palacio con magníficos y deliciosos Jardines. Dexó Felipe Quinto el Trono á tiempo que podía recoger tranquilamente los frutos del heroico afan con que le había ganado, en lo qual dió noble prueba de generosidad y christiana filosofía, excediendo su gloria á la de otros Monarcas que han abdicado las Coronas quando perseguidos de la adversidad desconfiaban de acertar á sostener la grandeza de ellas. Pero Luis Primero, cuyas relevantes prendas anunciaban un venturoso Reinado, apénas gozó la Soberanía, arrebatándole la muerte de resultas de unas malignas viruelas en la florida edad de diez y siete años.

Resistióse Felipe Quinto á las instancias de la Reina, y de los Grandes y Tribunales que en nombre de toda la Nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas del Gobierno; mas condescendió por último á pesar de lo bien hallado que estaba con su retiro é inmediatamente hizo proclamar Príncipe de Asturias al Infante Don Fernando.

D. Felipe Quinto, segunda vez.

Continuó gobernando pacíficamente, has-

ta que en el año de mil setecientos veinte y siete se perturbó la buena inteligencia entre España é Inglaterra llegando á un rompimiento, cuyas conseqüencias no fueron de grande entidad, así por no haberse emprendido con vigor las hostilidades, como porque sólo duraron un año.

En el de mil setecientos treinta y uno falleció el Duque de Parma y Plasencia Antonio Farnesio, Padre de la Reina Doña Isabel, y recayeron en el Infante Don Cárlos aquellos Ducados, como tambien el derecho al de Toscana á causa de que el último Gran-Duque de la familia de los Médicis no tenía succesion. Miéntras el Emperador difería dar á Don Cárlos la prometida investidura de Parma y Plasencia, los Ingleses que por un Tratado concluido con Felipe Quinto en Sevilla (donde se hallaba entónces la Corte) habían convenido en asegurar al Infante la propiedad de dichos Estados, unieron su esquadra con la Española, y ámbas conduxeron á Italia tropas nuestras, las quales guarnecieron varias Plazas de la Toscana. Partió el Infante á Italia, pasando por Valencia y Barcelona, y tomó

solemne posesion de su nueva herencia.

La Paz que desde el Tratado de Utrecht gozaba Europa, y que respecto á España sólo había padecido las cortas interrupciones de las dos guerras con Francia y con la Gran-Bretaña, cesó en mil setecientos treinta y tres, siendo el motivo la eleccion de Estanisláo Rei de Polonia, á quien su Yerno Luis Décimoquinto, quería sostener contra el Emperador miéntras éste pretendía afianzar aquel trono á Augusto Tercero, Elector de Saxonia. Encendióse la guerra, en que tomó parte el Rei Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la Casa de Borbon, y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

Entró en Nápoles nuestro exército baxo las órdenes del Infante Don Cárlos y al cuidado del Duque de Montemar. Este General que acababa de conquitar la Plaza de Orán con gran derrota de los Moros, y señalada gloria de las armas Españolas, acomete en Bitonto á los Imperiales dentro de sus trincheras, los desbarata quedando Dueño del Campo, y con la rendicion de Gaeta, Cortona y Capua allana en una sola campaña todo el Reino de Nápoles, que se

confirma en la obediencia prestada al Infante. Sometióse en breve la Isla de Sicilia, y desde entónces se vió pacífico poseedor de las Dos-Sicilias el Rei Don Cárlos, cuyo acertado y feliz gobierno durará perpetuamente en la memoria de aquellos Súbditos, y cuyas obras ha aplaudido la Europa como dignas de un Soberano benéfico y protector de las Artes.

Las ventajas conseguidas allí por los Españoles, y las que lograron en Milan los Franceses, abatieron las fuerzas del Emperador, acelerando la conclusion de la paz firmada en Viena año de mil setecientos treinta y cinco, por la qual reconoció la Casa de Austria al nuevo Rei de Nápoles y Sicilia, y adquirió los Ducados de Parma y Plasencia. Conservároнse á Estanisláo el título y prerrogativas de Rei, y quedó asegurado á su familia el Gran-Ducado de Toscana para indemnizarla de los Estados de Lorena y Bar que habían de pasar á poder de la Francia.

Algunos intereses de comercio, y el excesivo contrabando que hacían en América los Ingleses, ocasionaron nueva guerra, que

se declaró entre ellos y los Españoles año de mil setecientos treinta y nueve. Poco después obtuvieron en Cartagena de Indias las armas de España, mandadas por Don Sebastian de Eslaba, y por Don Blas de Leso el increible triunfo de rechazar al Almirante Vernon, que con un armamento el mas poderoso que jamas se había visto en aquellas costas invadió la Plaza, defendida por pocos, pero valientes Soldados.

Durante esta guerra, que cati toda fué marítima, empezó ótra por tierra en Italia contra los Imperiales. Había muerto en mil setecientos y quarenta el Emperador Cárlos Sexto, extinguiéndose con él la linea varonil Austriaca, y pretendía succederle su Hija la Archiduquesa María Teresa, entónces Gran Duquesa de Toscana, y coronada Reina de Hungría. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del Elector de Baviera proclamado Emperador con el nombre de Cárlos Séptimo; y Felipe Quinto renovó las suyas sobre los Estados de Milan y Parma. El exército Español al mando del Infante Don Felipe, Hijo Segundo de la Reina Doña Isabel Farnesio, y

baxo la direccion ya del Duque de Montemar, ya del Conde de Gáges, y ya del Marques de la Mina, hizo rápidos é importantes progresos en la Lombardía. Auxîliado de las tropas Francesas que mandaba el Príncipe de Contí por los años de quarenta y quatro, y quarenta y cinco, ocupó muchas Plazas tanto en el Piamonte y Saboya (cuyo Soberano el Rei de Cerdeña se había declarado á favor de la Reina de Hungría,) como en los Ducados de Parma, Plasencia y Milan. Pero la campaña del año inmediato fué mas afortunada para los Austriacos y Piamonteses, pues validos del superior número de sus tropas recobraron casi todo lo perdido. Todavía estaba pendiente esta porfiada guerra en que las freqüentes batallas ganadas ó perdidas por los Españoles acreditaban igualmente su esfuerzo y constancia, pero no decidían la victoria en términos que obligasen á concluir la deseada paz, quando sobrevino la muerte del Monarca Don Felipe Quinto en mil setecientos quarenta y seis. Con quantas veras la sintieron sus Vasallos, es ocioso ponderarlo, si se considera lo que el Rei hizo por éllos, y éllos por el Rei. Debiéronle

singulares beneficios en quanto lo permitieron las urgencias del Estado, y siempre le hallaron dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la Nacion en todas lineas. Restableció la disciplina militar: creó una Marina, de que absolutamente carecía á fines del Reinado de Cárlos Segundo la Potencia que mas la necesita, reformó varios Tribunales, y fundó establecimientos no ménos conducentes á la utilidad que al lustre de la Monarquía, quales fueron la Real Biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de los Nobles, la Universidad de Cervera, la Academia Española, cuyo instituto es la conservacion del puro lenguage Castellano, y la Academia de la Historia, ademas de otros insignes monumentos de piedad, providencia y liberalidad verdaderamente regia. Lograron, pues, los Españoles en este Soberano aquel gran Felipe Quinto que parece les estaba anunciando Lorenzo Gracian desde el siglo pasado quando, bien ajeno de que su deséo había de verificarse en un Borbon, di-

xo (1): „Estói mirando si vuelven á salir „aquellos Quintos tan famosos y plausibles „en el mundo: un Don Fernando el Quinto, „un Cárlos Quinto, y un Pio Quinto. ¡Oxalá „que eso fuese y *que naciese un Don Felipe el „Quinto en España! Y como que vendría nacido! Qué gran Rei había de ser, copiando en „sí todo el valor y el saber de sus pasados!*"

LECCION XXX.

Reinado de Fernando el Sexto hasta la feliz exâltacion al trono de nuestro Católico Monarca Don Cárlos Tercero, que Dios guarde.

En el mismo año de quarenta y seis en que falleció el Rei Don Felipe Quinto, entró á succederle su Hijo Don Fernando el Sexto, que desde mil setecientos veinte y nueve estaba casado con Doña María Bár- Don Fernando el Sexto.

(1) El Criticon Parte III. Crisi X.

bara de Portugal, Princesa del Brasil. Este Soberano naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, no pudo conseguir tan importante bien hasta el año de quarenta y ocho en que se completó la grande obra de la Pacificacion general por el Tratado de Aquisgran, ó de Aix-la-Chapelle.

Prosiguiendo la guerra en Italia, habían los Españoles y Franceses socorrido á Génova y defendídola de los Austriacos y Piamonteses que primero entraron en ella tratando con suma dureza á aquellos Republicanos afectos á la Casa de Borbon. Luego, expelidos de la Ciudad por los mismos habitantes, conspiraban á su total ruina, quando las tropas auxîliares de España y Francia los obligaron á retirarse. Fuera de esta empresa, ninguna memorable había podido lograr nuestro exército por la inferioridad de sus fuerzas comparadas con las de la Emperatriz, que libre yá de la oposicion del Rei de Prusia, mediante un convenio y reconciliacion que la costó la pérdida de la Silesia, tenía juntas en Italia las numerosas tropas con que ántes hacía frente en Alemania

á aquel Conquistador. Pero cedieron las Potencias enemigas despues que en los Paises-Baxos, y en Holanda rindió Luis Décimoquinto gran número de Plazas únas en persona, y ótras por sus Generales (entre los quales se distinguió el Conde y Mariscal Mauricio de Saxonia,) y ganó las gloriosas batallas de Rocoux, Laufeld, y Fontenói. Cesaron por fin las sangrientas hostilidades que durante ocho años habían destruido las mas florecientes Provincias de Europa. La Reina de Hungría quedó reconocida como Emperatriz, recobrando el Ducado de Milan: cediéronse al Infante Don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala; y ajustáronse con el Rei de Inglaterra las diferencias sobre puntos de comercio y ótros. Estrechó Fernando el Sexto poco después la buena correspondencia entre su Corte y la de Turin, disponiendo el matrimonio de su Hermana la Infanta Doña María Antonia con Víctor Amadéo, entónces Príncipe hereditario del Reino de Cerdeña que hoi posée: y apénas empezó España á descansar de las turbaciones y calamidades de la guerra, convirtió el Monarca toda su atencion á

restablecer el Comercio, á aumentar la Marina y extender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales, y en suma á promover las artes, y todo lo perteneciente al gobierno económico: taréas propias de un Reinado pacífico, y que generalmente olvidadas en tiempo de los Reyes Austriacos, habían merecido á Felipe Quinto el mas vigilante cuidado aun en medio de las continuas operaciones militares que le distrahían.

Siguiendo el Rei Fernando tan saludable sistema, y empleando sus esquadras únicamente en proteger el comercio, no tomó parte en la guerra que por el año de mil setecientos cinqüenta y seis se encendió entre Ingleses y Franceses. Estos con una expedicion mandada por el Mariscal de Richeliú, conquistaron á Puerto Mahon, y toda la Isla de Menorca, que después se restituyó á Inglaterra, segun el Tratado de Paris del año de sesenta y tres, y ahora acaba de volver felizmente á la Dominacion Española durante la guerra empezada en setenta y nueve.

Una de las sabias providencias de Fernando el Sexto fué la de haber adquirido con la Corte de Roma en mil setecientos cinqüenta y tres un Concordato que, terminando las antiguas altercaciones sobre el Patronato Real, le dexó perpetuamente anexô á la Corona; y desde entónces quedó asegurado al Rei el derecho de presentar las Dignidades, Prebendas, y Beneficios Eclesiásticos de España, á excepcion de cinqüenta y dos, cuya provision se reservó á la Santa Sede.

Débese á este Monarca el establecimiento de la Real Academia de San Fernando destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles Artes Pintura, Escultura, y Arquitectura, como tambien la del Grabado. Desde el año de quarenta y quatro había aprobado yá el Rei Felipe Quinto una Junta preparatoria que ocho años después se convirtió en formal Academia, enviándose á Roma Discípulos de ella para adestrarse, así como á Paris algunos Jóvenes pensionados por el Real Erario á fin de aprender con perfeccion el Grabado de estampas, y sellos, y la delineacion de

Mapas geográficos. De estos principios han dimanado los adelantamientos con que hoi florecen aquellas Artes no sólo en la Corte, sinó tambien en varias Capitales del Reino adonde se ha extendido el patrocinio que concede á tan loables estudios nuestro Soberano Cárlos Tercero.

Igualmente viajaron entónces fuera de España por disposicion del Ministerio sujetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones para adquirir nuevas luces, y hacerse mas útiles á la Patria.

Estableció el Rei en mil setecientos cinqüenta y seis á corta distancia de Madrid el Real Jardin Botánico, ó de plantas medicinales, que yá vemos trasladado con notables ventajas al nuevo paséo del Prado; y la Reina Doña María Bárbara fundó tambien en Madrid el magnífico Monasterio de las Salesas para educacion de Niñas nobles.

Poco después falleció esta Princesa, é inmediatamente sobrevino al Rei su Esposo una larga y penosa enfermedad de que murió en mil setecientos cinqüenta y nueve sin succesion alguna. Las lágrimas de sus Vasallos por la pérdida de un Monarca pacífi-

co, y que tanto amor les manifestó siempre, sólo hubieran podido enxugarse con el consuelo de verse gobernados por un Succesor augusto, Hermano suyo, que yá en Nápoles se había acreditado verdaderamente digno del cetro.

Cárlos Tercero, cediendo en aquel mismo año con pública solemnidad la Corona de las Dos-Sicilias á su Hijo Fernando Quarto, que hoi la posée, le ciñó la misma espada que el Rei Felipe Quinto le había ceñido al colocarle en aquel trono, y le dixo estas palabras: „Luis Décimoquarto, Rei „de Francia dió esta espada á Felipe Quin„to vuestro Avuelo y mi Padre. Este me la „dió á mí; y Yo os la entrego para que os „sirváis de ella en defensa de la Religion, „y de vuestros Vasallos.“

Hízose á la vela de Nápoles para España la esquadra en que venía el Soberano con la Reina su Esposa Doña María Amalia de Saxonia y la Real Familia; y desembarcando tódos en Barcelona, se encaminaron por Zaragoza á Madrid, en donde fueron recibidos con demostraciones de singular júbilo, que se repitieron quando Don Cárlos

Real GRANADA

Hijo mayor de nuestro Monarca, fué proclamado Príncipe de Asturias. En las sobresalientes prendas de Su Alteza, y de su amable Consorte la Princesa Nuestra Señora Doña María Luisa de Borbon, Hija del Infante Don Felipe Duque de Parma, afianza la Monarquía sus mas colmadas prosperidades, al paso que deséa prolongue el Cielo al justo y piadoso Cárlos Tercero un Reinado tan lleno de grandes sucesos que dará á la Posteridad amplia materia de admiracion y de elogios.

EPÍLOGO.

Recorriendo las varias Epocas de nuestra Historia compendiada en estas Lecciones, podemos para su mas clara comprehension reducirlas á siete principales, sin contar los antiguos y obscuros tiempos en que los Celtas, los Fenicios, los Griegos, y otras Naciones establecieron Colonias en España.

Primera Epoca. *Entrada de los Cartagineses, y su dominacion en casi toda la Península.* Tuvo principio como unos quinientos años ántes del nacimiento de nuestro Redentor.

Segunda Epoca. *Dominacion de los Romanos, que expelieron á los Cartagineses* doscientos años poco mas ó ménos ántes de Christo.

Tercera Epoca. *Dominacion de los Godos,* Suevos y Alanos, &c. que empezaron á despojar á los *Romanos del Imperio Español* á principios del siglo quinto.

Quarta Epoca. *Dominacion de los Sarracenos ó Moros que destruyeron la Soberanía Gotica* en setecientos y catorce.

Quinta Epoca. *Restauracion de la Monarquía, emprendida por los Descendientes de los mismos Godos*, poco despues de la irrupcion de los Mahometanos, *y continuada hasta la expulsion de éstos, que acabó de verificarse con la conquista de Granada en tiempo de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, año de mil quatrocientos noventa y dos.

Sexta Epoca. *Dominacion de la Casa de Austria, que empezó en Felipe el Hermoso* año de mil quinientos y seis, y feneció en Cárlos Segundo año de mil y setecientos.

Séptima Epoca. *Dominacion de la Casa de Borbon, que principió en Felipe Quinto* año de mil y setecientos, *y prosigue felizmente en su augusta Descendencia.*